

JOSE LEON TAPIA

LA SAGA DE LOS PULIDO

196

El libro menor
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1992



EL LIBRO MENOR

196

Director de la Academia Nacional de la Historia

Guillermo Morón

Comisión Editora

Blas Bruni Celli

Mario Briceño Perozo

Ermila Troconis de Veracoechea

Ildefonso Leal

Director de Publicaciones

Guillermo Morón

**LA SAGA
DE LOS PULIDO**

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

JOSE LEON TAPIA

LA SAGA DE LOS PULIDO



EL LIBRO MENOR

196

CARACAS / 1992

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1992
Impreso en Venezuela por Italgráfica, S. A.
ISBN 980-222-708-0



Parce que en la celebre batalla de Alarcos, conquista de la villa de Alarcos, año de 1195, un caballero de los reyes de León, llamado don Alvaro, a quien sus muchos años guerreros contra los moros le ganaron el apodofo y armado del rey D. Rodrigo II y de los caballeros que con él luchaban, denominaban al "Alfo" o "Alfo", en alusión a su apodofa y a la may, ci. habian de su persona e l. don Alfo, pues era hombre extremadamente matizado en cuanto a algunos guerreros, abarcaban personas y quedaba en su mano de sus armas.

Unos de los llamados el "Alfo" o el "Alfo" de Alarcos, don Alfo, se llamaba "Alfo" o "Alfo" y al estar en la batalla muy principal, fue herido por un moro. Los moros le herieron en el pecho y así se le volvió primero en la batalla y más tarde se le volvió por el pecho de "Alfo" y en "Alfo".

Del apellido de Alfo, don Alfo, se le llama "Alfo" o "Alfo" de la "Alfo" o "Alfo". En la batalla de Alfo, el "Alfo" o "Alfo" se le llama "Alfo" o "Alfo" y se le llama "Alfo" o "Alfo" y se le llama "Alfo" o "Alfo".

En la batalla de Alfo, se le llama "Alfo" o "Alfo" y se le llama "Alfo" o "Alfo". En la batalla de Alfo, se le llama "Alfo" o "Alfo" y se le llama "Alfo" o "Alfo".

Parece que en la célebre batalla de San Esteban de Gormaz, conquista de la villa de Rodas, año de 918, un caballero de la ciudad de León, llamado Pelayo Fernández, a quien sus muchos éxitos guerreros contra los mahometanos le granjearon el aprecio y amistad del rey Ordoño II y de los caballeros que con él luchaban, denominábanle el Polido o Pulido, en atención a su apostura y a lo muy cuidadoso de su persona e indumento, pues era hombre extremadamente meticoloso en cuanto a atavíos guerreros, atención personal y cuidado exquisito de sus armas.

A fuerza de ser llamado el Pulido el caballero Pelayo Fernández, se llamó Pelayo Pulido y al casar en León con una dama muy principal, fue premiado por Ordoño. La descendencia adoptó por apellido el de Pulido y así se difundió primeramente en Castilla y más tarde se extendió por el resto de España y en América.

Del apellido fue Adrián Pulido Pareja, general de la Armada de la Nueva España. De este marino hizo un retrato el pintor Velázquez y cuéntase que en cierta ocasión en que el rey Felipe IV visitaba el estudio del gran pintor sevillano, vio en lugar obscuro el cuadro del marino, y le llamó, creyendo que era Pulido en persona, hasta que acudió Velázquez disuadiendo al monarca de que era un cuadro y no Pulido.

Los de este apellido ostentan estas armas: en campo de gules, un león rampante de oro; bordura de oro, con ocho cabezas de sierpe degolladas.

RECONOCIMIENTO

Al escribir este libro he tenido que comunicarme con muchos de los descendientes o relacionados con la familia Pulido, en una demostración de que los nexos del pasado no se rompen nunca, si se mantiene el recuerdo reverente por ancestros que así lo merecen.

En Barinas y Pedraza con los Peña Pulido, descendientes del Coronel Vicente Peña, el lancero realista después servidor de la Patria, bajo el mando de José Antonio Páez, en la sabana de Carabobo.

Vicente Peña Pulido fue mucho lo que aportó en el recuento de su rama familiar directa del Coronel José María Pulido Pumar, de quien guarda su espada triunfadora, la misma obsequiada

a su ascendiente por Rafael Urdaneta cuando en la campaña de Apure, en el escuadrón de los caballos bayos, le salvó la vida, pues al matarle su cabalgadura, lo montó en el anca de la suya, para sacarlo a sabana limpia.

Asimismo, don Rubén Peña, hijo de Benjamín Tapia Baldó, quien nos ha relatado todo su mundo de recuerdos heredados de su padre.

De los Canales, Mancebo, Falcón, Jiménez Pulido, Parra Parada, Inchauspues y muchos otros que han guardado la nostalgia, la tradición oral que no fenece nunca.

En Caracas, el feliz encuentro con los Pulido que se fueron al Táchira: Manuel Antonio Pulido Santana, heredero del bagaje cultural de la familia y el amor por Barinas de su padre, el Dr. Antonio Pulido Villafañe, eminente jurista a quien desde sus altas posiciones en el foro y la política, mantuvo con orgullo su ancestro bari-nés y fue factor decisivo en la consecución de los recursos financieros para que el gobierno del General Carlos Jordán Falcón, lograra reconstruir el Palacio del Marqués de Boconó.

A Manuel Pulido Santana debo mucha información y el artículo de mi tío abuelo, el General José María Tapia Baldó, escrito con motivo de la gran tala efectuada en la ciudad en 1789. Ade-

más de la fotografía de las ruinas del Palacio, tomada por su padre en 1936. Es también gentileza suya el retrato de Don Manuel Antonio Pulido Pulido, el último barinés de la estirpe, emigrada a los Andes.

Siendo muy útiles, además, los datos que dejó escritos su señora madre, Asia Santana de Pulido Villafañe, quien preparaba antes de morir, una historia de la familia de su esposo.

José Ignacio Pulido Santana, hijo del diplomático y escritor, José María Pulido Villafañe, el de las hermosas cartas, cuando publiqué "Tierra de Marqueses" con la realidad y el mito de las familias barinesas, ahora también me brinda su amistad y a él debo la oportunidad del primer encuentro con los Pulido que viven actualmente en Caracas; y Barinas, el óleo del General José Ignacio Pulido Pumar, el héroe de Bomboná, pintado por su esposa, Mercedes Silva de Pulido, para ser colocado en la casa barinesa donde murió.

Manuel Pulido Musche, hijo del distinguido hombre público, escritor y diplomático, Manuel Antonio Pulido Méndez, al mostrar interés por la escritura de este libro, me envió una importante carta de Antonio Dionisio Pulido para su hijo Manuel Antonio Pulido Pulido, el año de 1868, donde le expone sus querellas políticas con los

Villegas Pulido y rinde un homenaje a la integridad de su primo, el General José Ignacio Pulido Pumar. Al tiempo de expresar sus quejas sobre los gobernantes federales y sus duras opiniones sobre los reinosos, en problemas de aduanas con Venezuela, luego de la separación de la Gran Colombia.

Confirma esta carta mi relato de que en la campaña de 1813, el entonces joven Antonio Dionisio Pulido, acompañaba a su padre durante la batalla de Araure, pues le habla de una descripción de la misma como testigo presencial.

Igualmente agradezco la colaboración y el estímulo de Pablo Pulido Musche, distinguido colega médico, quien gentilmente me ha escrito y enviado los libros de su padre, el Doctor Pulido Méndez. Y en general, a toda la familia, con quienes me he reunido en varias oportunidades en conversaciones de tiempos idos.

Pero merece especial atención la figura estilizada y de gran dama, de Doña Esperanza Pulido Méndez de Groening, que ha sido el alma de esta relación, con quien al intimar, se encuentra uno con la imagen de esas valientes mujeres Pulido, sacrificadas y dignas, reflejadas en estas páginas.

También es importante recalcar la colaboración del Doctor Ramón J. Velásquez, quien por intermedio de Leticia Vaccari, de FUNRES, ha tenido la bondad de enviarme copia de las cartas depositadas en ese organismo por Oscar García Mendoza, donde Pablo María Pulido se dirige a Don Cristóbal Mendoza, Intendente de Venezuela, en los años de la Independencia.

Por eso he querido escribir esta nota de reconocimiento al tiempo de expresar mi satisfacción de haber podido cumplir, dentro de mis posibilidades, con la elaboración de este trabajo donde creo dejar constancia de que en Venezuela, pese a toda la desnacionalización impuesta en el presente, se mantienen todavía conglomerados familiares respetuosos del basamento que otorga la historia a quienes han tenido la fortuna de tener raíces profundas en las épocas de la Colonia y el nacimiento de la nacionalidad.

PROLOGO

El primero de junio de 1981, día de la inauguración por el Presidente de la República, Luis Herrera Campíns, del Museo Arvelo Torrealba de Barinas en la remozada Casa Pulideña, publiqué, en El Nacional, estas líneas que todavía tienen vigencia al presentar en esta oportunidad, el pasado barinés de la familia Pulido, tan vigente en nuestros recuerdos.

Y como se cumple ahora, al escribir este libro, una vieja aspiración en mi afán de contar historias, mitos y leyendas de la llanura, he decidido usarlas como prólogo de un relato donde creo dejar satisfechos mis deseos al plasmar el pasado de varias generaciones de un conglomerado familiar digno de la admiración y el reconocimiento de Venezuela, por los

grandes aportes que han dado a esta patria a lo largo del tiempo.

Contar la historia de esta vieja casa de Barinas es algo grato y fascinante como echarle cuentos a los hijos pequeños. Sobre todo si entre sus paredes de mezcla real se nos acumulan recuerdos que constituyen el alma de la ciudad. Esa permanente evocación nos bulle en el sentimiento sin lograr apacentarla nunca.

Dicen que desde el año 1800 ya era alta y esbelta mansión cuando vivía en ella su dueño don Manuel Antonio Pulido. Poderoso señor con inmensas riquezas, de cofres repletos de doblones, sabanas de incontables leguas, ganado de todas las pintas y esclavos negros de piel lustrosa. Bien podía don Manuel Antonio levantar sobre sólidos cimientos la mansión familiar. Además, era pariente cercano del Marqués de Boconó, el mandatario prepotente y amo del hato La Calzada, donde iniciaría su aprendizaje de llanero José Antonio Páez, el Centauro, alguna vez huésped de la casona.

Este don Manuel Antonio Pulido, que pronto fue ganado por la patria al grito de ¡Independencia!, conquistó el grado de Coronel de los ejércitos insurgentes; con tesón heroico llegó a Comandante de Lanza y Carabina del

“Batallón Sin Nombre”, el mismo “Vencedor de Araure”, después. Héroe del paso del río Santo Domingo la noche de la “Creciente de los Muertos”, cuando aquel 2 de noviembre se ahogaron sus familiares, al vadearlo bajo el fuego realista; como se ahogaría el mismo don Manuel Antonio un año más tarde en el tormentoso mar de las Antillas, lejos del mar de sus llanuras y de su antigua casona, solar de su hidalguía.

Solitaria se quedó desde entonces la historiada casa blanca, íngrimos sus amplios aposentos, prolongados de silencio y mediodías soporosos sus anchos corredores. Oscuridad profunda de muerte los años de su abandono y su clausura. Desolación en la ciudad humosa consumida por el fuego de los incendios guerreros. Huida de todo ser viviente ante el continuo pasar y repasar de los ejércitos. Tiempo de la más larga espera por la libertad que conquistaba Simón Bolívar por los caminos de América. Testigo de singular excepción perduraba ella sobre sus cimientos.

Sólo en 1820 regresaron aquellos que se fueron la noche trágica de 1813 y no venían al mando de don Manuel Antonio, muerto hacía tiempo. Los comandaba su sobrino José Ignacio Pulido Pumar, al frente de su batallón triunfador en Boyacá que regresaba en busca

de sus llanuras. Y en las ruinas de la vieja casa encontraron refugio, abatidos de nostalgia, los que volvieron después de tanto guerrear. Afuera, todo era abandono y miseria en la ciudad martirizada y agonizante. La casa misma amenazaba abatirse, pero sus paredes eran de mezcla real y permanecieron sobre sus cimientos.

Poco después, abrumado por la soledad, el sobrino se marchó de nuevo por los rumbos del Libertador, para retornar luego de Junín y Bomboná, cansado de tanta muerte, a gastar sus últimos años al amparo de su lar nativo y a la sombra de los aleros de la casa solariega que hasta hoy ha sabido esperar a sus antiguos dueños. En los soledosos aposentos de la casa Pulideña demoró mucho tiempo. Llegó a ser gobernador de la provincia en 1842. Presenció el famoso incendio del templo mayor de la ciudad. Derrotó infinidad de alzamientos. Aplacó los ánimos de sus antiguos compañeros que pedían ahora igualdad, tierra y libertad de las esclavitudes. Todo, como lo había ofrecido Bolívar en el fragor de los combates.

Todavía en 1859 vivía en la casa el General de las Palomas Blancas, como llamaba la gente a aquel anciano que todas las tardes daba de comer a las palomas en el portón de la casona, para ir matando el tiempo de la vejez.

Desde allí mismo presencié enmudecido de asombro el paso de las caballerías de Ezequiel Zamora, al clamor de ¡tierras y hombres libres!, con el que se iniciaba la guerra de los Cinco Años. Y fue testigo del ascenso de su propio hijo José Ignacio, trocado de repente en fanático oficial zamorista. Desde entonces hubo dos generales Pulido con el mismo nombre, pero "los laureles suyos eran de Bomboná y por lo tanto incomparables", a los de la guerra civil del joven.

Por ese mismo portón salió una tarde su féretro. Era la hora acostumbrada de alimentar las aves. Y descendió aleteando a despedirlo una bandada de palomas blancas, perennizadas para siempre en el verso de Atilia Torrealba Febres de Arvelo, la ensoñadora madre de Alberto el poeta.

Así continuó la casona de aireados corredores como testigo del tiempo, entre guerras, indiferencia, abandono y olvidos, en aquella ciudad invadida de paludismo, hambre, sequías, inundaciones y pestes. Sin embargo, ha permanecido erguida en su vejez señorial.

La ciudad del silencio donde nunca cambiaba nada, aislada del mundo por ríos invadables y por selvas milenarias de exuberante verdor, por años sumida en atroz desidia. Hasta

que el huracán de la política volvió a trastocar vidas, cosas y destinos y se llevó al último anfitrión de la casa, el famoso general Pulido (zamorista), que como ocurre siempre con las ilusiones en este país de turbulencias políticas y sociales, se le fueron esfumando las ideas redentoras con la muerte de su jefe. Pero la casa de los Pulido continuó en pie desafiando los acontecimientos ya aciagos o felices de la ciudad, hasta que cambió de dueños y pasó a propiedad de los Canales. Los Pulido casi se extinguieron en Barinas y heredaron la casa los Canales que si no llevaban el distinguido nombre familiar tan procero, sí llevaban en sus venas su misma sangre.

En esa permanente movilidad de familias barinesas que han mantenido por generaciones su dominio y poder sobre estas llanuras, con los Canales continuó la casa siendo sede de gobierno, cuando el general Juan José Canales fue presidente del Gran Estado Zamora al regreso de la campaña de los Andes. Rezagos de la Guerra Federal, dominio todopoderoso de Guzmán Blanco hasta el ocaso de los caudillos amarillos con la llegada de Cipriano Castro y sus andinos al poder. La caída de los jefes amarillos acabó en Barinas con el mando de los Pulido e inició el ascenso político de los Febres Cordero rehabilitadores. Es entonces cuando la hermosa casa blanca de ventanas

con cuerpo de madera y negros balaustres de hierro pasa, por venta pobre de Zoila Canales de Machado, a manos del nuevo general destinado a mandar en estas tierras casi hasta la muerte de Juan Vicente Gómez: el presidente del Estado Zamora don Isilio Febres Cordero, también señor de inmensa heredad, protector de los amigos fieles de la Rehabilitación y ejemplo de ecuanimidad hasta donde era posible serlo en una dictadura tan tremenda como aquella.

Casa de gobierno de donde emanaban órdenes irrevocables. Cuartel de la Libertadora al iniciarse de nuevo la guerra que dejó marcada sus ventanas por el fuego de los balazos. Voces de mando, piafar de caballos, gritos de ira, quejidos de agonía y llanto de niños y mujeres echados en los pisos mientras se desarrollaba la pelea del General Barroeta. Sobre sus cimientos inconvencibles perduraba como escenario de muchos acontecimientos.

Tal como lo recordaba la abuela al contar-nos cómo en el zaguán umbroso de la casa cayó, de un tiro en la frente y abrazado a su bandera, el abanderado del Gobierno. Y nos hacía casi escuchar por la vivacidad del relato, el golpe del barretón de los pobres soldados asustados enterrando el parque antes de escapar. Los lamentos de moribundos con las

vísceras al aire y los muertos sepultados a toda carrera en el patio, el jardín y el inmenso corral. Muertos de la Independencia, muertos de cuando la de los Cinco Años, muertos de la Libertadora. Infinitud de la muerte roja en una casa tan blanca como ella y qué cúmulo de historias en la penumbra soledosa de sus aposentos, sus corredores, patios y jardines.

El baile de Bolívar el año trece. Los mil caballos rucios que le regaló el Marqués de Boconó, desfilando por la calle frente a sus ventanas de gran luz.

Ezequiel Zamora en la plaza cercana, sitiando el Cuartel del Parque el 16 de abril de 1859. El pánico de los oligarcas cuando llegó la noticia de la derrota en Santa Inés y su escapada presurosa, en estampía como cimarrones en la madrugada; y los soldados de Zamora, con antorchas en la mano, registrando los aposentos en busca de godos enemigos, la terrible noche de Pascuas. Soldados, esclavos, libertos, manumisos y hombres libres, enfurecidos, incendiando techumbres y quemando archivos "para acabar con la propiedad, para que la llanura fuera de todos".

La guerra contra Cipriano Castro y la estampa del negro Sabino Palacios, con su fusil de largo alcance tumbando de un solo disparo,

afincado en la ventana, al General Tomás Garbi que caracoleaba su mula caribaya en la distancia.

Es el encantamiento de los recuerdos que se apretujan en la mente de quienes conocen la larga historia de esta casa que es como conocer la de la misma ciudad tan ligada a ella. Recuerdos que van aproximándose hasta confundirse con los años más recientes, los del General Febres Cordero jinete en un caballo zaino por el portalón de campo al atardecer.

Y la inquietud de los partes lejanos durante las invasiones de Arévalo Cedeño, y la pelea de Nutrias con el pánico que suscitaba el solo nombre de Maisanta. Y su gran sala bajo el imperio del retrato a cuerpo entero de Juan Vicente Gómez con su mirada de saurio, entre los otros retratos de los héroes muertos, como si fueran sus subalternos en el reino de su miedo. Generales de uniforme y espada; abuelos de levita y corbata; damas de largos trajes y miradas lánguidas; todo un tropel que avasalla el presente donde aún perduran las vivencias de la infancia sin lograr disipar ese mundo enigmático.

Los tiempos felices de los años recientes, de José Isilio Cordero con su bondadosa sonrisa y la integridad de su vida de llanero auténtico.

Y el temor de los niños al espanto revestido de negro que aparecía por cuaresma en el cuarto largo, el mismo cuarto compartido por una generación que creció en él. Así hasta la muerte de doña Pancha Contreras de Cordero, la última moradora del silencio...

Por todo esto fue enorme nuestra angustia cuando pensaron destruir la hermosa casa en aras del progreso de los descartados y alienados. Porque hubiera desaparecido ese noble recinto de vivencias eternas, de la historia, la tradición y la querencia de los barineses.

Afortunadamente, después del esfuerzo de muchos, el Gobierno Nacional procedió a restaurar la Casa Pulideña para convertirla en sede del Museo Alberto Arvelo Torrealba, en homenaje al altísimo poeta que tan espléndidamente personifica el espíritu de nuestras llanuras.

Sin embargo, esa casa al reiniciar una nueva existencia, tiene todavía un significado más profundo para la permanencia de nuestra ciudad. Ella es y debe ser memoria y recinto de las cosas y el alma de nuestro pueblo. El Museo del Llano, moderno, activo y creador. Gran centro vital de la cultura en Barinas, donde las generaciones actuales y muchos nietos de

quienes huyeron cuando la Guerra Larga, encontrarán la identidad cultural de todas las generaciones que se han sucedido en nuestra historia.

Pulido, Pumar, Bona, Baldó, Villafañe, Arvelo, González, Febres Cordero, Rincones. Los que se escaparon a Táchira y Mérida no sólo para sobrevivir sino para fundar pueblos, enseñar normas de civilidad e iniciar empresas de gran aliento venezolano como la celebrada Petrolia del Táchira, donde los encontramos en los inicios de la riqueza petrolera que tantas transformaciones, grandeza y calamidades ha deparado al país.

Como los tiempos idos de pronto suelen volver, para confirmar lo que hemos dicho, en los patios de la casona encontramos recientemente una lápida sepulcral que nos conmovió intensamente:

"A la memoria de José Antonio González muerto en 1840 y de Antolina Bona en 1861. Consagran esta ofrenda sus hijos Salustio y Carlos en 1888".

Los González Bona, escapados con los Pulido y con muchas otras familias más de Barinas. Carlos a quien se lo ganó la nostalgia para escribir en San Cristóbal su hermoso libro "Trescientas Coplas Llaneras", que Virgi-

lio Tosta nos ha recuperado en una segunda edición. Salustio, antecesor del noble poeta Salustio González Rincones, recientemente rescatado del olvido por la agudeza crítica de Jesús Sanoja Hernández. Fundadores junto con los Baldó, Villafañe, Pulido y otros, de la recordada Petrolia como recientemente lo confirmara una vez más, en "El Nacional", Ramón J. Velásquez, por cierto, también de muy claro ancestro barinés.

Por todos estos motivos sería un noble gesto que el día señalado para la inauguración del Museo Alberto Arvelo Torrealba, estuvieran presentes algunos descendientes de esas antiguas familias con raíces muy profundas en esta tierra de su heredad, para que el homenaje a Alberto lo sea a la gran provincia histórica de Barinas.

*Mientras tanto, permanecerá erguida la Casa Pulideña como los samanes de las llanuras bari-
nesas en esta ciudad de vigoroso desarrollo el que
deseamos se realice también sobre sólidos y au-
ténticos cimientos, con sentido histórico y huma-
no donde las cosas del espíritu se estimulen,
protejan y difundan generosamente.*

JOSÉ LEÓN TAPIA

CAPITULO I

Siempre he vivido escuchando esos nombres entre los paredones de la Casa Pulideña, como se le ha llamado siempre.

Allí están todavía sus sombras en el regazo del tiempo. Afuera la ciudad de cambios apresurados, arrasadores de la otra ciudad de los recuerdos refugiados dentro de esos aposentos, para salvarse del olvido. Cielo azul, tan azul de diciembre, tan de plomo en los meses de lluvia, tronador en la tormenta, alborozado de pájaros al amainar los aguaceros. Modorra calenturienta en el mediodía de la siesta, resolana amarilla al atardecer, repique de Angelus en la torre de la iglesia, murmullo de rezos tras las celosías, castañuelas de cascos sobre empedrado al pasar los jinetes, mugido

lejano de reses al llegar el silencio de la llanura abrumada de noche.

Calle Real de mansiones señoriales, de aleros entejados y faroles esquineros, portales de escudos reminiscentes, acequias callejeras de corriente suave para el agua limpia, de corriente viva para las lavanderas negras.

Esclavitudes sumisas en los corredores empilarados, en las caballerizas de caballos gordos, en los caneyes de los hatos donde pastaban los rebaños.

Indiada rebelde y resabiada, mestizos altivos y belicosos, criollos mantuanos de manto negro sobre los hombros, siempre aspirantes a títulos nobiliarios. A cada vez más tierra y servidores para mantener su mandato. Ansiosos de suplantar a ese Rey lejano para ser dueños de todo y no solamente de esa Municipalidad Barinesa, recinto de su orgullo y desahogo de su prepotencia.

Todo un universo de pensamientos en esos aposentos donde se palpa la historia en la cal de las paredes, en las puertas aportilladas por los balazos de las guerras y el espectro de un hombre que aparece en las noches. Uno de tantos Pulido, desandando alguna culpa despertadora de su sepulcro.

Hasta que comencé a enterarme de la verdad de tantas historias legendarias que en Barinas han cubierto con su magia, el acontecer de una familia ausente casi toda desde hace más de cien años, pero todavía presente en la remembranza de los viejos tiempos.

En la imagen del Maestre de Campo Antonio Pulido León, el hijo de Juan Matías Pulido y León y Juana María Quadrado Ramírez, quien se vino desde Utrera, en las dehesas sevillanas de la España de 1766, en busca de esa América plena de aventuras relatadas por los viajeros, donde el pan, la fruta y la miel, estaban al alcance de las manos. Y en donde los peninsulares eran las águilas rubias, tan ansiadas por los criollos para robustecer su raza de indianos.

En Barinas se aposentó para criar su descendencia, al casarse con María Inés Briceño Pumar, nieta del Marqués de Boconó y Vizconde del Pumar, el hombre más poderoso de la llanura.¹

Días de paz colonial, de trabajo y entrega, de riquezas logradas a látigo, esclavitudes indias y negras, bendiciones absolutorias con la cruz del Señor.

Con los años fueron naciendo los hijos que lo afincaron a esta tierra, cuando ya Don An-

tonio era Alcalde Mayor de la Ciudad de las Mansiones Blancas.

Manuel Antonio, Nicolás, Juan José y Pablo María Pulido Briceño, la primera generación barinesa en una región de esperanzas. De la gran ganadería, de los señores engrেidos y servidumbres, aparentemente satisfechas, entre la abundancia de recursos donde no se pasaba hambre nunca.

Ninguno vino al mundo de día, todos lo hicieron de noche, como si eso fuera un presagio de la ruina que en el futuro oscurecería sus años de riqueza y poder.

Casa llena de gritos de niños y adolescentes, visitas de cortesía, tertulias al anochecer, fiestas donde el señor Marqués, bendiciones de tíos y abuelos, solemnidad el día del santo de Su Majestad, misa obligatoria cada domingo en la Iglesia del Pilar. Cabildo de señores trajeados de negro sentados en los sillones del presbiterio, calesas de puertas doradas por las calles de la ciudad, calles largas, trazadas a cuerda, de hermosas casas blancas, viajes a caballo hacia las posesiones en las inmensas sabanas, adquiridas por derecho de encomienda otorgada a la familia por antigua cédula de su Real Majestad. Hilera de indios cargadores de tabaco barinés rumbo hacia el

mar, rebaños de novillos gordos para los puertos del Apure, bonanza de doblones de oro, riqueza y bienestar, estudios con profesores pagados en la casa señorial, hasta que ya fueron hombres y llegó la revolución.

La Independencia incitada por el mantuaje alzado en el Cabildo, donde estaba todo su poder y la voz cantante del Marqués de Boconó.

Miles de caballos para las remontas, miles de jinetes bajo su mando y hasta Gobernador Republicano llegó a ser Manuel Antonio, el hijo mayor, al no más comenzar la rebelión; mientras su tío, Pedro Briceño Pumar, padre de los Briceño Méndez, era comandante de las infanterías en esos caminos polvorientos donde se comenzó a escuchar la palabra libertad.²

Angustia de la espera desde 1810, envanecimiento por el mando republicano, preparativos para lo que se presentara, temor recóndito ante la reacción de España tan lejana, en guerra con los franceses, pero siempre pendiente de sus posesiones de ultramar.

Hasta que se escucharon las noticias del triunfo de Monteverde y la capitulación de Miranda, ese General famoso en quien estaban todas las esperanzas. Se acercaban las tropas realistas para hacer escapar al Coronel

Pulido por los senderos de Casanare, a la espera de Bolívar, quien con su Campaña Admirable llegaba triunfador a su tierra barinesa.

Caballería por la Calle Real hasta la casa grande donde instaló su cuartel general, soldados granadinos por las calles de la ciudad, recepciones mantuanas para el señor General, alegría en los ojos de quienes soñaban con la libertad, picardía en los de la servidumbre que no podía entender ese cambio de sus amos, ansiosos de suplantar al Rey para que todo en sus manos, continuara igual.

Aunque desde el primer momento, al regresar el Gobernador Pulido, tuvo diferencia de opiniones con el Libertador, pues Bolívar creía en el centralismo de un solo mando en la guerra y Pulido defendía la autonomía federal de su provincia y se oponía a entregar todos sus recursos para el avance del ejército hacia Caracas. Por temor a quedar indefenso ante el avance de las tropas de Yáñez y Tíscar, con sus batallones de pardos ambiciosos de los bienes de los blancos.

Es famosa su carta al Libertador donde le expone sus ideas y lo alerta acerca de la importancia de la defensa del llano, pleno de tantas riquezas, en peligro de caer en poder de los realistas ansiosos de venganza.

EL GOBERNADOR DE BARINAS INFORMA AL GENERAL BOLÍVAR DE LA MALA SITUACIÓN Y DEL ESTADO DE AQUELLA PROVINCIA Y LE PIDE AUXILIOS PRONTOS DE JEFES, OFICIALES Y ARMAS PARA LA DEFENSA.

Excmo. Señor:

La inmediacion á los peligros que atacan por esta parte nuestra conquistada libertad, me obliga á indicar á V.S. las medidas para impedir el golpe funesto que va á costarnos, cuando no nuestra ruina total, á lo ménos mucha sangre, muchos sacrificios, y aun la mayor y mas interesante parte de los Estados de la República.

Los llanos donde pastan los ganados y la caballería con que debemos contar para sostener el Exercito de la Union, serán sometidos indefectiblemente al mando de los tiranos dentro de muy poco tiempo, si no se toman á la mayor brevedad providencias eficaces para sufocar y exterminar todos los elementos de una conspiracion general que se aproxima al hecho por momentos en estos pueblos, y que se deja entrever por unos síntomas que estremecen á la sensible humanidad.

El español Yañez se halla todavia en San Fernando, ocupado activamente en la obra de invadirnos á la cabeza de un numeroso Exercito con respecto á nuestras fuerzas, el cual, segun el libro de órdenes que cayó en nuestras manos, ha reforzado considerablemente con los auxilios que en estos últimos dias le vinieron de Guayana, y los que le irán llegando de las reliquias del Exercito de Cagigal, y otros propios de esta y de esa Provincia; y yo creo firmemente que si Dios no hace un milagro, no podremos resistir estas fuerzas ni frustrar sus conatos, con las poquisimas armas que hamos podido recoger entre los vecinos de estos pueblos.

Componese el Exercito de Yañez, de americanos delincuentes y perversos enemigos nuestros, y de españoles agraviadissimos que, animados del grande interés de recuperar sus

bienes, respiran ademas los mas vivos deseos de vengarse contra el heroismo y bizzarria de nuestras huestes que los han expulsado de nuestro suelo que miran como propio.

Tienen estos barbaros dentro de nosotros, eficaces agentes y espías; pues no son otra cosa sus mugeres, sus hijos, sus domesticos y aun sus amigos: ellos reciben positivamente sin poderlo nosotros impedir, los avisos que necesitan de nuestra crítica debilidad, para trazar y determinar su indicada invasion.

Una triste experiencia me convence de esta verdad, corriendo la vista lleno de amargura, á los horrores cometidos en Guanarito, de que yo tengo dado parte á V.S.: estan protegidos estos crímenes por el Exercito de Yañez, como lo estan igualmente las facciones de los indios de San José, jurisdiccion de Obispos, las de los zambos de Quintero, y las que han afligido á Guasqualito.

Asi resulta de todas las declaraciones tomadas á varios reos que se han cogido por casualidad en distintas partidas; y asi lo convence últimamente la noticia que acabo de recibir del Corregidor de Pedraza, relativa á participarme que por 3 prisioneros se habia informado, que mas de 200 hombres acaudillados por 2 españoles intentaban invadir aquella ciudad y después á esta, á fin de llamar la atención de las pocas fuerzas que tenemos en Achaguas para contener á los enemigos.

Ayer mismo destiné 30 lanzeros, que son las armas que tengo, al mando del Ciudadano Francisco Olmedilla, para que por medio de una sorpresa deshiciese á los conjurados. Si malogra este golpe, yo preveo la dolorosa necesidad de verme sacrificado con este benemerito pueblo antes que abandonarlo á la inhumana crueldad de estos verdugos de genero humano. Semejante desgracia envolverá indudable-

mente nuestra débil expedicion de Achaguas, que se verá forzada á retroceder á tan ventajosa posicion, mas por salvarse cada uno de los individuos que la componen, que para favorecernos, si, como es regular, los persigue á un mismo tiempo el Exercito de Yañez que obra de acuerdo con estas facciones.

¡Cuán sensible me será ver abandonadas al furor de los enemigos unas vidas tan preciosas como las de unos defensores de la libertad, junto con los inmensos caudales que en estos territorios estan ahora prontos para ser consagrados en las aras de la Patria, y que en manos de los españoles van á servir para alimentar y sostener á nuestros mas atroces enemigos!

V.S. puede estar convencido hasta la evidencia por la historia de nuestra revolucion, que nuestra primera atencion debe dirigirse y emplearse eficazmente en la defensa y conservacion de los llanos, que son un almacen de víveres para nuestros Exercitos y un granero continuo de nuestros pueblos. En este concepto, estoy persuadido de que V.S. conoce cuán necesario es destinar á esta Provincia una Division respetable al mando de un oficial experto y prudente, para que por tierra ataque al enemigo de San Fernando, ya que es imposible hacerlo por agua como inútilmente me lo propuso desde Calabozo el ciudadano Tomas Montilla el 30 del último agosto.

Si no se puede enviar soldados, aqui los hay, pues no faltan hombres decididos y con bastante disposicion: basta remitirnos por la mayor brevedad armamentos y pertrechos de todas clases, y enviarnos oficiales valientes y peritos en la guerra, para que dirijan la accion, de acuerdo con este Comandante, ó como V.S. lo disponga, y derroten esta fuerza que nos tiene tomada la llave de esta Provincia y de todos los llanos; en inteligencia de que la fuerza de Calabozo en

nada favorece nuestra defensa con respecto á Yañez; pues ni el Gefe que la comanda ha vuelto á avisar de sus movimientos desde el mes de agosto; ni los rios y la gran distancia en que se halla de nosotros, proporcionan facilidad para combinar mas operaciones.

Si V.S. no toma esta providencia con la velocidad del rayo, yo preveo males incalculables, y aseguro de un modo demostrable, que dentro de muy pocos dias se internaran los bandidos por esta parte, se comunicarán con los de Coro, y pondrán sobre los armas cuatro mil ó mas caballos montados de tantos hombres vagos, que acostumbrados á la torpeza de una vida brutal y salvática, no apetecen otra cosa que la ocasion que les ofrecen los españoles para emplearse en el ruinoso ejercicio de la rapiña y el brigandage de que han subsistido siempre, á pesar de nuestra vigilancia que cesará inmediatamente que entren nuestros enemigos á ocupar estos terrenos donde todas nuestras propiedades serán comunes para sus prosélitos.

Tendrá V.S. que batirse con ellos, á tiempo que otras graves atenciones pidan quizá su presencia; y si logra derrotarlos, será despues de haber lamentado las desgracias inevitables que presiente un espíritu al tocar de cerca paligros inminentes y ciertos.

Antes de ahora no dejaba yo de esperar estas mismas consecuencias de la obstinada negativa con que se nos privaba de la defensa de esta provincia, rehusando enviarnos fusiles para recorrer los pueblos, imponerles el órden, asegurar á los sospechosos, exigir donativos y hacer otras muchas cosas útiles al Estado, que con 50 fusiles era entónces suficiente fuerza para verificarlo; cuando ahora, no solo no se pueden exigir donativos, sino que es preciso tener una division respetable para lograr apénas la pacificación de estos pueblos, en cuyo objeto estamos gastando todo el numerario que

se puede recoger entre los buenos patriotas para costear continuamente expediciones que vayan á contener de pronto tantas conspiraciones como se levantan por todas partes.

Los 1200 españoles, que con fecha 27 de setiembre se sirve V.S. avisarme haber llegado á Puerto Cabello, no debian haber hecho tanto ruido como el que se advierte por las medidas que se han tomado de hacer replegar las fuerzas que obraban contra Coro por el lado de Carora, donde es necesario tener precisamente una division fuerte, no sea que todos ó parte de esos mil y pico de españoles que han llegado á nuestras costas, desembarquen por Coro ó Maracaibo para invadir por estos puntos, que han sido en todos tiempos los que han prestado á los conquistadores de Venezuela senda por donde han conducido las cadenas de su esclavitud.

Mas temores debe inspirarnos el ejército de Yañez compuesto de hombres conocidos, de militares prácticos en el terreno, con relaciones y conocimientos en todos estos pueblos, donde deben hallar y hallarán efectivamente un número considerable de soldados y confidentes, al instante que emprendan su marcha contra nosotros. Dinero, armas, víveres y caballerías, todo será, al punto que nos acometa el enemigo, presentado á su disposicion, por aquellos mismos que, á pesar de nuestros desvelos, se apandillan en el dia á un mismo tiempo, por instinto diabólico, para destrozar nuestros pueblos con el nombre de Fernando VII y victoreando, como ha sucedido en Pedraza, á Monteverde. Nada cuesta á estos perversos ayudar á los tiranos con nuestras propiedades.

Lo que es mas sensible en las circunstancias presentes, es el efecto que han causado las antipolíticas instrucciones, que el comandante general del Occidente ha remitido á nuestros pueblos, para que los abandonen y sigan á reunirse con el

Exercito de Valencia á fin de asegurar sus vidas. Pida V.S. al dicho comandante general las instrucciones de que le hablo, y vendrá en conocimiento de los males que han podido causar y nos han causado.

Parece que no deben obrar estos efectos los mil hombres reciénvenidos de España, ni dar lugar á semejantes providencias; pues esos soldados que acaban de llegar de España pelearán únicamente por ganar sus pagas, y no por vengarse ni defender ningun interes propio como lo hacen los de Yañez, á quienes es preciso respetar y destruir inmediatamente, porque mientras permanezcan en San Fernando nuestros enemigos, no se acabarán las facciones de estos partidos, ni dejarán de sentirse tristemente los mismos desastres que estamos experimentando; desgracias que ¡ojalá! no pasen, como las temo, á ser mayores.

Yo he tomado la terrible medida de matar a todos los españoles que tenia presos y cuantos se aprehendan, y de dar órden para que pasen á cuchillo á todos los revoltosos á la menor sospecha: más de 30 aprehendidos en Quintero serán víctimas, segun la disposicion que dí para ello ayer. Todas estas desgracias proceden de la falta de fuerzas; y lo peor es, que al fin se reunirán todos los ofendidos y nos arrollarán, para vengarse de estas muertes que nos es forzoso ejecutar contra sus parientes y amigos.

Me horrorizo al conocer la índole de estas facciones: casi todas obras estimuladas de un mismo principio el deseo de acreditarse los pardos con los españoles, para que los premien cuando vuelvan, y los eleven sobre los criollos blancos: estas son las miras de nuestros facciosos; porque, al advertir nuestras pocas fuerzas, creen que al fin perderemos, y que entónces ellos gozarán. Tan diseminada está esta idea subversiva entre los ignorantes, que yo me atrevo á jurar que la dilacion será que avancen de Coro hasta Araure siquiera

200 hombres, para que todos estos partidos esten unidos á favor del invasor, sacrificando primero á la parte sana de la poblacion, sobre cuyas ruinas fundan estos inicuos su felicidad: de manera que al instante estarian en San Cárlos amenazando á V.S. ¡Qué porvenir tan horrendo, pero factible! derrotar á Yañez, ó tomar el castillo donde está Monteverde dentro de 8 ó 15 dias; ó esperar una disolucion general y la subsiguiente ruina de la República, en que prometo quedar envuelto con honor, si por Occidente llegare á amenazar cualquiera fuerza. Este es el gran problema que nos ofrece nuestra presente situacion para sucumbir, ó ser libres.

Por tanto, repito á V.S. se sirva destinar prontamente la division que tengo indicada, con las armas y oficiales pedidos; porque de lo contrario, consumiremos una porcion de dinero en costear expediciones para contener á los facciosos, que inquietan y afligen estos pueblos.

Dios guarde á V.S. muchos años.

Barinas, octubre 1.º de 1813.—3.º y 1.º

MANUEL ANTONIO PULIDO.

Señor General de Ejército Libertador de Venezuela.

Ese pardaje envalentonado, a la espera del regreso de los peninsulares para con su apoyo y en premio a su lealtad, recibir prebendas, propiedades confiscadas y hasta las posiciones de gobierno ocupadas por los mantuanos en rebelión.

Ya se escuchaba el tronido del huracán de muerte en avance desde las sabanas de Pedraza, en los días cuando el Ejército Libertador continuó camino dejando a Barinas sin fuerzas suficientes para resistir la avalancha.

Todo esto lo vislumbró Manuel Pulido y sin embargo, disciplinadamente, puso a disposición de Bolívar, soldados, dinero, reses, caballos y sacrificios, como contribución para ganar esa patria que estaba naciendo.

Y al poco tiempo de haber quedado solo, tal como lo había previsto, llegó el vendaval de lanceros realistas, obligándolo por falta de fuerzas, a con sus escasas tropas resistir hasta donde pudo y a efectuar la retirada, llevándose en masa la población civil de la Ciudad de las Mansiones Blancas.

Desolada quedó la población ese día de pena, solamente permanecieron en ella unos pocos pobladores, entre ellos abrumado de ancianidad, el Señor Marqués de Boconó, viejo y enfermo, pero fiel a su palabra empeñada con La Independencia, quien pagó su apoyo a la libertad con su prisión y muerte en Guanare, hasta donde le alcanzó la vitalidad.

Ese afortunado José Ignacio del Pumar, el único que logró un título de nobleza a cambio

de sus servicios al Rey y de los doblones de oro, pagados en las cajas de Su Majestad en el palacio de Aranjuez.

Para nada le sirvió su riqueza al llegarle el infortunio, sus miles de rebaños mansos, sus dos palacios señoriales, los centenares de indios cargueros de tabaco rumbo a Gibraltar, las calesas doradas de escudos en las puertas, su bastón de mando y su mirada imperiosa de fundador de pueblos, dispensador de bondades, castigos y consejos.

De nada le valió tampoco a Manuel Pulido su mayorazgo y la heredad de sus sabanas inconmensurables de La Calzada, las de los terraplenes milenarios, caminos de Manaure. La feracidad de las riberas del Pagüey donde pastaban sus novillos gordos y los famosos caballos rucios de una sola pinta. Los esterales de Garzas, donde el zumbar blanco de las garzas reales ocultaba el horizonte. El haber sido miembro de la primera Junta Provincial de Gobierno, ese cinco de mayo de cielo más azul que nunca. El ser Jefe de José Antonio Páez, su caporal de sabana, arreador de rebaños y lancero irresistible, al frente de sus escuadrones leales a su mandato.

Nada de esto le valió para evitar la derrota y la destrucción de sus bienes por las hordas

de mestizos que llegaban de pronto, para cobrar viejas injurias de los mantuanos barinenses.

Como tampoco pudo evitar la desbandada, el Caporal José Antonio Páez, con la peonada de La Calzada que todo el tiempo trató de defenderlo, luchando contra el Comandante Marcelino, en las cercanías de ese hato legendario que después consagraría su nombre.

Preso y a punto de ser fusilado en Barinas, fue el costo de su lealtad al hombre que lo metió en la guerra y le comenzó a hablar de patria.

El machetazo en la puerta del Cuartel de Barinas, quedó para siempre como testimonio perenne del comienzo de esa vida, que recogió la historia de los grandes héroes de este país. Y a la memoria de Pulido pertenece el honor de haberlo iniciado en la revolución tal como lo reconoce el propio General Páez, en sus escrituras de viejo desterrado, cuando le comenzaron a aflorar los pasos perdidos, tal como le sucede a todos los hombres con el paso del tiempo.

Hato de La Calzada Páez donde un busto del Centauro todavía mira sus sabanas como si recordara a su jefe Manuel Pulido, en el

viento y las nubes del horizonte donde reinó
su hazaña.

EL GOBERNADOR DE BARINAS INFORMA
AL GENERAL BOLÍVAR DE LA MALA SI-
TUACION Y DEL ESTADO DE AQUELLA PRO-
VINCIA Y LE PIDE AUXILIOS PRONTOS
DE JEFES, OFICIALES Y ARMAS PARA
LA DEFENSA.

Excmo. Señor:

La inmedicacion á los peligros que ata-
can por esta parte nuestra conquistada
libertad, me obliga á indicar á V. S. las
medidas para impedir el golpe funesto
que va á costarnos, cuando no nuestra
ruina total, á lo ménos mucha sangre,
muchos sacrificios, y aun la mayor y mas
interesante parte de los Estados de la Re-
pública.

Los llanos donde pastan los ganados y
la caballería con que debemos contar para
sostener el Ejército de la Union, serán
sometidos indefectiblemente al mando de
los tiranos dentro de muy poco tiempo, si
no se toman á la mayor brevedad providen-
cias eficaces para sufocar y exterminar
todos los elementos de una conspira-
cion general que se aproxima al hecho
por momentos en estos pueblos, y que se
deja entrever por unos síntomas que es-
tremocen á la sensible humanidad.

El español Yañez se halla todavía en
San Fernando, ocupado activamente en
la obra de invadirnos á la cabeza de un
numeroso Ejército con respecto á nues-
tras fuerzas, el cual, segun el libro de ór-
denes que cayó en nuestras manos, ha re-
forzado considerablemente con los auxi-

lios que en estos últimos dias le vinieron
de Guayana, y los que le irán llegando de
las reliquias del Ejército de Cagigal, y
otros propios de esta y de esa Provincia;
y yo creo firmemente que si Dios no hace
un milagro, no podremos resistir estas
fuerzas ni frustrar sus conatos, con las po-
quisimas armas que hemos podido recoger
entre los vecinos de estos pueblos.

Componese el Ejército de Yañez, de
americanos delinquentes y perversos ene-
migos nuestros, y de españoles agraviadí-
simos que, animados del grande interes
de recuperar sus bienes, respiran ademas
los mas vivos deseos de vengarse contra el
heroismo y bizarría de nuestras huestes
que los han expulsado de nuestro suelo
que miran como propio.

Tienen estos barbaros dentro de noso-
tros, eficaces agentes y espías; pues no
son otra cosa sus mugeres, sus hijos, sus
domesticos y aun sus amigos: ellos reci-
ben positivamente sin poderlo nosotros
impedir, los avisos que necesitan de nues-
tra critica debilidad, para trazar y deter-
minar su indicada invasion.

Una triste experiencia me convence de
esta verdad, corriendo la vista lle-
no de amargura, á los horrores co-
metidos en Guannarito, de que yo ten-
go dado parte á V. S.: estan pro-
tegidos estos crímenes por el Ejército
de Yañez, como lo estan igualmente las
facciones de los indios de San José, juris-
dicion de Obispos, las de los zambos de
Quintero, y las que han afligido á Gua-
dualito.

Asi resulta de todas las declaraciones
tomadas á varios reos que se han cogido
por casualidad en distintas partidas; y
asi lo convence últimamente la noticia
que acabo de recibir del Corregidor de
Pedraza, relativa á participarlo que por
3 prisioneros se habia informado, que
mas de 200 hombres acaudillados por 2
españoles intentaban invadir aquella ciu-
dad y despues á esta, á fin de lle-
var la atencion de las pocas fuerzas que
tenemos en Achaguas para contener á los
enemigos.

Ayer mismo destiné 30 lanzeros, que
son las armas que tengo, al mando del
Ciudadano Francisco Olmedilla, para que
por medio de una sorpresa deshiciera á
los conjurados. Si malogra este golpe,
yo preveo la dolorosa necesidad de verme
sacrificado con este benemérito pueblo

antes que abandonarlo á la inhumana crueldad de estos verdugos del genero humano. Semblante desgracia envolverá inevitablemente nuestra débil expedición de Achaguas, que se verá forzada á retroceder á tan ventajosa posición, mas por salvarse cada uno de los individuos que la componen, que para favorecerlos, si, como es regular, los persiguiera un mismo tiempo el Ejército de Yañez que obra de acuerdo con estas facciones.

Cuán sensible me será ver abandonadas al favor de los enemigos unas vidas tan preciosas como las de unos defensores de la libertad, junto con los inmensos caudales que en estos territorios están ahora prontos para ser consagrados en las aras de la Patria, y que en manos de los españoles van á servir para alimentar y sostener á nuestros mas atroces enemigos!

V. S. puede estar convencido hasta la evidencia por la historia de nuestra revolución, que nuestra primera atención debe dirigirse y emplearse eficazmente en la defensa y conservación de los llanos, que son un almacén de víveres para nuestros Ejércitos y un granero continuo de nuestros pueblos. En este concepto, estoy persuadido de que V. S. conoce cuán necesario es destinar á esta Provincia una División respetable al mando de un oficial experto y prudente, para que por tierra ataque al enemigo de San Fernando, ya que es imposible hacerlo por agua como inútilmente me lo propuso desde Calabozo el Ciudadano Tomas Montilla el 30 del último agosto.

Si no se puede enviar soldados, aquí los hay, pues no faltan hombres decididos y con bastante disposición: basta remitirnos por la mayor brevedad armamentos y pertrechos de todas clases, y enviarnos oficiales valientes y peritos en la guerra, para que dirijan la acción, de acuerdo con este Comandante ó como V. S. lo disponga, y derroten esta fuerza que nos tiene tomada la llave de esta Provincia y de todos los llanos; en inteligencia de que la fuerza de Calabozo en nada favorece nuestra defensa con respecto á Yañez; pues ni el Gefe que la comanda ha vuelto á avisar de sus movimientos desde el mes de agosto; ni los rios y la gran distancia en que se halla de nosotros, proporcionan facilidad para combicar mas operaciones.

Si V. S. no toma esta providencia con la velocidad del-rayo, yo preveo males in-

calculables, y aseguro de un modo demostrable, que dentro de muy pocos días se internarán los bandidos por esta parte, se comunicarán con los de Coro, y pondrán sobre los armas cuatro-mil ó mas caballos montados de tantos hombres vagos, que acostumbrados á la torpeza de una vida brutal y salvática, no aptos para otras cosas que la ocasión que les ofrecen los espacios para emplearse en el ruinoso ejercicio de la rapina y el brigandaje de que han subsistido siempre, á pesar de nuestra vigilancia que cesará inmediatamente que entren nuestros enemigos á ocupar estos terrenos donde todas nuestras propiedades serán comunes para sus prosélitos.

Tendrá V. S. que batirse con ellos, á tiempo que otras graves atenciones pidan quizá su presencia; y si logra derrotarlos, será después de haber lamentado las desgracias inevitables que presiente un espíritu al tocar de cerca peligros inminentes y ciertos.

Antes de ahora no dejaba yo de esperar estas mismas consecuencias de la obstinada negativa con que se nos priva de la defensa de esta provincia, refusingo enviarnos fusiles para recorrer los pueblos, imponerles el orden, asegurar á los sospechosos, exigir donativos y hacer otras muchas cosas útiles al Estado, que con 50 fusiles ora entonces suficiente fuerza para verificarlo; cuando ahora, no solo no se pueden exigir donativos, sino que es preciso tener una división respetable para lograr apenas la pacificación de estos pueblos, en cuyo objeto estamos gastando todo el numario que se puede recoger entre los buenos patriotas para costear continuamente expediciones que vayan á contener de pronto tantas conspiraciones como se levantan por todas partes.

Los 1200 españoles, que con fecha 27 de setiembre se sirvió V. S. avisarme haber llegado á Puerto Cabello, no debían haber hecho tanto ruido como el que se advierte por las medidas que se han tomado de hacer replegar las fuerzas que obraban contra Coro por el lado de Carora, donde es necesario tener precisamente una división fuerte, no sea que todos ó parte de esos mil y pico de españoles que han llegado á nuestras costas, desembarquen por Coro ó Maracaibo para invadir por estos puntos, que han sido en todos tiempos los que han prestado á los conquistadores de Venezuela ayuda

por donde han caído las cadenas de su esclavitud.

Mis temores debe inspirarnos el ejército de Yañez compuesto de hombres conocidos, de militares prácticos en el terreno, con relaciones y conocimientos en todos estos pueblos, donde deben hallar y hallarán efectivamente un número considerable de soldados y confidentes, al instante que emprendan su marcha contra nosotros. Dinero, armas, víveres y caballerías, todo será, al punto que nos acometa el enemigo, presentado á su disposición, por aquellos mismos que, á pesar de nuestros desvelos, se apandillan en el día á un mismo tiempo, por instinto diabólico, para destrozar nuestros pueblos con el nombre de Fernando VII y victoreando, como ha sucedido en Piedra, á Monteverde. Nada cuesta á estos perversos ayudar á los tiranos con nuestras propiedades.

Lo que es más sensible en las circunstancias presentes, es el efecto que han causado las antipolíticas instrucciones, que el comandante general del Occidente ha remitido á nuestros pueblos, para que los abandonen y sigan á reunirse con el Ejército de Valencia á fin de asegurar sus vidas. Pida V. S. al dicho comandante general las instrucciones de que le hablo, y vendrá en conocimiento de los males que han podido causar y nos han causado.

Parece que no deben obrar estos efectos los mil hombres reciénvenidos de España, ni durlagar á semejantes providencias; pues esos soldados que acaban de llegar de España pelearán únicamente por ganar sus pagas, y no por vengarse ni defender ningún interés propio como lo hacen los de Yañez, á quienes es preciso respetar y destruir inmediatamente, porque mientras permanezcan en San Fernando nuestros enemigos, no se acabarán las facciones de estos partidos, ni dejarán de sentirse tristemente los mismos desastres que estamos experimentando; desgracias que ¡ojalá! no pasen, como las tomo, á ser mayores.

Yo he tomado la terrible medida de matar á todos los españoles que tenía presos y cuantos se aprehendan, y de dar orden para que pasen á cuchillo á todos los revoltosos á la menor sospecha: más de 30 aprehendidos en Quintero serán víctimas, según la disposición que di para ello ayer. Todas estas desgracias pro-

ceden de la falta de guerra; y lo peor es, que al fin se reunirán todos los ofendidos y nos matarán, para vengarse de estas muertes que nos es forzoso ejecutar contra sus parientes y amigos.

Me horrorizo al conocer la índole de estas facciones: casi todas obran estimuladas de un mismo principio el deseo de acreditarse los pardos con los españoles, para que los perdonen cuando vuelvan, y los eleven sobre los otros blancos: otras son las miras de nuestros facciosos; porque, al advertir nuestras pocas fuerzas, creen que al fin perderemos, y que entónces ellos gozarán. Tan diseminada está esta idea tan subversiva entre los ignorantes que yo me atrevo á jurar, que la dilación será que atacen de Coro hasta Aragua siguientes 200 hombres, para que todos estos pueblos estén unidos á favor del invasor, sacrificando primero á la parte sana de la población, sobre cuyas ruinas fundan estos iniceos su felicidad: de manera que al instante estarían en San Carlos amenazando á V. S.; Qué porvenir tan horrendo, pero factible! derrotar á Yañez, ó tomar el castillo donde está Monteverde dentro de 8 ó 15 días; ó esperar una disolución general y la subsiguiente ruina de la República, en que prometido quedar envuelto con honor, si por Occidente llegare á amenazar cualquiera fuerza. Este es el gran problema que nos ofrece nuestra presente situación para sucumbir, ó ser libres.

Por tanto, repito á V. S. se sirva destinar prontamente la división que tengo indicada, con las armas y oficiales pedidos; porque de lo contrario, consumiremos una porción de dinero en costear expediciones para contener á los facciosos, que inquietan y afligen estos pueblos.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Barinas, octubre 1.º de 1813.—3.º y 1.º

Mannet Antonio Pulido.

Señor General del Ejército Libertador de Venezuela.

CAPITULO II

Calvario de sed y hambre por la llanura, siempre superados en número y armamento por las partidas realistas. Largas filas de enfermos, ancianos, mujeres y niños, protegidos por las alas de la caballería y las bayonetas de los infantes. Encuentros terribles en los playones del Boconó y Tucupido, en el vado de los ríos, lentos, oscuros de creciente. Desfile de la impedimenta por la cúspide de las colinas de San José, mientras los lanceros de Olmedilla los defendían en la sabana mojando de rojo sus lanzas.

Hasta que se refugiaron todos en Guanare, silenciosos y expectantes los pobladores, mientras los veían entrar rendidos de fatiga, por

las calles empedradas, a paso cansino, como si fuera un cortejo de muertos.

Allí permanecieron muchos, con el miedo en la garganta, al ver proseguir el ejército rumbo a San Carlos, en busca de Bolívar y la esperanza.

Y los que se quedaron en la ciudad, fueron lanceados en la casa de Los Balda, al entrar los realistas codiciosos de su sangre y de sus lágrimas.

Baño de sangre y llanto en los aposentos, confesiones de voz en cuello, chasquido de aceros al penetrar las carnes. Entre ellos, para el escarmiento, el Capitán Liendo, uno de sus oficiales más queridos, hecho prisionero en la plaza, donde atado vivo comenzó su descuartizamiento.

Gritos de terror, sol embravecido, silencio de asombro entre los espectadores mientras el cuchillo iba destazando al hombre. Las manos, los antebrazos, los pies, los muslos, hasta que llegó la muerte para callar su lamento.

Un mes más tarde, entró a Barinas la fuerza de Ramón García de Sena, quien venía como Gobernador Civil y Militar por orden del Libertador a ocupar la capital abandonada,

pero siempre acosada por las mesnadas de Remigio Ramos, a quienes todavía no les había llegado el sentimiento de patria que con el tiempo les inculcó Bolívar, valiéndose de los decretos libertarios de esclavitudes y otorgadores de bienes confiscados.

Además del carisma del nuevo jefe de los pardos, el Mayordomo José Antonio Páez, transformado en conductor de esos hombres por haberse criado entre ellos y conocer sus propios usos y costumbres, para ganarse así su confianza en la lucha por América.

Eran los primeros días de 1814 cuando asediado García de Sena, inició también la retirada dejando la ciudad en manos solamente de La Guardia Urbana Barinesa formada por unos pocos jóvenes del pueblo que fueron sacrificados en el Palacio del Marqués, última trinchera de su defensa.

Humacera en los techos, súplicas desgarradas de madres desesperadas, pavimento con barro de sangre, alegría en los gritos de los triunfadores. Inclemencia del mestizo Remigio Ramos, a caballo en el zaguán, mientras en el recinto y los patios se consumaba la matanza.

Sin que pudieran recibir el auxilio de las tropas de Barquisimeto, donde estaba el Ge-

neral Urdaneta, ni valiera el valor desesperado para detener la muerte esa mañana de enero que no se olvidará nunca.

CAPITULO III

Poco después de su llegada a San Carlos, se retiró del mando Manuel Pulido y se fue por el camino de Caracas. Se acercaba la pérdida de la república con la cercanía de Boves y su Legión Infernal. Siete mil llaneros, siete mil lanzas sobre siete mil caballos batiendo con sus cascos los rumbos de Venezuela, en avance indetenible de odio mortal.

Por eso, al llegar la emigración a Oriente del Ejército Libertador con los habitantes de Caracas sollozantes y hambrientos, decidió embarcarse para Las Antillas en busca de salvación.

Mar de olas y crestas de espuma, travesías en veleros danzantes vajo el viento del sur, siempre

en negociaciones de armamentos para continuar esa guerra que embargaba su corazón.

Hasta que en uno de esos viajes por la mar embravecida, arrebató el vendabal del norte, entre Curazao y Haití, para hacer zozobrar la goleta sin que se salvara nadie entre los centellazos de la madrugada.

En garantía de su regreso y el pago de sus deudas, dejó en Haití a su hijo Antonio Dionisio Pulido Briceño,³ hijo de su matrimonio con su prima Mercedes Briceño Méndez.⁴ Un joven desolado en la orfandad al conocer la noticia del naufragio y sentir la vergüenza de no poder pagar por el momento las acreencias de su padre, desaparecido por amor a su país.

Largos años de exilio los de este Antonio Dionisio Pulido quien después de deambular por el mundo, regresó a Venezuela y recuperados parte de sus bienes, retornó a Barinas en busca de sus querencias.

Calles desoladas, casas destruidas, muñones al aire sus paredes negras de incendio, desolación en los rostros, tristeza convertida en alegría de sus habitantes y familiares sobrevivientes de tantas penurias, al verlo de nuevo.

Esa misma tarde lo deslumbraron los ojazos glaucos de su prima María Paula Pulido Pumar, hija de su tío Nicolás, el de la desilusión y la nostalgia por épocas mejores expresadas en su poema "La Tortilla Volteada" que recitaba con voz lánguida en las conversaciones de sobremesa.

Poco tiempo después se inició el amor en las visitas formales que terminó en matrimonio en la Iglesia Catedral, adornada con flores de los jardines barineses que pese a la guerra y la desolación, habían comenzado de nuevo a germinar.

Rubia la novia, moreno el esposo, alto, joven, elegante, con ese caminar altivo heredado de su padre.

Mientras a lo largo de la nave central, lo miraban pasar los últimos sobrevivientes de las degollinas de Puy, Tíscar, Ramos y Ñañá: Pulidos, Villafañes, González, Rincones, Bonas, Acostas, Tapias, Iriartes, Aldanas, Osorios, Briceños, Méndez, Pumar, Escobar, Encinosos, Paredes, Sánchez, Bragados, Traspuestos, De La Roca, Ortiz y tantos más.

Los pocos que se salvaron, a uña de caballo, del asalto del 19 de enero de 1814 al Palacio del Marqués, donde se refugió La Guardia

Urbana Barinesa para resistir hasta morir. De cada familia muy numerosa en esos tiempos, escaparon algunos para mantener el sentimiento de venganza, que los llevó a continuar luchando en el Ejército Libertador.

Todos ellos, junto con antiguos realistas, recibidos más tarde en las filas patriotas, lo entregaron todo por el nuevo país que entre sus sables, comenzaba a nacer.

Dentro de los despojos, de la que había sido la casa de su padre, fue reconstruyéndola al levantar los anchos paredones de tierra pisada, reinstalar los ventanales, desyerbar el enladrillado y los patios de grandes árboles, reinstalar el mobiliario traído desde Ciudad Bolívar, donde vivía su tío Pablo Pulido, con su famosa tienda de mercancías secas y abarrotes traídos desde Trinidad en su Goleta La Barinesa.

Ya no existían tampoco el Palacio del Marqués, ni las mansiones de sus familiares incendiadas desde hacía tiempo. Grandes casas cubiertas ahora con techumbres de palma sobre sus muros de calicanto y mezcla real. Pobreza en las calles, en los silencios de los mediodías de siesta soporosa, en el hermetismo de la gente y en las miradas esquivas de familias orgullosas que con todo y su altivez ancestral, pasaban días de hambre.

Sólo ruinas y selva invadiendo los solares, los aposentos, grandes árboles con ramas hacia el cielo por los huecos de los tejados, por las ventanas desvencijadas, como grandes manos clamando al cielo por la que fue una hermosa ciudad.

Más tarde fue necesaria la Gran Tala para poner en limpio lo que había sido Barinas.

Así lo describió la pluma nostálgica de José María Tapia Baldó quien en hermosos párrafos va contando en su periódico *El Impulso* barinés, su emoción al ver aparecer entre el bosque que cubría gran parte de la población, las casas de sus amigos, de sus familiares, que de pronto habían regresado en busca de ellas sin encontrar nada, sólo el abandono y la destrucción.

Ya había sentido la misma desilusión José Ignacio Pulido Pumar cuando regresó después de Boyacá, con el batallón Vencedores y no encontró casa útil donde acampar.

Por eso trató de rehacerlo todo a pesar de la escasez de trabajadores para fomentar de nuevo los rebaños de La Calzada y el Pagüey, los viejos hatos de su padre.

Sabanas desoladas, sin una res, lo más triste que le puede suceder a una sabana, sólo



Barinas 1936. Vista de las ruinas del Palacio del Marqués de las Riberas de Boconó y Masparro antes de la reconstrucción para dedicarlo a Casa de Gobierno de la ciudad de Barinas.

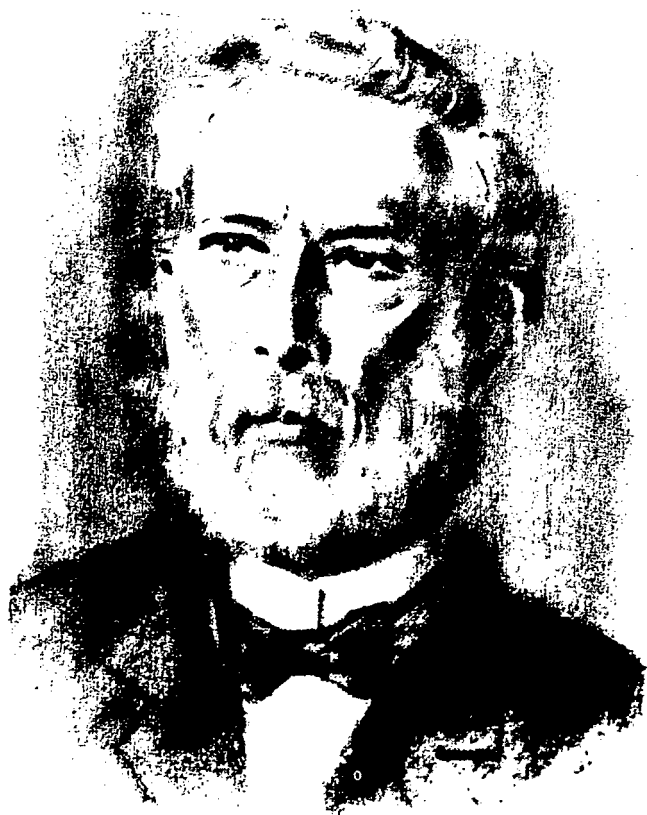
cimarroneras tronadoras de pezuñas en el cascajo de los bajumbales cuando se acercaban los jinetes. Sin caballos mansos para comenzar a dominar las reses ariscas que dejaron, por no poder enlazarlas, los ejércitos hambrientos.

Permanentemente acosado por los acreedores de Don Manuel Antonio, a quienes no había podido cancelar todavía, toda la gran deuda contraída para mantener sus ejércitos. Por reclamaciones de los españoles y realistas criollos que al regresar, después de haber terminado la guerra, reclamaban sus bienes confiscados por su padre y las afrentas sufridas en los momentos de peligro, cuando el Coronel Pulido ejerció su mando con toda dureza.

Sin embargo, lo soportó todo con tenacidad increíble y cuando ya la ciudad era otra y la situación comenzaba a cambiar, tuvo la alegría del nacimiento de su hijo, Manuel Antonio Pulido Pulido, el último barinés de la stirpe.

Apuro de parteras en los corredores de la Casa Pulideña, llanto de niño en los aposentos, angustia de padre rodeado de sus amigos, a la espera del feliz suceso.

Alegría que se fue apagando con los años en el acontecer de una región donde la paz definitiva no se encontraba nunca.



Manuel Antonio Pulido y Pulido

Asaltos de los hatos por las partidas de llaneros empobrecidos, al negárseles el pago de sus bonos de tierra con que había premiado sus hazañas, la habilidad política y el genio militar de Bolívar. Miles de hombres protestarios y reclamantes de lo que consideraban suyo y la oligarquía, que rodeada a Páez, les negaba de un todo o los obligaba a venderles sus papeles a precio miserable.

Ya comenzaba a escucharse el grito de ¡tierra y hombres libres! en boca de muchos hombres y las prédicas revolucionarias de Napoleón Sebastián Arteaga Pumar, su primo radicalizado luego de haber regresado de España donde lo cautivaron las ideas del liberalismo de moda en el mundo.

Se hacía cada vez más difícil la situación, prisioneros, embargos y ambición de tierras de los liberales de Monagas, caída definitiva del poder conservador y del Gobernador Codazzi, leal a Páez y al orden establecido.

Dominio liberal de Arteaga con toda su radicalidad hasta que un día decidió Antonio Dionisio Pulido, comenzar a vender lo suyo para marcharse al Táchira donde muchas familias barinesas habían iniciado el éxodo en busca de paz y tranquilidad.

Volvía a llegar el vendaval de la guerra en las hordas de la indiada rebelde, de los campesinos sin tierra, de los soldados defraudados por los ofrecimientos incumplidos después de La Independencia. Sonaban como banderas los nombres de Falcón, Zamora, Iriarte y con horror de muerte, el de los Indios de Guanarito y de sus jefes asaltadores de pueblos. Miguel Santaella, Antonio Linares, Regino Sulbarán y sobre todo, Martín Espinoza, des-cogotador de godos con su peinilla inclemente.

Humaceras de hatos incendiados, cadáveres decapitados en los caminos, miedo en los ojos de los caminantes, Ezequiel Zamora resonando en la distancia, como sucedería más tarde en el asedio de la ciudad.

Tres días de sitio y disparos cerrados, candela en los techos de las casas, sangre derramada de los hombres agonizantes sin que pudiera tomar la plaza hasta que ese Domingo de Ramos cuando se retiró, dejando las calles esteradas de muertos, de caballos abombados bajo el sol, olorosas a pólvora, cundidas de miedo.

Después fue Santa Inés con sus trincheras y sus soldados enfurecidos, mientras todo este horror fue dejado atrás por Antonio Pulido y su familia en sus bestias trotonas, rumbo a

Mérida para regresar, después de la muerte de su esposa y continuar hacia el Táchira.

No le importó dejar la casa, en manos de su primo José Ignacio, el General de la Independencia, anciano y retirado de sus campañas de guerreras, pero amigo de los liberales y protegidos por éstos, el hato, sus afectos, todo lo que había sido su vida y el recuerdo de su padre, para no verlos más nunca.

Desde el Alto de La Mesa contempló a Barinas por última vez, como si quisiera llevarse en sus retinas el blanco albayalde de sus casas.

—Recuerda hijo —le dijo a Manuel Antonio en presencia de sus otros hijos menores, Carmen, Mercedes y Félix— aquí dejamos sepultados nuestros muertos y cuando uno tiene muertos en alguna parte, no puede olvidarla nunca.

Manuel Antonio no le contestó, sólo asintió con la seriedad de todo un hombre, a pesar de su juventud vivida en una ciudad donde había cambiado todo tan apresuradamente que no daba tiempo a reflexiones. Sólo al asombro de lo inesperado en cada esquina, en cada vuelta de camino, en cada salida del sol con augurios diferentes.



La casa de los Pulido

Por el sendero de Pedraza, vadeando quebradas bajantes del piedemonte, rumorosas sobre las piedras, más hondas y raudalosas mientras avanzaban.

Río Pagüey de aguas verdosas donde se criaban sus caballos rucios de una sola pinta que sirvieron para remontar la Guardia de Bolívar, río Canaguá de aguas blancas, Ticoporó y Socopó de aguas encrespadas, raudalosas.

Selva de Ticoporo y San Camilo, donde no se veía el sol cubierto por la sombra durante

horas de pasitrote caminero, siguiendo las huellas de las otras familias que se habían adelantado.

Fue la diáspora del miedo, del incendio, de las lanzas amenazantes, de la indiada en armas, cuando el llano se volvió candela con el grito de igualdad en las gargantas de los soldados.

Desde Curbatí en adelante viajaron en silencio, temerosos de la emboscada artera y el temor se les fue opacando al dejar atrás a Pedraza y Santa Bárbara y entrar en el dominio andino, hasta donde no había llegado la guerra porque era tierra de paso, alejada de nuestras contiendas.

Por eso, para allá se fueron los Pulido, los Baldó, los Villafañes, los Velásquez, los Arvelo, los González, los Bona, los Febres Cordero, los Rincones y tantos otros que se llevaron del llano su cultura, su decencia, sus maneras cultivadas para hacerlas sentir en el Ande durante generaciones, el amor por Venezuela, el sentimiento de patria grande, lograda a costa del sacrificio que los sumió en la pobreza.

CAPITULO IV

Al llegar a esas tierras de montañas y valles bañados de la niebla, de inmensos pastizales donde cebar ganado flaco del llano, se les abrió el entendimiento y Antonio Pulido Briceño le dijo a su hijo Manuel Antonio con solemnidad en el tono—: No será como la nuestra de amplios horizontes, pero es tierra hermosa para la creación y el trabajo; aquí viviremos y moriremos porque así lo quiso el destino.

Y el joven le contestó esta vez con un dejo de nostalgia—: Es cierto, padre, pero aquélla que dejamos es dueña de nuestras vidas y no podremos olvidarla nunca, porque siempre estaremos ligados a ella por los recuerdos.

Así llegaron a los valles de Rubio, en el cajón de los cerros, casi llegando a la frontera. Rubio, fundada por Don Gerbasio Rubio con su empeño de pionero. Allí asentaron sus plantas para continuar viviendo.

Con el dinero de sus sabanas vendidas y de los cimarrones que lograba le enviaran sus tíos, para engordarlos en los guineales de los potreros tachirenses, fue incrementando de nuevo su fortuna Antonio Pulido y su hijo Manuel Antonio Pulido Pulido, quien muy pronto se casó con Trinidad Rubio, la nieta más hermosa de Don Gerbasio, el hombre más rico de la comarca.⁵

Rebaños de novillos cebados para los mataderos de Cúcuta, caballos y café cuando bajo los bucares sombríos, se inició esta siembra roja que llegó a ser la mayor fortuna del Táchira, comercio de Maracaibo y braceros colombianos, como si se uniera todo para resarcirle sus pérdidas en el trabajo que comenzaba, aunque ya don Antonio Dionisio envejecía, pero contaba con su hijo lleno de entusiasmo.

Y fue Manuel Antonio Pulido Pulido, el último barinés de la familia, quien compró la hacienda donde se vislumbraba el mene en las aguas aceitosas de una quebrada que bajaba del cerro.

Y junto con el hallazgo, nació la Compañía Petrolia del Táchira en la hacienda de los Pulido, donde en unión de José Antonio Baldó Pulido, Gregorio Villafañe, Carlos González Bona y Pedro Rafael Rincones, comenzaron a perforar la roca viva para encontrar el petróleo por primera vez en Venezuela, justamente un doce de octubre de 1878, el día del descubrimiento de América.

Como si fuera el Cabildo de Barinas, decían los barineses al conocer la noticia, puros parientes y paisanos, conocedores de lo que eran los manaderos de Mene y Kiu, en las tierras legendarias del Marqués de Boconó, ahora precursores de la inmensa riqueza que en el futuro invadiría a Venezuela, la magia real maravillosa de esta tierra.

Así comenzó la inquietud en la hacienda La Alquitrana donde los hombres de La Petrolia desarrollaron todo su poder creativo con la emoción del pionero. Viaje de Pedro Rafael Rincones a los Estados Unidos con una beca pagada por la empresa para estudiar las técnicas de perforación y traerse en el mismo barco, por la vía de Maracaibo, el taladro milagroso que perforaría las hendidias de la tierra, de donde brotaba el oro líquido de sus entrañas.

Largo camino hasta La Alquitrana y su quebrada de aguas tornasoles. A lomo de mulas por los despeñaderos, el pesado instrumento de trabajo, sin que desmayara nunca este barinés de tenacidad increíble.

A sesenta metros de profundidad encontraron aceite en Eureka, el primer pozo perforado en América del Sur y luego, fueron descubriendo combustible en otras dos perforaciones, hasta lograr la refinación de Kerosene que en arreos de burros y mulas, vendían por los alrededores, en San Cristóbal y hasta en Cúcuta, transformándose también en los iniciadores del comercio internacional del mene.

En 1883, el 24 de junio, día del centenario del nacimiento de Bolívar, La Plaza Mayor de San Cristóbal fue iluminada con conchas de naranja, llenas de petróleo encendido. Como homenaje al genio de América, titilaban las llamas en la noche brumosa.

Así fue como Manuel Antonio Pulido Pulido y sus hijos Manuel Pulido Rubio y Antonio José Pulido Rubio, en unión con Carlos y Salustio González Bona, José Gregorio Villafañe, José Antonio Baldó Pulido, Antonio Arvelo, Ramón I. Andrade, Hipólito Ramírez, Antonio María Delgado, Lisandro Acosta, Ra-

fael Angel Rincones, Antonio María Iriarte, Rafael Arvelo Mijares, Pedro Felipe Inchauspue, Miguel y Rafael Peña y varios barineses más, asentados en el Táchira, fundaron el 21 de diciembre de 1879, La Sociedad Patriótica Barinense con el fin de cooperar con el progreso moral, material e intelectual de la región, demostrando así su afecto imborrable por la tierra donde quedaron sepultados sus antecesores y transcurrió gran parte de su vida.

De los Pulido Rubio tachirenses descienden las ramas familiares de los Pulido Méndez, Pulido Villafañe, Pulido Santana, Pulido Musche.⁶

Siendo de especial afecto en Barinas, el recuerdo de Monseñor José Rafael Pulido Méndez, sacerdote ejemplar, ordenado en Mérida, doctorado en filosofía en Roma, Doctor Honoris Causa de la Facultad de Ciencias Forestales de la Universidad de los Andes, Diputado a la Asamblea Constituyente de 1947, Vicario apostólico de la Diócesis de Cumaná y Guanare, Obispo de Maracaibo y Arzobispo de Mérida, quien durante toda su vida se consideró como barinés, tal como lo decía durante las múltiples visitas a la ciudad donde se reunía y apadrinaba a muchos de los descendientes Pulido regados en los blancos pueblos del llano.

Así como también el Doctor Manuel Antonio Pulido Méndez, médico, escritor, huma-

nista y diplomático. Ex-rector de la Universidad de los Andes donde se distinguió por su extraordinaria labor y el trato afectuoso para los estudiantes barineses que le traían las remembranzas de su ancestro, tan ligado a los azares por Venezuela. Tal como a él mismo le tocó sufrir en su vida revolucionaria de juventud, en su lucha en el exilio contra la Dictadura Gomecista y cuando se atrevió a sacar del país los originales de las Memorias de Un Venezolano en la Decadencia, escritas en los calabozos de la Rotunda por José Rafael Pocaterra.

Y ya en su madurez, para ser consecuente con sus ideas, su renuncia ante Marcos Pérez Jiménez, de su embajada en La Santa Sede cuando se desconocieron, en 1952, las elecciones ganadas por el pueblo.

Además de otras ramas Pulido como los Pulido Barreto, Mazei Pulido, Pulido Mora, Pulido Tamayo, Contreras Pulido que reconocen también su ancestro barinés. Y hasta en la época de Juan Vicente Gómez, continuó rodeando la leyenda al apellido con la tragedia del Coronel Roberto Pulido y su esposa Belén Baldó, asesinados por Tomás Funes en la tenebrosa noche de San Fernando de Atabapo.

Todo un universo de acontecimientos alrededor de esta familia que con sus recuerdos

han dejado huella en la tierra barinesa sin que se haya borrado nunca, porque aparecen a cada momento en la historia de una ciudad donde ellos fueron tan importantes protagonistas.

Y el nexo perduró a lo largo del tiempo, tal como me lo decía Rubén Tapia Peña, hijo de Benjamín Tapia Baldó, sobrino de José Antonio Baldó Pulido a quien una vez, siendo muy joven, le preguntó al conocerlo en San Cristóbal Manuel Antonio Pulido Pulido—: Cuéntame sobre las ruinas del Palacio del Marqués, de la Casa del Níspero donde jugaba con tu padre cuando niños, de las calles de Barinas, empedradas y largas, que no han desaparecido de mi memoria, de la vieja Casa Pulideña que debe haberse caído.

Y se quedó pensando como si estuviera en un sueño.⁷

CAPITULO V

Nicolás Pulido Briceño se enamoró desde muy joven de su prima María Ignacia del Pumar, hija del Marqués de Boconó y de ese matrimonio nacieron José María, José Ignacio, Amalia y Pilar Pulido Pumar, casamiento entre primos como si no hubiera en Barinas otros apellidos para formar su heredad.⁸

Dura vida la de Nicolás, Interventor de Hacienda de la Provincia el año de 1810, lo que no le impidió, el cinco de mayo, incorporarse al grupo de mantuanos que proclamaron la revolución. Reunión solemne en la Casa de La Fundación a media cuadra del Palacio del Marqués, soleados sus salones por los grandes ventanales abiertos de par en par, desde donde miraba el pueblo, atónito ante tanto acontecer.

Afuera, en las calles, murmullo de voces, silencios de curiosidad, al escuchar los discursos de los señores y de vez en cuando, un grito atrevido de ¡Viva la Libertad!

Diputado por Pedraza llegó a ser en los primeros días de la contienda y por mantener su palabra empeñada con La Independencia, tuvo que escapar, el año doce, al igual que sus hermanos, hacia tierras granadinas donde todavía no llegaba la persecución.

Embarcados por el Apure, agua abajo hasta las llanuras de Arauca, vadeo en botes de cuero con los caballos de diestro, nadando agarrados de la cola de las bestias, durmiendo emparamados de frío y humedad, desandando veredas de guahivos ariscos, hasta Cuilote, Casanare, Pore, las llanuras granadinas donde se refugiaban los perseguidos de Venezuela y El Nuevo Reino.

Campamentos bajo el cielo, alertas todo el tiempo, comiendo carne sin sal, hasta el año 13, cuando por Barinas pasó la esperanza con el Ejército Libertador.

Y al retirarse hacia Caracas el ejército de Bolívar, otra vez la desesperanza cuando su hermano, el Coronel Manuel Antonio, tuvo que evacuar la ciudad.

Era un dos de noviembre, de invierno cerrado, la noche de la Creciente de Los Muertos, cuando en canoas cruzaban las familias el Santo Domingo barroso y tronador con una corriente tan fuerte, que volteó las embarcaciones y entre sus chiflones perecieron muchas mujeres, ancianas y niños, ahogados en los remolinos que se los llevaron en la oscuridad.

Meses más tarde, cuando todo parecía calmado al llegar el ejército de García de Sena para proteger la ciudad indefensa, del asalto inminente de los realistas, de pronto se marchó con su tropa y los dejó a merced de Remigio Ramos, inclemente y cruel.

Pero allí estaba Nicolás Pulido para correr hasta Barquisimeto en busca de Urdaneta para que acudiera a defenderlos, mientras La Guardia Barinesa, de trescientos jóvenes que decidieron quedarse para resistir, se defendía calle por calle, casa por casa, de los sitiadores cada vez más cercanos con sus fusiles y lanzas, llenos de odio mortal.

No pudo llegar a tiempo el General Urdaneta, pero sí llegó Nicolás Pulido, al atardecer del octavo día, reventando caballos de cansancio, para defender con sus amigos el último reducto de la ciudad, el palacio de su abuelo, el Marqués de Boconó.

Por las caballerizas, jinete en el mejor caballo, pudo escapar cuando ya la tarde era noche, entre la matanza y el humo del palacio en llamas.

Ya se lo había advertido a los mantuanos al comienzo de la rebelión: "Lo tenemos todo y lo vamos a perder, pero si ustedes lo prefieren así, yo los seguiré. Eso sí, no olviden nunca que se los advertí."

Y así sucedió, tal como lo pudo comprobar en 1821, cuando su esposa, María Ignacia del Pumar, le escribió al Libertador, diciéndole con lenguaje desgarrado: "Estamos en la más completa miseria, desaparecieron las alhajas, las haciendas, los ganados, todo lo que tenía valor y deambulamos por países remotos sin ni siquiera saber de nuestros hijos, José Ignacio y José María, que se fueron con Usted."

Por eso sería que cansado de deambular, Nicolás Pulido retornó a Barinas en 1823, para también tratar de recuperar algo de lo suyo, al establecerse la paz.

Años de Colombia La Grande, tiempos de ambiciones provincianas, deseos de separación, se juntaban los enemigos de Bolívar alrededor de Páez y sus protegidos y por eso, Nicolás Pulido, se distanció del gobierno al

expresar su criterio de que era necesario mantener la unidad, como única manera de imponer el nuevo orden y hacer respetar la república ante los imperios del mundo, según las ideas del Libertador.

Al fracasar todo y ver cómo se iniciaba la anarquía, se incrementaba la pobreza, la inquina política y el caudillismo, en un país que tan caro había pagado la libertad, se le acentuó la desilusión en su escepticismo proverbial.

Se murió en 1834, cuando parecía que la oligarquía y los antiguos realistas se iban a imponer en el mando de Venezuela.

—Fue una noche de angustia por su larga agonía y su extraña manera de morir sentado en un sillón —contaba Melicia Canales, su sobrina, en una de las tertulias barinesas del atardecer.

Cuando registraron su escritorio, pocos días después, encontraron un poema, en doce décimas, donde expresaba su modo de pensar.

La Tortilla Volteada

I

*La tortilla está volteada
volteada está la tortilla,
y es funesta maravilla
venir del ser a la nada.
Principió cruda y quemada,
quedó pésima en sazón
por ser contra la razón
el tortillero violento;
y porque sesos al viento
apoyaron la moción.*

II

*Aprended flores de mí
lo que va de ayer a hoy:
hoy con patria nada soy,
sin patria ayer mucho fui.
Tomad el ejemplo en mí.*

III

*Los más yacen arrollados
en tristes departamentos,
cuyos ayes y lamentos
de nadie son escuchados.
Es de ánimos depravados
despreciar al infeliz,
adular al que es feliz,
profesar el egoísmo,*

*sólo quererse a sí mismo
cuando él mismo está en un tris.*

IV

*El que ayer de la fortuna
se miró puesto en la cumbre,
hoy ni siquiera de lumbré
para alumbrarse tiene una.
No es mucho que se confunda
y contén vuestras pasiones,
huye de las revoluciones,
mira atenta a Venezuela,
que sólo ha quedado en Zuela
con el Vene en los talones.*

V

*Lo blanco se volvió negro
y lo negro se hizo nieve,
sin haber uno que niegue
ser pérdida sin reintegro.
Admirar no más me atrevo
variación tan declarada,
inaudita e inesperada;
pero por más que lo inquero,
todos responden: "Yo infiero
que es la tortilla volteada".*

VI

*El culto está en abandono,
la moral desconocida,
y en su lugar sustituida
la impiedad en el alto trono.
El escándalo es abono
de cualquier acción malvada;
y la verdad nunca hallada
porque ella huyó la primera,
por no hallarse en la quimera
de la tortilla volteada.*

VII

*Los Prelados expatriados
y la iglesia abandonada
la religión despreciada
y sus ministros odiados;
los cánones anulados,
la virtud yace olvidada,
proclamada la perfidia,
burlada la devoción,
y todo con la ocasión
de la tortilla volteada
el más claro entendimiento
con el triste pensamiento
de lo que fue y de lo que es,
sin esperar ni aún después
aliviar su cruel tormento.*

VIII

*No obstante, el sabio Congreso
se dedica con afán
a saber si el queso es pan,
o al contrario, el pan es queso;
si es impune todo exceso,
si es doncella la preñada,
si la viuda es antojada;
y a esto un mudo con denuedo,
le señaló con el dedo
a la tortilla volteada.*

IX

*Los que por tan rara causa
hoy se miran exceptuados
disfrutan muy desahogados
la guerra, con gusto y pausa.
La avaricia nunca pasa,
la ambición nunca es saciada,
es grandito el que era antes nada;
y entre tanta batahola,
vemos que a cualquier hora
la tortilla está volteada.*

X

*El pueblo con energía
pregunta: ¿Quién rige ahora?
respóndele: Una señora
llamada doña Anarquía.
En ella no hay simetría
porque nació trastornada,*

*tosca y mal organizada;
pero ha venido a ordenar
que se acabe de quemar
nuestra tortilla volteada.*

XI

*Quien lo dice no soy yo;
la experiencia es quien lo muestra
viéndose en la suerte nuestra
lo que va de ayer a hoy.
Parece se ha hecho convoy
entre furias infernales
para envolver tantos males
en una revolución
insana en toda ocasión
y de resultas fatales.*

XII

*En metamorfosis tal,
toda admiración es poca,
y jamás podrá la boca
dar explicación formal;
ni cabe en ningún detal
descifrar esta ensalada,
esta hallaca o empanada,
este agiaco o picadillo,
esta morcilla o morcillo,
esta tortilla volteada.*

CAPITULO VI

Juan José Pulido Briceño, como si tampoco hubiera querido cambiar los apellidos, contrajo matrimonio con Ursula Briceño Angulo y tuvo una sola hija, Juana María, quien después se casó con Santiago Mancebo, hermano de Isabel Mancebo, la esposa de Fernando Miyares González, el último Capitán General de Venezuela. Esta Isabel Mancebo, quien amamantó a Bolívar en los días de su nacimiento, para que no la olvidara nunca el padre de la Patria.⁹

En 1806, luego de quedar viudo, durante la epidemia de viruela loca, se unió de nuevo en matrimonio con Dolores Briceño, tan hermosa como todas las Briceño; tan coqueta, que nadie le resistía una mirada.

En una noche sin luna las nació Zolia Pulido Briceño, tan hermosa como la madre de ojos color de esmeralda.

Y fue justamente Dolores, quien con su belleza y coquetería creó la vieja historia teñida con la leyenda de su infidelidad, en momentos de tristeza y ausencia.

Así lo contaba Rosario Angulo de Canales, quien murió de pura vejez, agregando que "la ingenua, desolada por estar en largo viaje su marido, entró en amores con un amigo íntimo y después, arrepentida, con infinita torpeza, escribió sus pecados en la lista de confesión que desafortunadamente, al regresar el esposo, cayó casualmente en sus manos, para desgracia de la mujer".

Esa misma noche la envió para los Andes, con una escolta y sus enseres, sin volverla a ver más para escándalo de la ciudad ante su silencio impenetrable.

Poco tiempo después se marchó también Juan José Pulido por los caminos del Apure y el Orinoco, rumbo hacia Angostura, Trinidad y más allá del mar para retornar años más tarde, con la más bella y gran dama que se recuerde.

Inés Canales, de quien la fantasía ha creado un mito de su cultura y bondad y hasta *corrió el rumor, que no se ha borrado nunca*, de que había sido artista dramática en un afamado teatro de Madrid.

Once hijos nacieron de esa unión, entre ellos, los Comandantes de la Guerra Federal Juan José y José María Canales, quienes no pudieron ser Pulido nunca por estar viva la esposa legítima en las brumas del cerro.

Fueron mandatarios y guerreros en El Gran Estado Zamora, para mantener la tradición familiar y desde entonces en Barinas hay más Canales que Pulidos para mantener el recuerdo.

Larga vida guerrera y de aventuras tuvo también Juan José Pulido, en sus andanzas por la Nueva Granada, entre el llano y la montaña.

Pero después del éxodo de San Carlos, donde donó ocho mil pesos oro para los gastos del ejército patriota, regresó al Apure, siempre al lado de Páez, su amigo desde hacía años en los hatos de su hermano y al llegar Bolívar a la llanura, estuvo entre sus edecanes en esas soledades del Cajón de Arauca.

En 1823, luego del triunfo de Carabobo, se embarcó para Trinidad donde se dedicó al comercio y acumuló fortuna en esa isla de aguas azules y negros de todo el mundo.

Regresó a Barinas en 1826 durante la tormenta de La Cusiata y apoyó a José Antonio Páez en su reacción contra el Libertador, declarándose desde entonces, su enemigo más terrible, sobre todo en La Convención de Ocaña donde por la dureza de sus ataques contra el creador de Colombia, se ganó el apodo de Trabuco con que lo llamaron desde entonces.

A partir de 1830, durante el gobierno de Páez fue Gobernador de la Provincia de Barinas y su fortuna superó la decadente riqueza de los herederos del Marqués de Boconó, a quienes compró grandes extensiones de sabana.

Sus hatos La Casualidad, El Purgatorio de La Yuca, Barrancoso, Sabana Larga, Maporal, Vainilla y el Aceituno eran, en 1842, un emporio de rebaños, caballos y tierras realengas para satisfacer su codicia.

En su testamento, fechado en Barinas, un 21 de diciembre de 1842, ordena el reparto de sus bienes entre sus hijas legítimas, Juana María y Zoila Pulido, además de dejarles casas, tierras y

pesos a los once hijos procreados en Inés Canales, la mujer de los recuerdos inolvidables.

Veladas literarias, música de piano, bailes de gala, lectura de libros llegados en los barcos del río. Entereza para defender lo suyo, cada vez que llegaban los ejércitos hambrientos, saqueadores de pueblos.

Voluntad para criar once hijos y comprender a su esposo de carácter imponente, entre guerras, sequías, hambrunas, desolación y paludismo, el más terrible enemigo de esos tiempos.

Facilidad para ganarse amigos y el reconocimiento de aquella sociedad pacata y convencional que atraída por su cultura, belleza y simpatía, la acogió en su seno y la metió en la leyenda.

Y de sus hijos, tampoco se olvidan los recuerdos como los de Juan José y José María, de larga actuación en el acontecer de esta tierra.

General Juan José Canales, Comandante de bandera amarilla en una trinchera de la Batalla de Santa Inés, recibiendo plomo oligarca durante un día y una noche, en el terra-

plén de la matanza. Gobernador Civil y Militar de Los Andes y del Gran Estado Zamora, en tiempos del General Guzmán.

Y José María Canales, Capitán Federal, como lo recordaba muy anciana, Rosario Angulo, en su casa barinesa: —El hombre más buenmozo del llano, —según sus propias palabras de esposa enamorada hasta la vejez.

—Fuimos ricos —continuaba contando— hasta que llegó la Guerra de Los Cinco Años y José María se marchó con el General Zamora.

“Parecía un príncipe encantado con su uniforme azul de charreteras doradas que yo misma le fabriqué. Jinete en su caballo zaino, entre un mar de banderas amarillas, no se imaginó nunca, con la emoción de la guerra, lo que le esperaba al encrespase los ánimos y comenzar de nuevo la destrucción.

“Después al pasar todo, llegó la pobreza que no habíamos conocido nunca y también la enfermedad. La tropa enemiga se había llevado el ganado, ni una res dejaron en la sabana del hato, ni un animal en el patio, hasta las gallinas se comieron, cinco mil hombres arranchados durante una semana, sin que yo pudiera hacer nada ante tanta maldad. Hasta con los peones arrearon y me quedé íngrima y

sola cuidando a mi esposo herido que como un fantasma, me llegó poco después. Agonizante de fiebre y tos, con una boca de sangre en el pecho, cerca del corazón.

“A los pocos días, al agotárse nos las provisiones que a duras penas había podido esconder, el hambre nos venció.

“Mirábamos para todas partes y ni un viajero en el camino, sólo tierra, horizonte y nada más. Me dolían los ojos de tanto mirar y sentía cada vez más miedo al convencerme de que José María se me moriría de mengua entre tanta soledad. Hasta leche de mi pecho, pues estaba amamantando a mi hijo recién nacido, tuve que darle al moribundo para mantenerle las fuerzas mientras nos socorría alguien para escapar.

“Serían cosas de Dios, luego de tanto rezar, porque cuando menos los esperábamos vi aparecer, en lejanía, un carretón de bueyes que venía de Santa Inés y en él me lo llevé por los rumbos de la ciudad.

“Se me murió en Barinas, una tarde de invierno con sol y a Vainilla no he vuelto más. Hasta escuchar su nombre me da tristeza, pues me recuerda esos años que espero no volverán jamás.”

De Juan José Pulido quedan las historias de su rudeza, su larga descendencia, el paisaje de sus sabanas, el nombre de una meseta altiva llamada El Pulideño, donde hace años se aquerenciaban los cimarrones, resagos de sus inmensos rebaños donde los toros de cuernos marfileños y pinta barcina, eran famosos por su bravura.

*Cimarrones del Pulideño
No hay caballo que los alcance
sólo mi rucio marmoleño
Puede llegarles al relance.*

Cantaba mi padre cuando traía, por el bajío, un persogo de esas reses.

CAPITULO VII

Pablo María Pulido, en 1807, ya era personaje de la política en la Municipalidad de Barinas, al lado de su hermano Manuel Antonio y su bisabuelo el anciano Marqués de Boconó.¹⁰

Y muy pronto, fue uno de los instigadores de la ruptura de relaciones con el recién nombrado Gobernador español, Miguel de Ungaro y Dusmet, quien no fue acogido con agrado por el mantuaje barinés.

“Pablo María Pulido y José Francisco Villafañe, son individuos de esas familias que quieren siempre imponer su criterio en esta ciudad” dice la acusación en su contra, enviada por el Gobernador a su Majestad. Y toda la

controversia era porque los señores querían nombrar como miembro de la Municipalidad, a Don Cristóbal Hurtado de Mendoza, eminente jurista, viudo de Juana Briceño Méndez y casado con una sobrina del Marqués de Boconó.¹¹

Siempre deseosos de mantener su propia gente en el Cabildo colonial, como lo eran los concejales hermanos, Don José Ignacio y José del Pumar. Manuel y Pablo Pulido Briceño también hermanos y descendientes de los Pumar. Francisco Villafañe y Manuel Beraciartu, sobrinos de los primeros y primos de los segundos, en su indescifrable entorno familiar.

Hasta Casanare, desandando caminos, llegó Pablo Pulido en la diáspora de 1812 y desde allí envió al Libertador, mil pesos oro y las joyas de su esposa para contribuir con la libertad.

Después, reaparece en las sabanas apureñas durante la toma de Achaguas y en La Trinidad de Arichuna donde fue uno de los instigadores de Páez para que desconociera a Santander. Participó también en la pelea del Yagual, en compañía de sus paisanos barineses que se batieron con lanza y fusil.

Al concluir esta campaña, por las aguas barcinas del Apure y el Orinoco, se retiró

hasta Angostura donde estableció un almacén y se transformó en proveedor del Ejército e importador de mercancías secas, cuando esta ciudad cayó definitivamente en manos patriotas. Y allí comenzó su vida azarienta de comerciante y amo de hatos en las llanuras apureñas y barinesas.

La vida de un dueño de tierras y comerciantes de la época que se encuentra plasmada en sus reclamos que por asuntos de negocios, relaciones familiares, viejas deudas al gobierno patriota y muchas otras referencias, hacía a Francisco de Paula Santander, vinculado a su familia desde cuando Josefita Santander, hermana del General, casó con José María Briceño Méndez,¹² sobrino de su esposa.

Durante todos estos años ausente de Barinas, estuvo con él su esposa, Ana María Méndez, tía de los Briceño Méndez, prima de los Pumar y hermana de Ramón Ignacio Méndez, quien llegó a ser primer Obispo de Venezuela.

Así se le fueron pasando los años hasta que fundó a Porsiacaso, su hato legendario en las más distantes regiones del llano, alejado de la ruta de los ejércitos destructores.

Sabanas de La Yeguera, a 22 leguas de Guasdalito, el pueblo más cercano, donde sólo

se escuchaba andar al viento y las pezuñas del ganado.

150.000 reses, al correr el tiempo, 25.000 caballos mostrencos retumbando con su galope bajíos y esterales, canto desvaído y lánguido del Taro-Taro. Tolvaneras polvorientas en los veranos, aguasales de remanso en los inviernos, cielo encapotado de nubes negras.

De allí salió, según los entendidos, la simiente para repoblar la ganadería apureña y la de La Nueva Granada, al desaparecer casi toda en el torbellino de la guerra.

Y también, el apoyo para cada uno de sus familiares arruinados que regresaron para conseguir sus sabanas desiertas de sus rebaños mugidores.

Trescientas novillas paridoras regaló a cada uno de ellos, para cada uno de sus fundos en la Provincia de Barinas. Once mil pesos oro para que aliviaran su orfandad sus sobrinos Canales, los hijos de Juan José, quienes desde entonces también se instalaron en las tierras que habían sido de su padre, tan rico como su hermano.

Poco antes de su muerte, en Angostura, donde regresó con el deseo de viajar a Caracas

o retornar a Barinas, anciano y cansado, acosado por demandantes y deudas del gobierno todavía no pagadas, le escribe al Doctor Cristóbal Mendoza, su compadre y amigo desde hacía muchos años, cartas desde Angostura, desde su hato Porsiacaso, desde Barinas, donde se nota la angustia existencial de un hombre en aquellos duros años.

Su preocupación por una demanda judicial iniciada en 1822 en Barinas y trasladada a Angostura con el embargo de sus bienes, por su prolongada ausencia alejado de su esposa en su hato tan distante, por su enfermedad que lo postraba sin ninguna asistencia médica.

Allí se palpa su pensamiento de terrateniente, poseedor de esclavos e insaciable comprador de tierras, casi hasta el momento de su muerte.

Todo el sentido de una existencia entre la guerra y la riqueza y de la riqueza, a la amenaza de volver a quedar pobre luego de tanta lucha por recuperar lo suyo. La vivencia de una época hasta que como para calmarle la angustia se lo llevó la muerte, dejando sólo sus cartas llenas de su propia vida.

Y en esas cartas a Mendoza que todavía se conservan, en las páginas correspondientes a

1819, aparecen los nombres de sus esclavos, la relación de los hatos de Pablo García, Fernando Mijares y los señores Tovar, en diferentes sitios del llano, con su apreciación personal sobre esas tierras ambicionadas para la extensión de sus rebaños.

En 1823, la deuda del Comandante José Antonio Gómez, de Angostura, donde se especifican diferentes artículos y dinero efectivo, entregado por mandato del General Cedeño, al Ejército Patriota, en 1819.

En diciembre de 1823, menciona un poder otorgado a su primo Pedro Briceño Méndez y a su amigo, el Doctor Miguel Peña, para tratar de cobrar en Bogotá sus acreencias. Habla también de sus negocios de tabaco y de la necesidad de conseguir la licencia correspondiente para su exportación.¹³

Le informa sobre el litigio judicial que desde 1822, tienen en su contra los hermanos Patiño, de Barinas, por asuntos de tierras y la acusación contra ellos, de haberle robado un rebaño de ganado manso, que en su oportunidad les hizo Pulido.

Litigio en manos de un señor Mediavilla quien lo trasladó hasta Angostura donde, ante los jueces de esta ciudad, lo contrademanda.

Se queja también de la actuación en Barinas de su pariente Nicolás Pumar, abogado y hombre polémico en sus actuaciones personales y políticas, quien “le ha quitado dinero y lo ha afligido bastante sin defenderlo realmente”. Le ofrece un rebaño de ganado para que lo venda en Caracas y hasta le pide su colaboración para que le envíe unos albañiles, para reconstruir su casa en las riberas del Orinoco.¹⁴

Menciona la goleta *La Barinesa*, donde enviaba su tabaco para Saint Thomas y su temor de que pudiera naufragar o caer en manos de los piratas, al tiempo que le pide una suscripción del primer periódico El Venezolano y de los papeles del gobierno “para estar bien informado de los sucesos nacionales.”

Menciona también vales en su poder por haberes militares comprados a oficiales patriotas y otro litigio que tiene entablado con el Rubio Mier y Terán por los terrenos de los Platanales, en Apure.

Igualmente le anuncia su disposición para darle la libertad a sus esclavos, si el gobierno lo exime de la Ley de Manumisión.

Se queja además, de la exagerada introducción de extranjeros en la Provincia de Guaya-

na “quienes con sus relaciones directas con Europa, no dejan ganancias al comercio nacional”. Y expresa su deseo de solventarse económicamente para salir de la ruina y luego descansar “si es que hay descanso en esta vida.”

A manera de excusa le cuenta que no le ha vuelto a escribir porque cuando regresó a Barinas de su hato Porsiacaso, se encontró con que “los señores godos de Mérida, Barinitas, Pedraza y Boconó”, atacaron una noche la ciudad y él escapó muy contento de poder sacar sus baúles y la familia en unos “burros manetos” que fue lo último que pudo conseguir.

Para colmo, estas novedades sucedieron cuando “el bueno de Nicolás Pumar” era Comandante Militar, “sin soldados ni confianza alguna en el pueblo” y que por esos motivos debía calcular el Doctor Mendoza, cómo estarían los espíritus de su familia errante.

En la misma fecha se lamenta de que “el señor Soubllette”, le niega el pago de la deuda que el gobierno tiene con su casa comercial y si algún día decidiera lo contrario, “sería la primera vez que obtengo un sí de ese señor, ni en asuntos de justicia, ni en los que son únicamente favor de amistad.”

Insistiendo de nuevo en su necesidad de contratar con la Dirección de Rentas del Tabaco de Obispos y Guanare, el pago de treinta pesos el quintal embarcado por el puerto de Torunos. Y pone como garantía, tres casas en Angostura, la goleta la Barinesa de 187 toneladas y cuarenta mil pesos en giro comercial, además de su hato de Guasdalito con sesenta y ocho mil reses en la sabana.

En 1824, le habla de su falta de amigos de confianza en Angostura y le informa que Barinas ha mejorado mucho, pero que Apure está elegido por un hombre ambicioso que "todo lo desea para su patrimonio y quiere hacerse obedecer a como dé lugar."

Por eso desea encontrar comprador para sus posesiones y así recobrar su tranquilidad perdida desde que fundó a Porsiacaso, por las intrigas de Nicolás Pumar, y Miguel Guerrero. "Pues la codicia de estos caballeros ha sido desde hace tiempo trascendental para todos los llaneros".

"Además, treinta y dos hombres después de pagarles siete meses y medio de sueldo, no han cogido para mí ni una res gracias a los señores Camacho y a las Juntas de Guasdalito que con la mayor indiferencia ven a los ladrones y los mayores desórdenes". "No pu-

dieron coger ni una res, pero como los animales están orejados, es moda que cada hombre cargue un hierro en el soguero para marcar lo que encuentra. Eso es el llano . . . ”, termina diciendo.

En 1825, le encarece la gran necesidad que tiene de esclavos porque “sin ellos es indubitable la pérdida del caudal bastante regular que todavía se puede sacar de ese ható”. “Cómprame el número que sea, compadre, siempre que ellos vengan voluntarios”.

Interesado en su salud de viejo y enfermo, le pregunta si el Doctor José María Vargas, “famoso médico que estaba en Puerto Rico”, había regresado a Caracas o a La Guaira; pero a pesar de su enfermedad, le ruega el envío de “dos cajones de tabacos habaneros, para de algún modo distraer los trabajos y las aflicciones”.

Y sobre todo, continuaba pidiéndole, “esclavos, compadre, esclavos” y la consecución de más tierras. Aunque para él la cría de ganado se estaba extinguiendo y sólo quedaban “los rebaños de Porsiacaso y algún otro ható grande muy señalado y por supuesto los ladrones aumentan cada día en el llano, al paso que los jueces tienen cada vez menos energía.”

Y esas tierras que le exigía ayudara a conseguir desde Caracas, eran la representación de su deseo de incrementar sus rebaños.

Por eso le escribe en la carta siguiente: “los pardos herederos del Doctor Blanco tienen una gran sabana en Calabozo y Guayabal con el nombre de Alta gracia, me dicen que alcanza a sesenta leguas y es en propiedad. A mí me conviene comprarla y usted lo hará en mi nombre.”

“La familia Tovar es dueña también de varias leguas en el Pao de San Juan Bautista, consiga con ellos ya sea por compra, arrendamiento, gracia o permiso, todas esas sabanas para yo llevar mis rebaños.”

“Rebaños más allá del Apure y más cerca de Caracas, para trasladar sus miles de novillos hasta los mercados del centro.”

Insiste en su aspiración a monopolizar la venta del tabaco barinés y le pide a Dios prolongarle la vida, por dos años más, para continuar sus trabajos.

“Sé que en Caracas hay en las haciendas una porción de esclavos que eran llaneros, disgustados porque no están ocupados en un oficio de su agrado como es el de los hatos y es posible que sus amos los quieran vender.

“Cómprelos, compadre, hasta el número de cincuenta con tal de que sean llaneros y tengan buenas costumbres, no pasen de cuarenta años de edad y no cuesten más de cuarenta pesos cada uno. Reúnamelos en San Fernando a la orden de Juan José Revenga o de José Lorenzo Llamozas y puede ofrecerles, de buena fe, que si me sirven con fidelidad y amor durante seis años, les otorgaré carta de libertad.

“Tengo entendido que el Licenciado Santiago Rodríguez representa los bienes de la señora Tovar quien tiene esclavos llaneros. Cómprelos, compadre, sin demora, porque los hombres libres están corrompidos.”

Le menciona después sus achaques y el miedo a que lo maten, pero que en dos años espera reponerse para poder montar a caballo y recuperar las pérdidas en sus negocios con el trabajo del llano.

Más tarde, desde Porsiacaso, le expone que está ansioso por regresar a Angostura pues sospecha la pérdida de su goleta La Barinesa cargada con 4.000 cueros y 400 fanegas de cacao, posiblemente en manos de los ingleses, “y si no ha sucedido así y se salva, de todos modos tendré que marcharme a disponer del cargamento y en este caso, se llevó el diablo al ható al no más abandonarlo.

Y con sentido de humor pese a su estado anímico, finaliza diciendo con toda gracia: "así es que me veo en el caso de recordar aquel proverbio antiguo que mencionaba mi padre: Si vieras a tu mujer en no sé qué fatiga, tu casa ardiendo y tu culo en un avispero, ¿a quién atenderías primero?". "Triste suerte la que me persigue y más triste para mí pues creo ser el único hombre sobre la tierra a quien le estorba lo que ha adquirido con su trabajo, porque mis intereses de comercio y hato son totalmente contrapuestos".

El año de 1826, aparecen las cartas de su esposa Ana María Méndez, hermana de Monseñor Ramón Ignacio Méndez, para el doctor Cristóbal Mendoza donde le expone sus tribulaciones como consecuencia de la demanda de los Patiño, llevada hasta Angostura por su apoderado Mediavilla, además de la prolongada ausencia de su esposo con más de dos años en Apure. Las veces que han intentado embargarle sus bienes y la noticia cierta de la captura por corsarios españoles de su Goleta La Barinesa haciéndola estas circunstancias muy infeliz y transformándola en una mujer blanca de canas.

En 1827, continúan las quejas de Pablo Pulido por los vejámenes a que han sometido en Angostura a su esposa, con la complicidad del alcalde, y le pide su opinión de si valdrá la pena apelar ante la Corte Superior de Justicia.

También le anuncia el envío de 500 fuertes para los gastos de su defensa y la posibilidad de su próximo viaje a Caracas aunque tiene temor de hacerlo por tierra, por el peligro de los asaltos de José Dionisio Cisneros, el famoso bandolero del Tuy.

Igualmente le reclama el permiso para la exportación de mulas que de todos modos se las llevan de contrabando para Europa por ser armas de guerra. Y le participa su donación de "4.000 pesos fuertes para los gastos de bula, palido y además" para su cuñado el padre Ramón Ignacio Méndez, durante su investidura como Arzobispo de Caracas.

Además le insiste en una consulta jurídica con sus amigos los Doctores Urbaneja, Umérez y Narvarte sobre el mismo tema de su demanda.

Al tiempo que ordena los pagos de honorarios por intermedio de diferentes casas comerciales de Caracas, porque en el hato Porsiacaso se encuentra "sin dinero y a más de veinte leguas de Guasqualito."

En cartas sucesivas, prosigue Ana María Méndez, acusando los abusos cometidos contra ella y su patrimonio sin olvidarse de pedirle a su comadre, la esposa de Mendoza, el envío "de moldes de moda para camisones".

Y Don Pablo María, explica otra vez su ausencia y alejamiento de su esposa, por motivo de su enfermedad y la distancia por caminos infernales.

Además le aconseja a Don Cristóbal tener paciencia pues está enterado de su exilio momentáneo en Saint Thomas por los sucesos políticos de ese agitado año, “porque la reputación de un hombre como Mendoza en toda Colombia, es la única recompensa que puede esperar un hombre honrado”.

Y aunque todos esos acontecimientos de La Cusiata parecen arreglarse, le parece la llegada de Bolívar a Caracas, “medio preambulista sin que la pueda entender de un todo.”

Volviéndose a preocupar también porque parece que su juicio va a ser devuelto a Barinas y allí está su primo Nicolás Pumar con quien, aunque está reconciliado, no le tiene confianza “sobre todo en este momento cuando es Juez de Letras”.

—Estoy viejo —le dice—y si es necesario gasto todo mi peculio para vengar las afrentas a mi bien amada Ana María, merecedora de todo sacrificio.

“Además estoy casi ciego, compadre, por eso necesito con todo empeño dos pares de anteojos

de vidrios verdes, de los que conservan la vista y tengan patas de resortes. También, un buen reloj, fuerte y seguro para el camino y si es posible, con diario de mes o semanal y sobre tapa de plata, pues el principal objeto es que me sirva para saber el tiempo que estoy viviendo en mis travesías a caballo”.

Y termina ofreciéndole que si el mundo se volviera a revolver como le sucedió a Mendoza durante La Cusiata, para preverlo, le colocará en Trinidad, 100 pesos mensuales para manutención de su familia.

El 14 de abril de 1827, su sobrino José María Pulido Pumar, desde Barinas, también le escribió al Doctor Mendoza rogándole el apoyo para su tío que tanto lo necesita y el 24 de abril de 1827, Ana María de Pulido, remite un testimonio y una certificación del Coronel Vicente Peña donde se reconoce el robo de ganado por los hermanos Patiño, sus encarnizados enemigos.

En 1828, Don Pablo María vuelve a escribir preguntando si es verdad que está en Caracas su primo Pedro Briceño Méndez, el Secretario de Bolívar, y reclama de nuevo su reloj tapa de plata.

También le participa un negocio que tiene concertado con José Rosario Armas y otro con

un señor Troanes y el General Macero, quienes querían comprar hatos en Barinas y Apure y se queja del General Páez “quien encontró modo para que Porsiacaso sea realizado prontamente por los ladrones, pues mandó a despojarme de las armas con que me defendía y desde entonces, me roban más descaradamente. Nunca he visto al Alto Apure en peor estado y le pronostico muchos males para la república.”

Igualmente se queja del señor Arzobispo, quien estuvo en Barinas y no se ha ocupado ni siquiera de escribirle luego de haber recibido su donación de 4.000 pesos fuertes, por lo cual cre que “aunque tenga cien mitras en la testa continuará siendo el conflictivo padre Ramón Ignacio”.

En 1828, aparece una carta para el señor Troanes donde le ofrece en venta sus hatos Los Platanales en Apure y El Gallego, en Barinas, con todo y sus miles de reses, al tiempo que lo invita a verse en El Gallego para hablar de la negociación.

Más tarde, en carta a Mendoza, le dice que “sería bueno aconsejar al Señor Troanes que se asocie con el General Páez y me compre todos mis hatos que en mi poder vale algo y con los respetos del Señor General, valdrán

un inmenso caudal de dinero. Porque él está viejo y quiere retirarse “pues eso de ser llanero es oficio de mozos y no de viejos cansados.”

Podía así, al venderlo todo, asegurarle a su esposa un capital estable y pasar el resto de sus días en el sitio más conveniente, que “ojalá fuera Caracas”, para estar al lado de su compadre.

Siempre temeroso de sus acreedores y demandantes sobre todo si en Barinas, tenía que ponerse en manos de Nicolás Pumar porque “el bicho es el mismo que usted conoce”.

Y continúa su retahíla de quejas con respecto a sus embarques de tabaco, de los peligros de los mares, de lo que ha sufrido con ese negocio comenzando en plena guerra sólo para con su ganancia servir a la patria, de lo cual se ha arrepentido a veces porque no se le han reconocido sus servicios.

“Ni siquiera me han pagado dos vales que tiene del gobierno desde los tiempos de la División del General Urdaneta cuando marchó hacia Cúcuta, rumbo hacia Cundinamarca.” “Sólo así, recibiendo esos pagos podré cancelarle al gobierno mi débito de la Renta de Tabaco”.

El mismo año opina que el Libertador no ha debido suspender de su cargo a José Félix Blanco, Intendente de Angostura, "por una queja de nuestros parientes y paisanos de Barinas, o mejor dicho por Nicolás Pumar, Juancito y otros pocos que quieren vivir como en el año 22, sin haberlo escuchado antes o someterlo a juicio, donde éste hubiera salido con lucimiento."

"Este procedimiento y otros del Presidente, me hace pensar que se va a quedar sin hombres de bien a su lado, pues ahora se llama déspota o tirano a la autoridad que trata de poner el orden".

El 2 de febrero de 1828, informa sobre los acontecimientos políticos en Angostura y ruega al compadre le explique lo que está sucediendo en Colombia: "Compadre, por Dios, explíqueme lo que sucede en este mundo político porque yo no lo comprendo. Dígamelo aunque sea en parábolas, que puede ser entienda algunas."

Era la disolución definitiva de Colombia La Grande.

No se encuentra carta alguna donde aparezcan resueltos sus problemas judiciales y el pago de lo que le debía el gobierno, de la

consumación de sus negocios de tierras y ganados, todo queda en suspenso.

Sólo permanece la certeza de su gran amistad y afecto con el Doctor Cristóbal Mendoza, Intendente de Venezuela, defensor de sus intereses y ampliamente relacionado con las familias barinesas de la época.

Su recuerdo aún está perenne en esta llanura, pues las sabanas del Hurtado, rememoran con su nombre a su dueño, Cristóbal Hurtado de Mendoza, un hombre metido en la historia desde 1810, cuando fue el primer Presidente de Venezuela.

De Pablo María Pulido queda el mito de su riqueza y el espectro de su figura por esas soledades donde todavía parece deambular. La palabra de Bolívar, cuando en 1818 se refirió a los barineses, da fe de su patriotismo:

Por justicia y por gratitud, debo querer a ese país, pues a pesar de lo pasado conmigo los años 13 y 14, jamás me han faltado los barineses a mi lado así en la adversidad como en la prosperidad. Porque es un país que por naturaleza produce hijos magnánimos, pues el legítimo barinés que dice ser su amigo, lo es en toda época y en toda circunstancia. Y el que dice ser su enemigo, lo hace sin doblegarse, pero con nobleza porque lo hace a cara descubierta.

El legítimo barinés tampoco sabe pedir, pero sí sabe dar con generosidad. No recuerdo a ningún barinés que me haya

pedido ascenso o dinero. En el puerto de Angostura, no podía ponerme en campaña con mi plana mayor, hasta que supo el patriota y generoso barinés, Don Pablo María Pulido, que yo estaba detenido por falta de 4.000 pesos, y en el momento me los facilitó, sin plazo alguno. [Carta de Bolívar a Francisco de Paula Santander en 1818.]

Indudablemente, eran otros hombres en un mundo diferente que es necesario contar.

CAPITULO VIII

Hijos de Nicolás Pulido Briceño eran los hermanos José Ignacio y José María Pulido Pumar

Juntos cursaron estudios en Caracas hasta el año de 1810, cuando atraídos por la Revolución de Independencia, regresaron a Barinas por esos caminos perdidos entre la selva y la sabana, desguazando ríos crecidos y el corazón dispuesto para comenzar la guerra.

José María, al igual que su hermano y sus tíos, sufrió todas las vicisitudes de los años trece y catorce logrando salvarse de las degollinas inclementes y al poco tiempo, se va al Apure, como lancero de Páez.¹⁵

Ya era famoso por su valor y las habilidades de su lanza cuando fue escogido para formar parte de los ciento cincuenta hombres de Las Queseras del Medio. Nubes de polvo, lanzas contra fusiles, gritos de mando, chasquidos de aceros en los cuerpos heridos, lamentos maldiciones, silencios.

Y en 1821, al mando de su escuadrón de caballería del Batallón Apure, luchó en Carabobo rindiendo a Barbastro.

Continuó así su carrera militar hasta que un balazo, en Puerto Cabello, lo dejó inválido para continuar la guerra y lo obligó a retirarse a su llanura barinesa donde se refugió en su hato.

Hato de Totumal hasta donde se llevó a su esposa, Francisca Leitón, de mirada triste y ojos verdosos, la única de las esposas Pulido que no era, Briceño o Pumar, según la costumbre de esa familia barinesa.

Vida de sabana, caballo y ganado, del Capitán inválido por un balazo en la cabeza que le fue ocasionando dolores, cada vez más fuertes.

Una sensación de opresión poco después de curarse la herida que milagrosamente no lo mató al instante, una hincada aguda, un esta-

llido de cohetes, al pasar tiempo, sin que nadie se explicara como continuaba viviendo.

Dolor, angustia, insomnio, quejas, siempre acompañado por la mujer de los ojos verdosos hasta que de pronto perdió la razón, y la locura invadió su mente.

Duró varios años en el desvarío de la muerte cercana hasta que ésta llegó piadosa, para llevárselo entre olas de delirio.

Mucho tiempo lo sobrevivió la viuda siempre vestida de luto. Negra la vestimenta, negra la capucha sobre su cabeza, lento su caminar al llegarle la ancianidad, siempre por las calles de la ciudad, su figura inconfundible. Y la gente que la miraba bajo el sol reverberante sobre su negrura, comentaba con cierta picardía en el tono: —Ahí está Doña Josefa Leitón, no se sabe si viene o va.

Hasta que llegaba o se alejaba, como una negra mariposa de muerte. Entre Barinas y Pedraza, donde el piedemonte se pierde en la llanura para confundirse desde el Suripá hacia abajo con las sabanas apureñas, quedó la descendencia de los Pulido Leitón. Pulido Osorio, Pulido Ibáñez, Jiménez Pulido, Peña Pulido, y tantos otros, a quienes basta mirarles la cara para reconocerles la ascendencia.

CAPITULO IX

José Ignacio Pulido Pumar después de andar por Apure, se incorporó en San Carlos de Austria al Ejército Libertador y avanzó con él hacia Caracas, al lado de Bolívar.¹⁶

Pero ya se escuchaban los cascos de la caballería de Boves retumbando en Villa de Cura y junto a Bolívar le tocó resistir todo ese año 14, cuando la muerte llegaba por encargo cada amanecer.

San Mateo, La Victoria, al fin Caracas; y luego, La Emigración a Oriente por la costa del mar.

Más tarde, el Caribe en faluchos navegantes, rumbo a Cartagena de Indias sus velas

hinchidas. Cartagena, la del sitio realista, donde entre la epidemia, las muertes, las balas, los barcos españoles del asedio, al fin pudo escapar para poco después tomar servicio en un corsario francés. Debe haber sido con Aury o con Bideau, esos aventureros del mar que tanto contribuyeron con nuestra revolución. Detrás quedaba Cartagena con sus murallas vencidas por el Ejército de Morillo y los cadáveres andantes de los patriotas prisioneros, luego de un mes de hambre y sed.

Mar de las Antillas tormentoso y batiente, huracán de relámpagos sobre el palo mayor para este llanero acostumbrado a las tormentas y la ventisca que peinan las sabanas tan inmensas como ese mar.

Hasta que llegó a Haití, el pueblo negro de la esperanza, donde se juntó al Libertador y ese mismo año de 1816, participó en La Expedición de Los Cayos para invadir a Venezuela bajo el mando de Macgregor y Soublette.

Retirada de Ocumare hasta la batalla del Juncal donde se ganó el grado de Capitán en el propio campo salitroso, regado de sangre por primera vez.

Desde allí siguió a Guayana como segundo Comandante de La Compañía de Cazadores

de Honor. Y al poco tiempo, pasó a Barcelona para defender La Casa Fuerte, de donde logró escapar también en el medio del asalto, antes de que las huestes triunfadoras de Aldama pasaran a cuchillo a los vencidos.

En Angostura, le tocó la dura tarea de ser Secretario de Guerra del Tribunal que condenó a muerte a Manuel Piar y más dura todavía, la obligación de leerle dos veces la sentencia. En la cárcel llena de incertidumbre y miradas asombradas y delante del pelotón de fusilamiento ante aquel hombre pálido de esclavina azul, impávido ante la boca de los fusiles. Se retiró silencioso, con lágrimas en los ojos, sin volver la cara, mientras escuchaba los balazos estrellados contra el pecho de quien había sido su jefe.

En años posteriores jamás quiso hablar de ese día trágico de su existencia, simplemente callaba, como si quisiera borrarlo de su pensamiento.

En 1818 acompañó al Libertador en la Campaña de Apure y Calabozo, para probar de nuevo su hombría en la segunda Batalla de La Puerta, donde los dragones de Morillo desbandaron a los patriotas en un sitio que parecía maldito.

Estuvo en Paso de Los Andes entre la bruma y la nieve, el soroche y el hambre, la desesperanza de la incertidumbre, el optimismo del Jefe cuando aquellos hombres anémicos y palúdicos de la tierra caliente, lograron tramontrar la montaña para ganar la gloria.

Iba como segundo Comandante del Batallón Rifles de La Guardia y pudo presenciar cuando al Coronel Rock, de la Legión Británica, un balazo le destruyó el brazo que al amputárselo el cirujano, el moribundo alzó en alto y vitoreó la patria. ¿Cuál patria mi Coronel? —La que ha de sepultar mis huesos—. Y murió ante sus ojos encendidos de pólvora, destellantes de luz, bajo el cielo de Pantano de Vargas.

Desde entonces comandó el Batallón Vencedor de Boyacá que más tarde en Carabobo participó con valentía, ganándose allí mismo su efectividad de Teniente Coronel.

Con varias compañías de soldados barineses regresó de permiso a Barinas, la ciudad que no veía desde 1810. Y cuál no sería su tristeza, al encontrarla sumida en la ruina y la desolación en que la dejó la guerra.

No existía casa útil para habitarla, ni siquiera su propia casa, de nuevo derruida en la

oscuridad de sus aposentos, en el vuelo de los murciélagos, en el sonar de puertas batidas de viento, en la maleza que invadía los corredores, en el silencio de muerte.

Tuvo que acampar a sabana abierta mientras se limpiaba la población para que aparecieran como fantasmas, los pocos pobladores que aún quedaban abandonados y asustadizos.

Era la ciudad de las Mansiones Blancas invadida por la selva, por la exhuberancia tropical de la fronda barinesa.

Más tarde, contramarchó por Maracaibo, Santa Marta y por el camino de agua del Magdalena, para incorporarse a la Campaña del Sur hasta donde se iba extendiendo el genio militar su jefe deslumbrante.

Selvas, serranías, frío y calor, diarias escaramuzas, hasta llegar a las alturas de Bomboná para en el repecho de una colina, recibir la orden perentoria: Comandante Pulido lo hago responsable del avance, ¡una retirada nunca! Y mirando al Libertador cumplió el mandato con tanto arrojo que éste, emocionado, lo hizo Coronel entre los balazos.



General José Ignacio Pulido
Copia de cuadro pintado por
la Sra. Mercedes Silva de Pulido

Después fue la entrada en Quito entre bambalinas, vítores, casas engalanadas y música para seguir a Guayaquil, con calor de mar y sal de viento.

Hasta que meses después, por orden superior, regresó a Venezuela en misión para el Departamento del Orinoco y como Jefe de Estado Mayor de las tropas acantonadas en Guayana, la puerta del mundo, de río majestuoso, por donde llegaban los barcos con las armas y los bastimentos.

Permaneció ajeno a La Cusiata de 1826 y el año 27, siendo Gobernador de Barinas, develó una conspiración realista que actuaba en combinación con los reductos oligárquicos aún vigentes en Venezuela.

En 1830, ante los acontecimientos de la separación de Colombia, José Ignacio Pulido se retiró del mando y se excusó de asistir al Congreso de la Nueva República durante el período 1830 a 1834.

En 1840, volvió a ser Gobernador de Barinas y en 1846 lo fue de la Provincia de Apure, siempre en la llanura donde estaban sus vivencias.

Fue famoso también el aserradero que montó en la selva del Masparro, donde comenzó a

sonar la sierra en los inmensos árboles que viajaban por el río, lentos en la corriente, como grandes caimanes negros. Veinte yuntas de bueyes trasladaron sus pesadas máquinas que todavía se encuentran, tiradas en la selva, para sorpresa de los caminantes.

Ese mismo año se convenció de que las mayorías nacionales estaban con el credo liberal y la candidatura de Antonio Leocadio Guzmán, tal como se lo expresó a Páez en una carta llena de sinceridad.

Y al llegar la presidencia de Monagas, es nombrado Jefe de Operaciones militares en Barinas y Apure y continuaba fiel al gobierno, pues no acompaña a José Antonio Páez en su alzamiento del Hato de San Pablo, después de la disolución del Congreso en 1848.

Entre 1850 y 1854 se desempeña como Comandante de Armas en Guayana, ya ascendido a General de Brigada para, en 1854, recibir los dos soles de General de División.

Durante la Guerra de Los Cinco Años, permaneció en la Casa Pulideña transformada en Centro de Operaciones durante el año de 1859, cuando Ezequiel Zamora se hizo su amigo y captó para sus banderas amarillas a sus hijos Víctor y José Ignacio Pulido Briceño,

nacidos de su matrimonio con María de la Chiquinquirá Briceño Balbuena, su esposa trujillana, compañera de sus últimos años de existencia.

Varias veces lo visitó Ezequiel Zamora admirador de su vida procera ante la mirada de sus hijos menores Lucio, Pablo María, Nieves y Petra Pulido Briceño, alelados al ver tanta guerra y tantos generales en el gran salón.

Esos hijos que con el tiempo seguirían prolongando el apellido y el recuento de sus historias.

Nieves casó en Barinas con José Antonio Villegas y en 1854, nació Guillermo Tell Villegas Pulido, Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central, miembro del Consejo de Gobierno y Presidente Provisional de Venezuela al ser derrocado Raimundo Andueza Palacio. Presidente de la Corte Federal y de Casación y muchos cargos más en su dilatada carrera política. Murió en Caracas, muy anciano, en 1949.¹⁷

Lucio Pulido Briceño fue abogado de la Universidad de Caracas, graduado en 1847. Casó en París, en 1858, con la hermosa francesa Augusta Levy. En 1848, fue Secretario General de su primo y Gobernador de Barinas Na-

poleón Sebastián Arteaga Pumar, ideólogo de La Revolución Federal y nieto del Marqués de Boconó. Presenció ese mismo año los sucesos del Congreso monaguero y tuvo la satisfacción de estar presente, años más tarde, en el traslado de los restos de su padre al Panteón Nacional. Fue Ministro de Hacienda del Mariscal Falcón y escribió el opúsculo "Recuerdos Históricos", donde narra los acontecimientos del año 1813 y 14 trascendentales para su familia. Falleció en Caracas en 1898.¹⁸

José Ignacio Pulido Briceño, fue General de la Federación, uno de los Tigres de Santa Inés y llegó a ser gran caudillo de los llanos. En unión de León Colina se rebeló contra Guzmán Blanco para luego ser derrotado y perseguido, caer prisionero de su antiguo compañero y pagar años de cárcel en los calabozos de La Rotunda.¹⁹

Prolongó tanto su vida que llegó a ser Ministro de Cipriano Castro y siendo un hombre mayor, casó extrañamente con su sobrina María Pulido Levy una bella joven, hija de su hermano Lucio en Augusta Levy, la francesa fascinante, llegada desde París.²⁰

De Víctor, luego de la Guerra Federal, se perdió el rumbo en los relatos barineses, sólo se recuerda su participación en el fusilamien-

to del General Aranguren en la mapora de la plaza, cuando los oficiales zamoristas comenzaron a anarquizarse en busca del mando y el prestigio ausente, luego de la muerte de su jefe.²¹

Petra, murió célibe anciana y con infinidad de historias que se llevó la muerte.²²

Pablo María, murió también joven y célibe, siempre con ideas rebeldes.²³

Pero todos ellos nacieron en Barinas y aquí vivieron su juventud, de donde se llevaron los recuerdos que no desaparecieron jamás. Los mismos que han permanecido en esa casa blanca donde pasó su ancianidad para morir después, el viejo General.

El hombre que en pleno sitio de Barinas por las tropas de Zamora, se mantuvo en su habitación, acostumbrado como estaba a vivir la guerra en toda su intensidad.

—Aquí no hay más General Pulido que yo —le dijo a unos oficiales que buscaban a sus hijos en plena pelea en la Calle Real—. Estas charreteras las gané luchando contra España. ¡Carajo! —y se retiró con su paso cansado hacia sus aposentos donde caería fulminado, poco tiempo después, por la terrible hemiple-

jia que lo condenó a una silla de ruedas hasta el momento de su muerte. Sin embargo, siempre mantuvo ideas liberales para extrañeza de los godos que no podían explicarse cómo un hombre de ascendencia mantuana podía ser liberal.

En su invalidez, salía todas las tardes al portal de su casa para recibir el sol declinante y allí desmenuzaba migas de pan para alimentar las palomas caseras que bajaban desde el alero, en bandadas a su alrededor.

Hasta que un 25 de enero de 1868, se murió en sus aposentos, rodeado del cariño familiar y cuál no sería la sorpresa de los acompañantes de su féretro cuando a las cinco de la tarde, al sacarlo por el ancho portón, se posaron sobre la urna sus palomas blancas, como si quisieran despedir a quien las alimentó.

Años después, Atilia Torrealba Febres de Arvelo, madre del poeta barinés Alberto Arvelo Torrealba, le escribió un poema lleno de candor.

También lo envolvió la leyenda con su mágico acontecer.

LA LEYENDA DE LAS PALOMAS BLANCAS

*Tú que sabes lueñes cosas, venerable anciana mía,
por tu crencha nacarada como blanco malabar,
dime ahora aquella historia que abuelita refería
del nevado palomar.*

*—Bien recuerdo —murmuraste—: fue en la época
[lejana
de mi dulce primavera que el prodigio sucedió . . .
Y tu voz pausada y suave cual murmurio de fontana
el relato comenzó:*

*—Fue Pulido, descendiente de soberbios infanzones,
cuando mozo, tan gallardo como un paje medieval;
cuando anciano paralítico vegetó entre los blasones
de su casa señorial.*

*En la espléndida casona del doliente caballero
existía dulce encanto; un hermoso palomar,
de palomas tan nevadas como es blanco el limonero
coronado de azahar*

*Muellemente reclinado en butaca de rodajes
el hidalgo visitaba sus palomas cada día,
y tan sólo acariciando el albor de los plumajes
el baldado sonreía!...*

*Una noche fría y triste, el anciano entumecido,
la cabeza blanca y suave como un lirio, reclinó.
Y en silencio, dulcemente, como un pájaro dormido
para siempre se quedó!*

*Su alta cámara mortuoria tapizaron de negruras
y flotando como sombras sobre el fúnebre tapiz*

*negras alas parecían las severas colgaduras,
sin la gracia de un matiz.
Cuando el viejo memorable que adoraba las alburas
entre fúnebres crespones para siempre se quedó,
sobre el muerto, como un velo milagroso de blancu-
[ras,*

*una banda se posó:
¡Las palomas!... En la urna se posaron silenciosas,
pero luego, revolando, produjeron tal rumor,
que sus vuelos resonaron en las bóvedas medrosas.
como golpes de dolor!*

*Cuando el muerto sepultaron entre fúnebres cojines
y llevaron la urna negra y el casón quedó vacío,
las palomas se posaron otra vez como jazmines
sobre el féretro sombrío.*

*¡Las palomas! . . . dulcemente el cortejo presidieron
y al llegar cabe la fosa del que fueron a enterrar,
levantando raudo vuelo, en el éter se perdieron
para nunca más tornar...*

*Tu voz suave de improviso sonó trémula, mi anciana,
oí tu pecho estremecido levemente suspirar
y callaste como calla una música lejana
que interrumpe su cantar.*

*Te quedaste silenciosa, y te dije con ternura:
¿por qué callas lo más dulce y divino de contar?
¿no eran símbolo del alma remontándose a la altura
las palomas al volar? . . .*

Se murió el General luego de una larga vida guerrera sirviéndole a su país sin empañar nunca sus estrellas de la Campaña del Sur y su lealtad al Libertador.

Conoció a Barinas en pleno esplendor colonial, de calles empedradas y acequias rumorosas, de paz, trabajo y abundancia, de grandes señores y pardos sumisos hasta que llegó la revolución que los arrolló a todos como lo previó su padre. No pensaron nunca que una revolución de independencia no puede hacerla sólo una clase social y se les rebelaron los servidores llenos de odio y ambición.

Tuvo que emigrar cuando llegó la matanza en las lanzas de Yañez, el célebre "Ñaña" que ofrecía los bienes de los blancos y dejó su ciudad incendiada y en la desolación.

Regresó triunfante muchos años después, fue varias veces gobernador de su Provincia, tratando de reparar lo que la guerra destruyó.

Reconstruyó el templo incendiado y mandó a esculpir una nueva Virgen del Pilar, patrona de la ciudad, desaparecida entre las llamas. Fue repuesta en el altar mayor, luego que el maestro Manuel Ariza, la esculpió a la perfección en madera de corazón, copiándola de Rosa Inés Canales, la muchacha más bella de la ciudad

Y su recuerdo plasmado de fantasía ha permanecido hasta ahora, revivido cada vez que se entra a la Casa Pulideña, recinto de todas estas vivencias novelescas de una familia orlada por lo real maravilloso de esta América mestiza donde el mito, se junta con la realidad.

Por eso he escrito este relato con la historia verdadera adornada con historias de familia, que han inspirado muchos de mis libros empeñados en rememorar épocas y sucesos perdidos en el tiempo, reafirmando así nuestra identidad, y el amor por este país sumido en la pérdida de sus valores básicos.

ANOTACIONES DEL AUTOR

A mi criterio, La Casa Pulideña de Barinas tiene que haber sido hogar de Antonio Pulido León, fundador del apellido en Venezuela y de su esposa María Inés Briceño Pumar.

Reafirma este criterio el hecho de que la habitó por largo tiempo, su hijo Manuel Antonio Pulido Briceño con su familia, para dejarla abandonada después de su muerte en el mar.

Más tarde la rescata de la ruina su hijo Antonio Pulido y la ocupa con su esposa María Paula Pulido Pumar y su hijo, Manuel Antonio Pulido Pulido.

Al marcharse esta rama familiar al Táchira, habita en ella su primo y cuñado el General José Ignacio Pulido Pumar, quien muere allí mismo.

Después pasa a manos de su tío Juan José Pulido Briceño y de éste a las de su hijo ilegítimo, Juan José Canales quien la traspasa a su hija Zoila Canales de Machado.

Los esposos Machado Canales la venden al General Isilio Febres Cordero y sus herederos, la venden también a su primo José Isilio Cordro, quien la deja en herencia a su viuda Francisca Contreras de Cordero.

Al morir ésta, el Gobierno Nacional la decreta monumento nacional y la adquiere para sede del museo Alberto Arvelo Torrealba.

Por eso creemos con firmeza que fue hogar común de los Pulido Briceño la primera generación de Pulidos barineses.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

TOSTA VIRGILIO. *Galería de Ilustres Barineses*, Colección Centenario. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. 3. Caracas, 1990.

TOSTA, VIRGILIO. *Historia de Barinas*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. 199. Tres Tomos. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela. Caracas, 1989.

RAFAEL GONZÁLEZ RINCONES. *Cartas Barinesas*. Volumen único. Talleres de Gráficas Armitano Ca. Cien años de Petróleo Venezolano. 1878-1978. Decreto N° 2416.

PULIDO, LUCIO. *Recuerdos Barineses*. Edición de la Gobernación del Estado Barinas. 1958. Volumen único. Imprenta del Estado Barinas.

BETANCOURT SOSA, FRANCISCO. *La Calzada, Escuela de Centauros*. Editorial La Bagatela. 1978. Volumen único.

TOSTA, VIRGILIO. *Siete Barineses Ilustres*. Ediciones de la Gobernación del Estado Barinas. Serie Histórica. Volumen Dos. Año de 1958. Imprenta del Estado.

TAPIA, JOSÉ LEÓN. *La Casa de los Pulido*. Ediciones Centauro. 1985. Caracas. Informaciones orales que tradicionalmente se han mantenido en Barinas.

Caracas, 22 de enero de 1980

Señor Doctor
J.G. RUIZ GUEVARA
Vereda N° 7.-
Urbanización Rodríguez Domínguez
BARINAS.-

Apreciado Doctor y amigo:

Cordialmente me complace dirigirme a usted con ocasión de presentarle mi atento saludo, a la vez que informarle lo siguiente:

Desde San Cristóbal me escribe mi buen camarada amigo el señor *Xuan García Tamayo*, transmitiéndome la noticia de que usted está programando la inauguración del proyectado Museo Histórico en la venerada casona de los Pulido en esa ciudad y, para el caso, le solicita nombres y direcciones de los Pulidos descendientes de dos ilustres barineses que hoy todos residimos en Caracas, con el fin de enviarnos su amable invitación para el Acto inaugural del referido Museo.

En primer término, a nombre de las familias Pulido y en el mío propio, expresamos a usted y por su valioso intermedio a la colectividad barinesa, nuestras más sinceras felicitaciones porque al fin culminó y pudo llevarse a efecto la reclamada reconstrucción de aquella histórica Mansión, última morada de nuestro antepasado y gran héroe el General José Ignacio Pulido, y que gracias a la meritoria y sostenida campaña publicitaria de Armas Alfonzo, mi amigo el Doctor José León Tapia y otras personas, se logró con éxito la reparación del venerado lugar. Asimismo, le manifestamos nuestras congratulaciones por haber recaído en usted la preparación y organización de tan importante Acto cultural.

Le anexo una lista completa de la familia descendiente de los ilustres barineses Don Manuel Antonio Pulido y Pulido y Don José Gregorio Villafañe. El primero creador y fundador de riqueza agropecuaria en el Táchira y de la primera Compañía nacional de Petróleo en Venezuela. El segundo de los nombrado fue un destacado diplomático, educador, etc. y primo del anterior.

Como del grupo y lista que le envió muchas de esas personas tienen trabajos especiales y comprometidas obligaciones que les impedirán viajar a Barinas, en familia hemos acordado en designar, cuando se reciba la amable invitación, a cuatro o cinco miembros que representarán a toda la Familia Pulido en la interesante ceremonia, agradeciéndole a usted el favor de indicarme día o fecha en que deberíamos trasladarnos a la procera y querida tierra de nuestros antepasados.

Reciba usted mi atento saludo y quedo a sus órdenes.

J.M. PULIDO VILLAFANE

Dirección:

Edificio "Tabel", Apartamento N°2, Avenida Carabobo con Avenida Sojo, El Rosal, Caracas. Teléfono N° 33.01.06

NOTAS

Tomado del libro *EL ARBOL DE LOS BRICEÑO*, de Vicente Dávila, Caracas: Tipografía Americana. Año 1927. 72 pp.

1. *María Inés Briceño del Pumar*, casó en Barinas el 26 de enero de 1771 con *Antonio Pulido y León*, Maestre de Campo de Milicias, Alguacil Mayor del Santo Oficio, Alcalde Ordinario de Barinas y Juez Llano de los Departamentos de Barinas, Mijagual y Nutrias. Es hijo de Juan Matías Pulido y León, natural de Utrera, España, y de Juana María Quadrado Ramírez de la Banda, natural de Sevilla. Vino a Caracas por los años de 1766.
2. *Manuel Antonio Pulido Briceño*, Prócer barinés, Vocal de la Junta Revolucionaria. Representó a su Provincia en la insurrección junto con su tío Pedro Briceño Pumar, y sus demás deudos, sacrificando bienes, comodidades y la misma vida, puesto que murió en el destierro el año de 1817, conquistando la Independencia a costa de todos los demás bienes. Casó en Barinas con su prima hermana *Mercedes Briceño Méndez*.

Nicolás Briceño del Toro, merideño,, Cap. a guerra, y Alcalde Ordinario de Mérida en 1729, 37 y 47; y de Barinas en 1766, casó en ésta con Dominga del Pumar Fernández de la Riva, hija del Cap. Plácido del Pumar Gutiérrez y Villegas y Francisca Xaviera Fernández de la Riva, hermana de Plácido del Pumar Fernández de la Riva, padres del Marqués de las Riberas de Boconó y Masparro, cuyos padres descienden de los conquistadores y pobladores de Mérida, los Capitanes Alonso de Velasco y Hernando de Cerrada, Padres de

Pedro Briceño del Pumar, Prócer barinés, casó en Barinas con Manuela Méndez de la Barta, hija de Diego Méndez y Balboa y Gertrudis de la Barta; ésta es hija de Felipe de la Barta, español, Alcalde Ordinario de Barinas, y de Nicolasa Fernández del Toro, merideña.

3. *Antonio Dionisio Pulido Briceño*, casó con su prima hermana María Paula Pulido del Pumar, hija de Nicolás Pulido Briceño y María Ignacia del Pumar y Callejo, nieta de José Ignacio del Pumar, el Marqués, y de Micaela Callejo del Pumar, biznieta de Plácido del Pumar y la Riva y María Ascensión Traspuesto y Bragado, y segunda nieta del Cap. Plácido del Pumar Gutiérrez y Villegas y Francisca Xaviera Fernández de la Riva.
4. *Mercedes Briceño Méndez*, casó en Barinas con el Prócer barinés *Manuel Antonio Pulido Briceño*. Padres de Ruhna Pulido Briceño y Antonio Dionisio Pulido Briceño.
5. *Manuel Antonio Pulido y Pulido*, casó en el Táchira con *Trinidad Rubio y Villafañe*, hija de *Ramón Rubio Maldonado* y *Trinidad Villafañe Ramírez*, Ramón lo es del realista Gervasio Rubio y Vargas y Bárbara Maldonado, ya nombrados; y María Trinidad, de Domingo Villafañe y Méndez y de Josefa Antonia Ramírez de Arellano. Esta republicana y enérgica dama envió desde Barinas, dentro de una *panela de azúcar*, a su hermana María del Carmen que estaba en el Rosario, y era mujer del patriota *Juan Antonio Briceño Pacheco*, ya nombrados, las

noticias del 19 de Abril de 1810. Domingo es hijo de José Villafañe, español, que vino a Caracas de Teniente de Infantería en 1737 y en seguida pasó a Barinas donde casó con Lucía Xaviera Méndez. Tuvieron hijos.

6. *Antonio José Pulido y Rubio*, Agrimensor, casó en San Cristóbal con *Concepción Villafañe y Quevedo*, hija del escritor y diplomático José Gregorio Villafañe Ramírez y Margarita Quevedo; ésta es hija de Nicolás Quevedo Rachadela. Prócer caraqueño, y Concepción Arvelo, y José Gregorio, es hermano de María Trinidad ya nombrada. Antonio José nació en San Cristóbal cerca de 1861, estudió en Caracas en el "Colegio de Santa María", del Ldo. Avelado y se graduó de Br. en 1880. Padres de
- María Trinidad Pulido Villafañe, casó con Ramón Matos Ober-to. Con sucesión.
- María Luisa Pulido Rubio, casó en San Cristóbal con su deudo José Gregorio Villafañe y Quevedo. Padres de
- Margarita, José Gregorio e Isaac Villafañe y Pulido.
- María Luisa Villafañe Pulido, casó en Rubio con Antero Gar-cía. Tienen hijos.
- *El Br. Manuel Antonio Pulido y Rubio*, a quien debemos colaboración en este trabajo, casó con Eumenia Méndez Carre-ro, hija de Francisco Antonio Méndez y Ana del Rosario Carre-ro; Francisco lo es de Gabriel Méndez y Aquilina Orozco, y Ana Rosario lo es de Juan Antonio Carrero y María del Rosario Sánchez. Padres de
- Manuel Antonio, Francisco Ladislao, Rita Elisa, José Rafael, Ana Rosa y María Paula de la Esperanza Pulido Méndez.
- María Trinidad; Pablo María, Farmacéutico y escritor; Merce-des, Ramón Ignacio, éstos dos murieron célibes; Amalia y Dolores Pulido y Rubio.
- Mercedes, Salvador, Félix, y Carmen Pulido y Pulido, murieron célibes. El nombre de Félix, que no es de esta

familia, lo tomaron en recuerdo de hospitalidad: cuando el año 16 se encontraba el Prócer Manuel Antonio Pulido y Briceño en el destierro, y tuvo de salir a comprar un parque, hombre de dineros que era, dejó a su hijo Antonio en casa de un comerciante de San Thomas llamado Félix. El Prócer murió en un naufragio el siguiente año, y el comerciante Félix educó como suyo al huérfano Pulido, hasta que pudo entrar en Venezuela. Por esta razón puso a uno de sus hijos el nombre del protector. ¡Llor a los hombres que cultivan en el predio de sus mayores la semilla del agradecimiento!

- Dolores Pulido y Briceño, casó en Barinas con el Prócer barinés José Encarnación Morales. Padres de
 - Paulo Emilio Morales y Pulido, murió en Caracas, víctima del cólera que azotó a Venezuela en 1854.
 - Bárbara Pulido y Briceño, casó con el Prócer barinés José Francisco Jiménez, con residencia en Mérida. Tuvieron sucesión.
 - María Encarnación Pulido Briceño, casó en Barinas con Antonio Guillén. Tuvieron hijos.
7. *José Antonio Baldó Pulido*, hijo de la viuda Pilar Pulido Pumar en sus segundas nupcias con el Prócer barinés José Antonio Baldó. El cual encabezó la petición de Barinas el 4 de Dibre. de 1829, sobre el sistema republicano de Venezuela encauzado por el Gral. José Antonio Páez. Baldó Pulido fue escritor y hombre público que actuó en el Táchira donde formó hogar. Casó en Cúcuta con María Trinidad Jara, hija de Manuel Jara y María de Jesús Mora, vecinos del Rosario. Padres de
- El Dr. José Antonio Baldó Jara, Médico profesional, nació en San Cristóbal en 1864 y casó con Georgina Ramírez. Fue Rector de la Universidad de Caracas donde hizo sus

estudios, y luego Ministro de Instrucción Pública. Murió en París, ya viudo y sin sucesión, en 1910.

- El Dr. Lucio Baldó Jara, Abogado profesional, nació en San Cristóbal y murió en Caracas. Importante hombre público, desempeñó la Cartera del Interior y fue Secretario Gral. del Presidente de la República. Era inteligente, generoso y culto; el interés no movió nunca sus pasos por la senda de la vida. Deuda de gratitud tiene el autor de estas líneas, y le es grato tributar a su memoria elogio justiciero, hombre recto que fue, sin egoísmos ni envidias como la mayor parte de sus coterráneos. Donde no, al pronunciar su nombre silenciaría elogios. Casó con Delfina Soulés, nativa también de San Cristóbal del Táchira. Padres de
- Lucio Baldó Soulés, que se acaba de graduar en Caracas de Ingeniero; José Ignacio, Dr. en Medicina, también recientemente graduado; y Blanca y Delfina.
- César Baldó Jara, comerciante y hombre público. Nació y murió célibe, terminando sus días en París.
- Flor de María Baldó Jara, casó con el alemán Federico Guillermo Birtner en 1883. Con sucesión.
- Luisa Emira Baldó Jara, casó con el escrito y hombre público colombiano Hermes García, hijo de José Eleuterio García y María Concepción Guzmán. Con hijos.
- Pilar Baldó Jara, casó en San Cristóbal con el Dr. José Manuel Prato, Médico profesional. Sin hijos.
- Trina Baldó Jara, casó en la misma ciudad con Raúl Soulés, muerto trágicamente en las crecidas aguas del Torbes. Tienen hijos.

- Adela Baldó Jara, casó en la misma con Pedro Rafael Rincones, Cónsul actual de Venezuela en New York, de una larga sucesión. Cuadra lo del poeta: Fecunda prole en torno le sucede. De sus hijos, uno de ellos pereció en la frontera mexicana, sirviendo a los Americanos del Norte; y otro hizo campaña con los mismos en el continente europeo.
 - Amalia Baldó Jara, casó con Carlos Meyer. Tienen hijos.
 - José Antonio Baldó Raldiris, hijo del mismo Baldó en sus segundas nupcias con María Raldiris, hermosa dama caraqueña. Es hombre público, desempeña actualmente la Presidencia del Estado Carabobo. Casó en San Cristóbal su patria con María Luisa Soulés, su deuda afín, y tienen hijos.
 - Antonio María Baldó Raldiris, casó con Mercedes Alcalá, y acaba de morir en Caracas el 28 de Mayo de 1921, siendo Diputado al Congreso Nacional.
 - Benjamín Baldó Raldiris, y otros más.
 - Brígida Pulido y Pumar, casó con José Vidal.
 - María Luisa Baldó Pulido, casó con Antonio María Soteldo, hombre público de Venezuela, conservador. Sus hijos fueron periodistas en New York, muriendo uno de ellos en un lance personal, consecuencia del oficio.
8. *Nicolás Pulido Briceño*, Prócer barinés, formó en la Junta Revolucionaria, y nombrado Representante por Pedraza al Constituyente de 1811, se excusó por ser Administrador General del Tabaco y por su mala salud, siendo reemplazado por su deudo el Pbro. Dr. Ignacio Ramón Briceño Méndez. Emigró en los años 12 y 14 y permaneció en las Antillas hasta el 23; casó con María Ignacia del Pumar,

hija del Marqués, y murió en Barinas en 1834. Era filósofo, humanista y hombre de estro poético.

9. *Juan José Pulido Briceño*, Prócer barinés, emigró a la Nueva Granada en 1812, regresó el 13 de Edecán del Libertador, de nuevo emigró el 14 hasta el 23 que regresó a Barinas. Diputado al Constituyente de Venezuela en 1830, y Gobernador de su Provincia, donde murió el 45. Casó con su prima hermana Ursula Briceño Angulo, hija de Juan Ignacio Briceño del Pumar y Josefa Angulo. Padres de

— Juan José Briceño y Briceño, casó con su prima María Dolores Briceño y Ramírez.

10. *Pablo María Pulido Briceño*, Prócer barinés, emigró por Casanare en 1812. Estando en Bogotá el año siguiente dio, además de mil pesos, las alhajas de oro de su mujer, para la empresa de Bolívar. Hizo las campañas de Apure a las que ayudó con su fortuna material. Fundó un Hato, que llamó "Por si Acaso" se salvaba de la guerra, del cual dio el año de 24, a cada uno de sus deudos, 300 cabezas de ganado vacuno, el principio de la nueva riqueza pecuaria de la Provincia. Murió en Ciudad Bolívar en 1846, donde su mujer Ana María Méndez Goitía, sobrina del Arzobispo Méndez, Prócer barinés, como hija de Felipe Méndez y Josefa Goitía, edificó a sus expensas una capilla en honor de Santa Ana. No tuvieron hijos.

— Juan Ignacio Briceño del Pumar, Prócer barinés, Vocal de la Junta Revolucionaria, en su carácter de Regidor Alcalde Provisional, había sido Procurador General de la misma Barinas en 1771. Casó con Josefa Angulo.

— Juan José Briceño Angulo, Prócer Barinés, Alcalde Ordinario de Barinas donde nació en 1774. Pretendió comprar los cuarteles realistas y descubierto por el español Manuel Antonio Gómez, se le siguió juicio militar, y legal-

mente se le ejecutó con siete compañeros el 22 de mayo de 1813. Era Antonio de Tiscar jefe militar. Casó en Barinas con María Ignacia Méndez y Goitía.

11. *Juana Briceño Méndez*, casó en Barinas con el Prócer trujillano *Dr. Cristóbal Hurtado de Mendoza*. Padres de:

- Nicolasa que murió soltera, y Nieves Mendoza Briceño Méndez que se metió a Monja.
- Eugenio Mendoza Briceño Méndez, casó en Caracas con Isidora González Paz Castillo. Padres de
- Juana Mendoza González, que murió soltera.
- Concepción Mendoza González, casó en Caracas con su deudo el Dr. Juan de Dios Méndez y Díaz. Padres de
- El Dr. Juan de Dios Méndez y Mendoza. Abogado, escritor y hombre público, a quien debemos importante colaboración en estos estudios, casó en Caracas su patria con Mercedes Llamosas Pérez, nieta legítima del Gral. José Antonio Pérez. Padres de
- Juan de Dios Méndez Llamosas, Ingeniero civil, y su hermano Ramón Ignacio, Médico profesional, ambos solteros.
- Eugenio Méndez y Mendoza, escritor venezolano, casó en Caracas con Lastenia Guzmán y Guzmán, que tampoco pertenece a la rama de Antonio Leocadio Guzmán de Alfarache, como le llamaba justicieramente Juan Vicente González. Padres de
- Eugenio Angel, casó con Isabel Núñez Valarino, murió en la peste de 1919; y Dolores Méndez Guzmán, mujer de José Vicente Casanova.

- Tecla, que se metió a Monja, y Manuela Mendoza Briceño Méndez, que murió soltera.

2. *José María Briceño Méndez*, Prócer barinés, casó en Bogotá el 19 de julio de 1820 con Josefa Dolores Santander, natural de Cúcuta, hija de Juan Agustín Santander y Colmenares en su tercer matrimonio con Manuela Antonia Omaña y Rodríguez, y hermana del Gral. Francisco de Paula Santander. Padres de

- Manuel Briceño Santander.
- Benilda Briceño Santander, casó en Bogotá con Gabriel Hernández Bello, hijo del maracaibero Dr. Domingo Hernández Bello y María Rosario Vera del Pulgar. Padres de
- Domingo Hernández Bello y Briceño.
- Francisco Hernández Bello Briceño, casó en Bogotá con Alejandrina Hinestroni. Tuvieron hijos.
- Julia, Margarita y Helena Hernández Bello Briceño.
- Atilia Briceño Santander, casó en Bogotá con Bernardo Briceño. Padres de
- Cristina Briceño y Briceño, casó en Bogotá con Ramón Angel. Padres de
- Rosaura Atilia Angel y Briceño.
- Mercedes Briceño Santander, casó en Bogotá con Justo Briceño Acosta. Padres de
- Josefa, Isabel, Henriqueta, Atilia, Carolina, Ana María y Soledad Briceño y Briceño.

- Betsabé Briceño Santander, casó en Bogotá con Francisco Briceño y Mendoza. Padres de
 - José María Briceño y Briceño, que murió, y otro hermano José María que casó en Bogotá con Josefa Estrada. Padres de
 - Josefa y Eleonora Briceño Estrada.
 - Eusebio, Mariana, Antonio y Juana Briceño y Briceño, ésta casó en Bogotá con Alfredo Ramírez.
 - Teolinda. Praxedes, Herminio y Régulo Briceño Santander.
 - Nicolasa Briceño Méndez, casó en Barinas con José Francisco Villafañe y Callejo, Regidor en 1805, hijo de José Agustín Villafañe y Méndez y de Rosa María Callejo del Pumar, la cual es hija de José Callejo, español y Eleuteria del Pumar y la Riva, tía del Marqués. Padres de
 - Urbana Villafañe Briceño, casó en Barinas con Antonio María del Pumar Villafañe que estudió en Mérida y es hijo de Lorenzo del Pumar y la Barta, primero hermano del Marqués, y de Fernanda Villafañe y Callejo. Sin hijos.
 - Fernando Villafañe Briceño, casó en Barinas con María Juana Viera. Tuvieron hijos.
13. *Pedro Briceño Méndez*, Prócer barinés que llegó en la guerra de la Independencia a Gral., casó en Caracas con Benigna Palacios y Bolívar, hija de Dionisio Palacios y Juana Bolívar, hermana del Libertador. Padres de :
- Juana Briceño Palacios, nacida en 1827, murió célibe.

- Simón Briceño Palacios, nació en 1829, militar de la guerra federal, donde llegó a Gral en Jefe, que si no fuera un Briceño, sería demasiado sospechoso su grado por el solo hecho de ser federal. Según decía en 1865 salió con un ojo menos y un brazo fracturado. Murió soltero.

- Pedro Briceño Palacios, nació en 1831 y militó también con los federales. Hizo estudios en la Universidad de Caracas donde se graduó de Br. en junio de 1851. Murió sin sucesión legítima.

- Y Guillermo Briceño Palacios, que también murió soltero.

- El Pbro. Dr. Ignacio Ramón Briceño Méndez, el Diputado por Pedraza al Constituyente de 1811; desterrado, fue Cura de almas de Basiénette de Haití. Fue Prócer barinés

- El Cap. Nicolás Briceño Méndez, Prócer barinés, murió combatiendo heroicamente en Barquisimeto en 1814, era oficial de caballería.

- El Dr. Juan Nepomuceno Briceño Méndez, Prócer barinés casó con Josefa Camejo y Garcés, oriunda de Coro y heroína de la Independencia. Padres de:

- Wenceslao Briceño Méndez, militar venezolano combatió en las filas conservadoras. Presentó al Congreso Nacional de 1876 un informe, mineralista que era, de la región carbonífera de Tulé, Estado Zulia, con datos sobre depósitos de petróleos, betunes, asfaltos, y demás carbones de la hoya del lago. Siendo este estudio útil y valioso el primero en su género.

- Teotiste Briceño Camejo, casó con el Dr. Nicolás Cardier, vecinos de Caracas, padres de

- Josefa Cardier Briceño, casó en Barcelona con el Dr. José Porrales.
- Cosme Briceño Méndez, Prócer barinés, llegó a Tet. Cnel. y murió sacrificado.
- José Briceño Méndez, se dedicó al comercio.

14. *Natividad Briceño Méndez*, mujer de rara belleza, casó en Barinas el 29 de Nobre. de 1822 con el Prócer barinés, Dr. y Cnel. Nicolás Pumar y Villafañe que se graduó de Br. en Caracas, en 1804 y de Dr. en derecho canónico en Mérida en 1810. Es hijo de Lorenzo del Pumar y la Barta y Fernanda Villafañe Callejo. Abuelos paternos: Juan Francisco del Pumar y la Riva, Alcalde Provincial de Barinas en 1766, y María de la Barta; el Juan Francisco es tío del Marqués. Abuelos maternos: José Agustín Villafañe y Méndez y María Rosa Callejo y Pumar, prima hermana de Micaela Callejo y Pumar, la madre del Marqués. José Agustín es hijo del español José Villafañe, ya nombrado. Padres de

- Mariano Pumar y Briceño, casó en Barinas con su deuda Amalia Callejo, el cual murió en 1868. Padres de
- Simón, Pedro María, Mariano, Amalia, Ramón Ignacio y Juan Nepomuceno Pumar Briceño y Callejo.
- Nicolás Pumar y Briceño, casó en Barinas con su prima Juana Callejo, el cual murió en 1869. Padres de
- Manuel Salvador, Luis Leocadio, Ana Josefa, Ana María, Ignacia María, Petra y Antonio Nicolás Pumar Briceño y Callejo.
- Eponina Pumar Briceño y Callejo, casó con Gregorio Santana. Tuvieron hijos.

- Domingo Antonio Pumar Briceño y Callejo, casó con Josefina Páez y Pumar, con residencia en Caracas. Padres de
- Domingo Antonio Pumar y Páez.
- José Briceño Méndez, nació en Barinas en 1803, Prócer, comenzó sus servicios del año 16, y durante 14 años a la Gran Colombia y 16 a Venezuela, no cesó en ellos. Casó con Gertrudis, de la cual tuvo varios hijos, el año de 67, viudo, enfermo y pobre, a causa de un incendio en el Totumo, donde vivía, se vio obligado a solicitar una pensión militar.
- Andrés Briceño Angulo, Prócer de Barinas donde nació en 1777, complicado en el juico que se le siguió a su hermano, le perdonaron la vida a trueque de destierro perpetuo, diez años de presidio y mil presos de multa.
- Felipe Briceño del Pumar, Prócer de Barinas donde nació en 1755, formó parte de la Junta Revolucionaria de 1810, y complicado en la sublevación de su sobrino Juan José, fue condenado por el Consejo Militar, que presidió Tiscar en Barinas, a destierro perpetuo, diez años de presidio y confiscación de sus bienes.
- María Inés Briceño Angulo, casó con su deudo Juan José Pulido Briceño.
- El Cap. Pedro Briceño Toro de la Bastida, fue comisionado por la Real Audiencia de Santo Domingo en 1730, para reducirle a prisión y embargarle los bienes a Fernando Mechinel, Corregidor y Justicia Mayor del pueblo de Guama, por mantener comercio con los extranjeros. En Barquisimeto se llevó a cabo dicha comisión. Pedro, hermano de Nicolás el fundador de los Briceños en Barinas, casó con Gertrudis Quintero Príncipe, muriendo en 1747.

- El Abogado Antonio Nicolás Briceño del Toro, el esforzado defensor del Rey cuando los Comuneros del Socorro en 1781, casó con su prima hermana Francisca Briceño Pacheco del Toro, ya nombrada. Padres de:
 - María Ignacia Briceño y Briceño, mujer de su primo Juan Pablo Briceño Pacheco, el Constituyente de 1811. Tuvieron hijos.
 - Pedro Fermín Briceño y Briceño, Prócer, casó con la maracaibera Rosa Valbuena. Pedro murió en Caracas el 19 de julio de 1840. Tuvieron hijos.
 - María Chiquinquirá Briceño Valbuena, casó en 1823 con su deudo el Cnel. José Ignacio Pulido Briceño. Con hijos.
15. *José María Pulido y Pumar*, Prócer barinés, nació en Barinas en 1794 y murió en su hato "El Totumo" en 1831. Fue uno de los vencedores en Las Queseras del Medio y Carabobo en 1821, llegó en la Independencia a Comandante. Casó con Francisca Leiton.
16. *José Ignacio Pulido y Pumar*, Prócer barinés, nació en Barinas en 1795 y llegó a fuerza de combatir a Cnel.; su hijo Lucio, que miraba conveniencias, le insinuó el aceptar a Monagas, el del asesinato del Congreso, el grado de General, que el Prócer creía inferior al coronelato de la Gran Colombia. Tuvo grande actuación en la República, pues murió de 73 años. Casó con su prima María Chiquinquirá Briceño Valbuena.
17. *Nieves Pulido Briceño*, casó con el valenciano José Antonio Villegas. Padres de
- El Dr. Guillermo Tell Villegas Pulido, escritor y hombre público de Venezuela, que ha llegado a desempeñar la Presidencia de la República. Liberal amarillo. Y de tal

manera se ha infiltrado en su organismo la doctrina igualitaria de esta escuela, que a pesar de su abolengo histórico, no le gusta remover los hechos del patriciado, acaso por consecuencia a los Guzmanes. Casó con su prima Bertha, ya nombrada. Padres de

- Nieves Villegas Pulido y Pulido, casó con Luis René Borges Requena, también Briceño como se verá adelante. Padres de
- José Antonio y Luis René Borges Villegas. Solteros. Nieves, una vez viuda, casó en segundas nupcias con el Dr. Salvador Córdoba, Médico profesional. Decimos profesional, porque hay algunos Galenos, como el autor de estos apuntes, que son Médicos sin clientela. Padres de
- Nieves y Beatriz Córdoba Villegas.
- Augusta Villegas Pulido y Pulido, casó con Nicanor Mejía. Padres de
- Carmen Mejía Villegas, murió en New York, célibe; y Consuelo, mujer de Adolfo Ortiz, natural de España.
- José Antonio Villegas Pulido, murió célibe; Julieta, casó con Francisco Matos Mancebo. Padres de
- Francisco Matos Villegas, murió soltero; Julieta y Guillermo, solteros.
- Petra Villegas Pulido, célibe; Isabel, hermosa dama, casó en Trinidad con Emilio Morvant, y una vez viuda, con el Gral. Celestino Peraza, hombre público de valer personal, y autor de las *Leyendas del Caroní*, con riqueza de imaginación y galanura de estilo.

- Lucio Villegas Pulido, nació en Maracaibo en 1860, se graduó de Br. en Filosofía en 1878. Periodista de combate, tocóle presidir la Junta Directiva que celebró en Caracas, el 14 de marzo de 1885, la célebre Velada Literaria en honor del Ilustre Poeta Francisco Antonio Delpino y Lamas, colega del Ilustre Americano Antonio Guzmán Blanco en las letras y Academias, según decían Villegas Pulido y compañeros al hablar del Chirulí del Guaire. (Esta nota vale tanto como doce bolívars, que costó al autor el folleto consabido, dada su escasez).
 - María Paula Pulido y Pumar, casó con su primo hermano Antonio Pulido Briceño, ya nombrado.
 - Amalia Pulido y Pumar, casó con el Prócer guanareño José Miguel Unda. Ldo. en leyes que fue Auditor de Guerra del Ejército Libertador. Es hijo de José Francisco de Unda, natural de Guanare, y de María Francisca García, de Humocaro Alto; nieto de Juan Francisco de Unda, natural de San Miguel de Estella, Reino de Navarra, y de Ignacia María Navarro, de Guanare, donde casó en 1724; y bisnieto de Domingo de Unda y Francisca Garriz, naturales de la misma Estella. Tienen hijos.
 - Pilar Pulido y Pumar, casó con el Cap. de Marina Juan Bautista Miyares, hijo del Cap. Gral. y Gobernador de Venezuela Fernando Miyares e Inés Mancebo, cubanos, y ésta la primera nodriza del Libertador según dice Aristides Rojas. Padres de
 - Inés Miyares Pulido, casó en Barinas con el comerciante Saturnino Arévalo, a quien arruinó la Federación con su programa Guzmancista: guerra a la propiedad.
18. *El Dr. Lucio Pulido Briceño*, nació en Barinas en marzo de 1824, estudió en el Seminario de Caracas con una de las cuatro becas que fundó su deudo el Pbro. Briceño, se

recibió de Abogado el 47, fue escritor de cosas patrias, hombre público y hábil diplomático en las Cortes y Gobiernos europeos durante cuarenta años y más, casó en París en 1858, siendo Ministro Diplomático, con la hermosa parisiense Augusta Levy, que hoy cuenta 83 largos años de existencia.

19. *El Gral. José Ignacio Pulido Briceño*, hombre público de Venezuela por más de 50 años. Con frecuencia fue de oposición pues el insurrecto de los Briceños hervía en sus arterias. Mezcla de federal por sus principios y de patricio por sus mayores, era un aristócrata popular. Casó con su sobrina María, ya nombrada, la cual en sus segundas nupcias casó con Henry Lord Boulton que acaba de morir. De su primer enlace tuvo a

— *José Ignacio Pulido Pulido*, que murió de cuatro años; y *María Luisa*, mujer del Conde de la Motta, muerto éste, casó en segundas nupcias con el francés *Mauricio Bourgois*. Sin sucesión.

20. *Augusta Pulido Levy*, murió célibe; *María*, hermosa dama, casó con su tío el Gral. José Ignacio Pulido Briceño; *Bertha*, mujer de su primo hermano el Dr. Guillermo Tell Villegas Pulido; *Lucio*, soltero; *Lucía*, murió célibe, y *Augusto*, hombre de diplomacia, casó en New York con *Roselean Betz*, hija del millonario John Betz. Padres de

— John Pulido Betz.

21. *El Gral. Víctor Pulido Briceño*, cuyo grado debería ser sospechoso, como son todos los grados de la Federación, si no fuera un Pulido y un Briceño. Pues según nuestro amigo Gustavo Terrero Atienza, en muchos casos, estos grados federales son un simple apodo, sin complicaciones de servicio militar y mucho menos de vivaques. Refiere que estando en el Concejo Municipal de Caracas, allá en los

tiempos del pasado siglo, como el Secretario nombrase Generales a dos de sus colegas, que no lo eran ni por asomo, y a él con su solo nombre bautismal, reclamó para sí el dicho grado. A la observación del funcionario, de que a él se le llamaba simplemente Don Gustavo, este le replicó: "Póngame Gral., que a mí también me gusta el apodo."

Petra Pulido Briceño, murió célibe y de larga edad.

22. *Pablo María Pulido Briceño*, era de grande inteligencia. Murió joven y célibe. Estudiaba en su colegio cuando llegó la noticia del 24 de enero del 48. Al punto escribió en el pizarrón: "Venezuela ha sido asesinada". El maestro, que acaso sería monaguero, castigó al lapidario de la República.

APÉNDICES

LISTA DE LOS DESCENDIENTES DEL BARINÉS MANUEL ANTONIO PULIDO Y PULIDO

UNICOS NIETOS VIVOS:

José María Pulido Villafañe, también nieto de José Gregorio Villafañe.

Ana Rosa Pulido Méndez de Lissón, viuda con dos hijos varones.

Esperanza Pulido Méndez de Groening, casada y 3 hijos.

BISNIETOS:

RAMA de los finados esposos DR. ANTONIO PULIDO VILLAFANE Y ASIA SANTANA: nieto también de José Gregorio Villafañe.

Dr. Bernardo Pulido Santana, Ingeniero, Casado.

Dr. Germán Pulido Santana, Ingeniero, Casado.

Dr. Manuel Antonio Pulido Santana, Economista, casado.

Dr. José Salvador Pulido Santana, Ingeniero, casado.

Dra. María Trinidad Pulido Santana de Parra, casada con el Doctor Gonzalo Parra Aranguen.

Dra. Adriana Pulido Santana, abogada.

Dra. Danela Pulido Santana, sicóloga.

Beatriz Pulido Santana de Centeno, casada con el Ingeniero

Dr. Roberto Centeno Werner.

Ciraelena Pulido Santana, Educadora.

*RAMA del Señor JOSÉ MARÍA PULIDO VILLAFañE,
casado con GERMANIA SANTANA: también nieto de
José Gregorio Villafañe.*

Maritza Pulido Santana de Antillano, casada
con Pablo Antillano, escritor, ella Educadora
especializada.

Raquel Pulido Santana, Educadora.

Dr. José Ignacio Pulido Santana, Ingeniero
Eléctrico, casado.

Valentina Pulido Santana, sicopedagoga.

Br. Gonzalo Pulido Santana, Técnico Superior
en Electrónica.

*RAMA del Doctor MANUEL ANTONIO PULIDO MÉN-
DEZ, casado con MARÍA TERESA MUSCHE.*

Dr. Manuel Enrique Pulido Musche, Ingeniero
Químico, casado.

Dr. Pablo Pulido Musche, Médico Cardiólogo,
casado.

Dr. Tomás Pulido Musche, Ingeniero, casado.

Br. Agustín Pulido Musche, Agricultor y Gana-
dero.

Dra. Mercedes Pulido Musche de Briceño, ac-
tual Ministra casada con el Ingeniero Wences-
lado Briceño.

Guadalupe Pulido Musche, casada con el Ingeniero Bernard Castell residentes en Francia.

RAMA de RAMÓN MATOS OBERTO casado con María PULIDO VILLAFañE también nieta de José Gregorio Villafañe; ambos finados.

José María Matos Pulido, banquero, casado y
Lourdes Matos Pulido, soltera.

RAMA de DON ANTERO GARCÍA SPINEL (finado), casado con MARY VILLAFañE PULIDO (finada), nieta de Pulido y Pulido y de José Gregorio Villafañe, de 4 hijos, quedan:

Mary Elena García Villafañe casada con Carlos Ascanio, finado.

Lucio García Villafañe, Economista, casado.

RAMA de los finados JOSÉ GREGORIO VILLAFañE PULIDO, casado con R. ANGARITA, nieto de Pulido Pulido y José Gregorio Villafañe.

José Gregorio Villafañe Angarita, comerciante, viudo.

Dr. Pablo Pulido Angarita, Ingeniero geólogo, casado.

Dr. Edmundo Villafañe Angarita, Médico, casado y tres hermanas de las cuales dos son profesionales en Farmacia.

FAMILIA PULIDO

Juan Matías
Pulido
y León

Español, natural de Utrera. Casó con Doña Juana María Quadrado Ramírez de la Banda, Natural de Sevilla.

Antonio Pulido
y León

El Maestre de Campo Don Antonio Pulido y León llegó a Caracas hacia 1766 y más tarde fijó su residencia en la ciudad de Barinas. Fue Alcalde Ordinario en 1797 y desempeñó de Alguacil Mayor del Santo Oficio y de juez de llano en los departamentos Barinas, Mijagual y Nutrias. Casó con María Inés Briceño del Pumar, hija de Don José Nicolás Briceño de Toro y Doña Dominga del Pumar y La Riva. De esta unión nacieron cuatro hijos: Nicolás, Manuel Antonio, Juan José y Pablo María Pulido. Doña Dominga del Pumar era hermana de Don Pedro Briceño del Pumar, prócer barinés, quien casó con Doña Manuela Méndez de la Barta.

Manuel
Antonio
Pulido Briceño
(1780-1817)

Nació en Barinas, Casó con Mercedes Briceño Méndez, hija del Coronel Pedro Briceño Pumar y Manuela Méndez, hermana del Pbro. Dr. Ignacio Ramón Briceño Méndez y de Pedro Briceño Méndez, prócer barinés, quien casó en Caracas con Benigna Palacios y Bolívar, hija de Dionisio Palacios y Juana Bolívar, hermana del Libertador.

Padres de Rufina Pulido Briceño, célibe, Antonio Dionisio Pulido Briceño, Dolores Pulido Briceño, Bárbara Pulido Briceño, María Encarnación Pulido Briceño. Manuel Antonio Pulido Briceño era señor de tierras y ganado, entre ellos el Hato La Calzada, donde en sus años mozos trabajó José Antonio Páez, futuro presidente de Venezuela, a quien Don Manuel Antonio distinguía y protegía como al "catire Páez". Todos los hermanos, hijos y sobrinos del Coronel Pulido se distinguieron durante los largos y sangrientos años de lucha por la Independencia. En 1810, por decisión de la Junta Patriótica de Barinas, es nombrado Gobernador de la Provincia de Barinas, cargo que en 1813 confirma el Libertador Simón Bolívar a su paso por Barinas.

Murió ahogado en las costas de Venezuela cuando traía un cargamento de armas para los patriotas.

Antonio
Dionisio
Pulido
Briceño

Casó con su prima hermana María Paula Pulido del Pumar, hija de Nicolás Pulido Briceño y de María Ignacia del Pumar y Callejo, nieta del marqués de las riberas del Boconó y Masparro, título concedido por el Rey Carlos III el 24 de julio de 1786. Tuvo como hijos a Manuel Antonio Pulido y Pulido, Mercedes, Salvador, Félix, Carmen, célibes.

En su adolescencia quedó como rehén en St. Thomas en casa de un comerciante llamado Félix, como garantía de pago por compra de armamento que para la causa patriota hizo su padre en 1816 (por esta razón Antonio Pulido bautizó a uno de sus hijos con el nombre de Félix).

Manuel
Antonio
Pulido Pulido
(1830-1892)

Nació en la ciudad de Barinas el 4 de agosto de 1830. Fueron sus padres Antonio Dionisio Pulido Briceño y Doña María Paula Pulido Pumar. El

primero, hijo del Coronel Manuel Antonio Pulido Briceño, quien casó con una de las dos hijas del Coronel Pedro Briceño Pumar (la otra hija casó con el Dr. Cristóbal Mendoza). En cuanto a Doña María Paula, era nieta de Don José Ignacio del Pumar, marqués de las Riberas de Boconó y Masparro.

La agricultura y ganadería ocuparon gran parte de su vida. En su hato La Calzada se formó en sus años mozos el "catire Páez" (1807-1813) futuro-Presidente de Venezuela, a quien Manuel Antonio distinguía y protegía.

Hacía largos viajes llevando ganado a las regiones andinas, y aun hasta el centro mismo de Colombia. En tiempo de Guzmán Blanco y Rojas Paúl fue representante ante el Congreso Nacional por el Gran Estado de los Andes, regresando siempre al Táchira por la vía del llano para llevar ganado. Estos largos viajes explican que en 1857 contrajera matrimonio en el Táchira con Doña Trinidad Rubio Villafañe (-1903), hija de Ramón Rubio Maldonado y Trinidad Villafañe Ramírez. La esposa de Manuel Antonio era nieta de Gervasio Rubio y Vargas, hacendado, introductor de los cultivos

de añil y café en los Andes y fundador de la ciudad de Rubio. Don Gervasio fue hombre de firmes convicciones, siendo realista hasta su muerte acaecida en Coro en 1820. Con el correr de los años y el constante trabajo, logró don Manuel Antonio comprar a los herederos de don Gervasio sus tierras, que iban desde los límites con Colombia, en la montaña del Tamá, hasta muy cerca de San Cristóbal. Para aprovechar menes en su finca "La Alquitrana", el 3 de septiembre de 1878 obtuvo la primera concesión petrolera en Venezuela, y para explotarla, fundó con amigos tachirenses la compañía Petrolia del Táchira, productora y refinadora de petróleo en pequeña escala hasta muy cerca de 1939. De esta manera Don Antonio en iniciador de la industria petrolera venezolana. Manuel Antonio Pulido Pulido y Trinidad Rubio V. fueron padres de: María Paula (célibe), Antonio José (quien casó en San Cristóbal con Concepción Villafañe y Quevedo), Manuel Antonio (quien casó con Eumenia Méndez Carrero), María Trinidad, Pablo María, Mercedes, Ramón Ignacio y Dolores (quien casó con Clarence Brown). Don Manuel Antonio inició la

rama de barineses en el Edo. Táchira. Falleció en San Cristóbal en 1892.

Manuel
Antonio
Pulido Rubio
(1864-1939)

Profesor y hombre de letras. Casó con Ana Eumenia Méndez Carrero (1874-1945), padres de Manuel Antonio, Rita Elisa, Francisco, José Rafael, Ana Rosa y Esperanza. Hermano de María Trinidad, Pablo María, Mercedes, Ramón Ignacio, Amalia, Dolores Pulido Rubio y Josefa María Magdalena Pulido Villafañe. Ana Eumenia Méndez Carrero en hija de Francisco Antonio Méndez y Ana del Rosario Carrero. Francisco Méndez es hijo de Gabriel Méndez y Aquilina Orozco mientras Ana del Rosario lo es de Juan Antonio Carrero y María del Rosario Sánchez.

Francisco
Ladislao Pulido
Méndez
(1900-1939)

Soltero. Administrador de haciendas. Sin descendencia.

Ana Rosa
Pulido
de Lisson

Casó en 1947 en Lima, con el Ing. Carlos Nicolás Lisson y Tirado, hijo de Elvira Tirado de Cáceres y del sabio peruano —considerado el padre de

la geología del Perú— Carlos Ismael Lisson y Beingolea. Padres de:

—Carlos Manuel Lisson Pulido, casado con Teresa Isabel Egaña Toro, padres de Carlos Manuel.

—José Francisco Lisson Pulido, casado en Caracas con María Eugenia Ramírez Angarita. Padres de José Francisco, Alejandro Emilio y María Elvira.

María Paula
de la Esperanza
Pulido
de Groening

Casó en Mérida en 1939 con el alemán Sr. Hugo Groening Fronhofer (1914-1982), natural de Stettin, Alemania. Padres de:

—Sonia María, casada con el Ing. Herman Roo Gómez, padres de Herman e Isabel.

—Alice Esperanza, casada con el Ing. Juan Vicente Arévalo Fernández, padres de Juan Vicente, Juan Andrés, José Antonio y José Francisco.

—Hugo Rafael, casado con Gisela Rangel Fornés, padres de Juan Pablo, Ana Teresa y Hugo Gabriel.

Manuel
Antonio
Pulido Méndez
(1898-1965)

Nació en Rubio en 12 de octubre de 1898. Se graduó de Médico en España. Humanista. Escritor, con extensa obra literaria. Infatigable defensor del sistema democrático. Vivió largos exilios en España, Colombia y México a causa de su denodada lucha contra las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez. Secretario de José Vasconcelos en México durante su época de estudiante. Presidente del Estado Táchira a la muerte de Gómez. Rector de la Universidad de los Andes. Diplomático. Embajador en Uruguay, Perú, Brasil, México, la Santa Sede y Francia. Falleció en Boston el 12 de mayo de 1965. Casó en Tovar en 1927 con María Teresa Musche Burguera. Padres de:

—Manuel Antonio Pulido Musche, casado con María Mercedes González Carrasquel. Padres de Manuel Antonio, Ignacio Enrique y Gabriel Eduardo.

—Pablo Adolfo Pulido Musche, casado con Luisa Elena Mendoza Rodríguez. Padres de María Teresa (casada con Leopoldo Ferris), Luisa Mariana (casada con Andrés Sucre Guruceaga), Mara Alexandra (casada con Lorenzo E. Mendoza), Mara Gabriela (ca-

sada con Hermógenes López)), Ana Federica y Pablo Antonio.

—Mercedes Ofelia Pulido, casada con Wenceslao Briceño Prato, padres de José Rafael, Mercedes Noemí, Ana Teresa y Héctor Manuel.

—Agustín Ricardo Musche (fallecido el 10 de junio de 1987). Casó en primeras nupcias con América Hernández, padres de María Teresa Pulido Hernández. En segundas nupcias con Ana María Martínez.

—Guadalupe Josefina, casada con el Conde Bernardo de Castet La Bouibenne, padres de Irene Cecile, Bernard Antoine y Juliette Veronique.

—Tomás Eugenio Pulido, casado con María Elena Marcano Requena, padres de Rafael Tomás y Ricardo Francisco.

Mons. José
Rafael Pulido
Méndez
(1907-1972)

Nació en Caracas en 1907. Ejemplar Sacerdote. Ordenado en Mérida en 1930. Doctorado en Filosofía, Teología y Derecho Canónico de la Universidad Gregoriana de Roma. Doctor Honoris Causa en Ciencias Forestales de la ULA. Diputado miembro de la Asamblea Nacional Constituyente

(1947) en representación del Estado Mérida. Vicario apostólico de las Diócesis de Cumaná y Guanare. Obispo de Maracaibo. Arzobispo Metropolitano de Mérida. Murió en Adícora el 30 de agosto de 1972. Sus restos reposan en la Catedral de Mérida.

Rita Elisa
Pulido
de Duplat
(-1974)

Casada en Rubio con Alfonso Duplat Fonseca, padres de:

—Manuel Alfredo, casado con Teresa Urdaneta Alcántara, padres de Manuel Alfredo, Elisa Teresa, María Valentina, Jeannine.

—María Elisa, casó y divorció de Miguel Angel Espidel. Sin descendencia.

—Cecilia. Soltera.

Ana Eumenia. Casó en primeras nupcias con Julio Báez Meneses (fallecido) y en segundas nupcias con Mariano Contreras. Sin descendencia directa.

—Alfonso José, Casado con Trinidad Arellano Pernía. Sin descendencia.

—Carmen Teresa. Fallecida muy joven.

PULIDO-SANTANA

Manuel
Antonio Pulido
Pulido

Ver árbol Genealógico de los Pulido para los ascendentes.

Antonio José
Pulido Rubio

Con conocimientos de topografía y agrimensor, trazó y planificó la remodelación urbanística de Rubio, llamada Pueblo Nuevo, con calles anchas, como los pueblos del llano, —distintos a los andinos— con la idea de que el ganado pasara de los llanos de Venezuela hacia Colombia.

Casó con María Concepción Villafañe quevedo, padres de:

—*María Paula*, que casó con Ramón Matos O.

—*Josefina*, quien murió célibe; *Ana Teresa*, casó con el General Antonio Matute F. quien murió en combate defendiendo al Gobierno de Medina, en octubre de 1948

—*Antonio*, que casó con Asia Santana Pérez.

—*Magdalena*, quien murió célibe.

—*José María*, casó con Germania Santana Pérez, y

Justo, quien murió sin descendencia.

José María
Pulido
Villafañe

Diplomático, representó a Venezuela en diversas delegaciones en el exterior, por un período de 24 años (Colombia, Ecuador, Panamá, Chile, Perú, Argentina, España y México, donde obtuvo numerosas condecoraciones). Posteriormente ejecutó cargos administrativos en el país. Casó en Caracas el 12/06/37, con Germanía Santana Pérez, hija del Coronel Arturo Santana Pinto, pionero de la radiodifusión en Venezuela, profesor y fundador de la Academia Militar, escritor, desarrolló la red de Telégrafos en el país; y de Trina Pérez-Arocha Egui. Padre de:

—*Maritza*, casada en primeras nupcias con Roberto Todd Vallenilla; en segundas nupcias con Pablo Antillano Calcaño, padres de Josefina.

—*Raquel Teresa*, célibe.

—*José Ignacio*, casó con Mercedes Silva Hernández, padres de José Augusto y Mercedes Alejandra, y

—*Valentina*, casó con Ronald Stern, sin descendencia.

GARCIA—VILLAFANE

María Luisa
Villafañe
Pulido

Casó en Rubio con Antero García Espinel. Padres de:

—*Alberto Gregorio García Villafañe*, casó con Graciela Ascanio Escobar, padres de: Oscar Alberto, Anabel, Hilda Mar, Reinaldo e Iván García Ascanio.

—*Mary Helena García Villafañe*, casó con Carlos Eduardo Ascanio Escobar, padres de Carlos Fernando, Sergio Eduardo y Leonor Helena Ascanio García.

—*Luis Antero García Villafañe*, casó con Isabel Castro Vásquez, padres de Alvaro, Rodrigo, Ramiro, Javier y Hernando García Castro.

—*Lucio Elías García Villafañe*, casó con Ligia Dubuc, padres de Andrés, Mariana y Alonso García Dubuc.

MATOS—PULIDO

María
Trinidad
Pulido
Villafañe

Casó con Ramón Matos Oberto.

Padres de:

—*Ramón Matos Pulido*, casó con Betty Josefina Ramírez López, padres de: Ramón Alberto, María Josefina, Eduardo, Rafael Guillermo y Vivana María Matos Ramírez.

—*José María Matos Pulido*, casó con Cecilia Villasmil Belloso, padres de Cecilia María y Mercedes Margarita Matos Villasmil.

—*María de Lourdes Matos Pulido*.

INDICE

RECONOCIMIENTO	11
PRÓLOGO	17
CAPÍTULO I	31
CAPÍTULO II	51
CAPÍTULO III	55
CAPÍTULO IV	69
CAPÍTULO V	77
CAPÍTULO VI	87
CAPÍTULO VII	95

CAPÍTULO VIII	117
CAPÍTULO IX	121
ANOTACIONES DEL AUTOR	137
BIBLIOGRAFÍA	141
NOTAS	143
APÉNDICES	163
<i>Lista de descendientes del barinés</i>	
<i>Manual Antonio Pulido</i>	161
<i>Familia Pulido</i>	165
<i>Familia Pulido-Santana</i>	175
<i>Familia García Villafañe</i>	177
<i>Familia Matos-Pulido</i>	178

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
SERIE EL LIBRO MENOR

Distribución: Avda. Libertador, Edif. Las Vegas
Esquina Avda. Las Acacias,
Primer piso - Oficina 1-F.
Tel. 781.43.43 - 782.69.56

De venta en la Academia Nacional de la Historia. Dirección de Publicaciones, Palacio de las Academias, Bolsa a San Francisco, Teléfono 483.39.02, y en las librerías.

Vol. 1: *El Municipio, raíz de la República*. Joaquín Gabaldón Márquez.

Vol. 2: *Rebeliones, motines y movimientos de masas en el siglo XVIII venezolano (1730-1781)*. Carlos Felice Cardot.

Vol. 3: *El proceso de integración de Venezuela (1776-1793)*. Guillermo Morón.

Vol. 4: *Modernismo y modernistas*. Luis Beltrán Guerrero.

Vol. 5: *Historia de los estudios bibliográficos humanísticos latinoamericanos*. Lubio Cardozo.

Vol. 6: *Para la historia de la comunicación social (ensayo)*. Manuel Pérez Vila.

Vol. 7: *El Quijotismo de Bolívar*. Armando Rojas.

Vol. 8: *Memorias y fantasías de algunas casas de Caracas*. Manuel Rafael Rivero.

Vol. 9: *Bolivariana*. Arturo Uslar Pietri.

Vol. 10: *Familias, Cabildos y Vecinos de la antigua Barinas*. Virgilio Tosta.

Vol. 11: *El nombre de O'Higgins en la historia de Venezuela*. Nicolás Perazzo.

Vol. 12: *La respuesta de Gallegos (ensayos sobre nuestra situación cultural)*. Rafael Tomás Caldera.

Vol. 13: *La República del Ecuador y el General Juan José Flores*. Jorge Salvador Lara.

Vol. 14: *Estudio bibliográfico de la poesía larense*. Juandemaro Querales.

- Vol. 15: *Breve historia de Bulgaria*. Vasil A. Vasilev.
- Vol. 16: *Historia de la Universidad de San Marcos (1551-1980)*. Carlos Daniel Valcárcel.
- Vol. 17: *Perfil de Bolívar*. Pedro Pablo Paredes.
- Vol. 18: *De Caracas hispana y América insurgente*. Manuel Alfredo Rodríguez.
- Vol. 19: *Simón Rodríguez. Pensador para América*. Juan David García Bacca.
- Vol. 20: *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*. Lubio Cardozo.
- Vol. 21: *El magisterio americano de Bolívar*. Luis Beltrán Prieto Figueroa.
- Vol. 22: *La historia fea de Caracas y otras historias criminales*. Elio Gómez Grillo.
- Vol. 23: *Breve historia de Rumania*. Mihnea Gheorghiu, N. S. Tanasoca, Dan Brindei, Florin Constantiniu y Gheorghe Buzatu.
- Vol. 24: *Ensayos a contrarreloj*. René De Sola.
- Vol. 25: *Andrés Bello Americano — y otras luces sobre la Independencia*. J. L. Salcedo Bastardo.
- Vol. 26: *Viaje al interior de un cofre de cuentos (Julio Garmendia entre líneas)*. Julio Barroeta Lara.
- Vol. 27: *Julio Garmendia y José Rafael Pocaterra. Dos modalidades del cuento en Venezuela*. Italo Tedesco.
- Vol. 28: *Luchas e insurrecciones en la Venezuela Colonial*. Manuel Vicente Magallanes.
- Vol. 29: *Panorámica de un período crucial en la Historia Venezolana. Estudio de los años 1840-1847*. Antonio García Ponce.
- Vol. 30: *El jardín de las delicias y otras prosas*. Jean Nouel.
- Vol. 31: *Músicos y compositores del Estado Falcón*. Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 32: *Breve historia de la cartografía en Venezuela*. Iván Drenikoff.
- Vol. 33: *La identidad por el idioma*. Augusto Germán Orihuela.
- Vol. 34: *Un pentágono de luz*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 35: *La Academia Errante y Tres retratos*. Mario Briceño Perozo.

- Vol. 36: *Tiempo de hablar*. Miguel Otero Silva.
- Vol. 37: *Transición (Política y realidad en Venezuela)*. Ramón Díaz Sánchez.
- Vol. 38: *Eponimia Larense*. Francisco Cañizales Verde.
- Vol. 39: *Reescrituras*. Juan Carlos Santaella.
- Vol. 40: *La memoria perdida*. Raúl Agudo Freites.
- Vol. 41: *Carriel Número cinco (Un bomenaje al costumbrismo)*. Elisa Lerner.
- Vol. 42: *Espacio Disperso*. Rafael Fauquie Bescós.
- Vol. 43: *Lo bello/Lo feo*. Antonieta Madrid.
- Vol. 44: *Cronicario*. Oscar Guaramato.
- Vol. 45: *Ensayos temporales. Poesía y Teoría Social*. Ludovico Silva.
- Vol. 46: *Costumbre de leer*. José Santos Urriola.
- Vol. 47: *Cecilio Acosta, un signo en el tiempo*. Manuel Bermúdez.
- Vol. 48: *Leoncio Martínez, crítico de arte (1912-1918)*. Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 49: *La maldición del Fraile y otras evocaciones históricas*. Luis Oropeza Vásquez.
- Vol. 50: *Explicación y elogio de la ciudad creadora*. Pedro Francisco Lizardo.
- Vol. 51: *Crónicas sobre Guayana (1946-1968)*. Luz Machado.
- Vol. 52: *"Rómulo Gallegos"*. Paul Alexandru Georgescu.
- Vol. 53: *Diálogos con la página*. Gabriel Jiménez Emán.
- Vol. 54: *El poeta del fuego y otras escrituras*. Mario Torrealba Lossi.
- Vol. 55: *Invocaciones (notas Literarias)*. Antonio Crespo Meléndez.
- Vol. 56: *Desierto para un "Oasis"*. Ana Cecilia Guerrero.
- Vol. 57: *Borradores*. Enrique Castellanos.
- Vol. 58: *Como a nuestro parecer*. Héctor Mujica.
- Vol. 59: *La lengua nuestra de cada día*. Iraset Páez Urdaneta.
- Vol. 60: *Homenaje a Rómulo Gallegos*. Guillermo Morón.

- Vol. 61: *Ramón Díaz Sánchez. Elipse de una ambición de saber.* Asdrúbal González.
- Vol. 62: *La ciudad contigo.* Pedro Pablo Paredes.
- Vol. 63: *Incidencia de la colonización en el subdesarrollo de América Latina.* Raúl Grien.
- Vol. 64: *Lector de Poesía.* José Antonio Escalona-Escalona.
- Vol. 65: *Ante el Bicentenario de Bolívar. El General José Antonio Páez y la memoria del Libertador.* Nicolás Perazzo.
- Vol. 66: *Diccionario General de la Bibliografía Caroreña.* Alfredo Herrera Alvarez.
- Vol. 67: *Breve Historia de Bolivia.* Valentín Abecia Baldivieso.
- Vol. 68: *Breve Historia de Canadá.* J. C. M. Ogelsby. Traductor: Roberto Gabaldón.
- Vol. 69: *La lengua de Francisco de Miranda en su Diario.* Francisco Belda.
- Vol. 70: *Breve Historia del Perú.* Carlos Daniel Valcárcel.
- Vol. 71: *Viaje inverso: Sacralización de la sal.* María Luisa Lazzaro.
- Vol. 72: *Nombres en el tiempo.* José Cañizales Márquez.
- Vol. 73: *Alegato contra el automóvil.* Armando José Sequera.
- Vol. 74: *Caballero de la libertad y otras imágenes.* Carlos Sánchez Espejo.
- Vol. 75: *Reflexiones antes la esfinge.* Pedro Díaz Seijas.
- Vol. 76: *Muro de confesiones.* José Pulido.
- Vol. 77: *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares.* Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 78: *La mujer de "El Diablo" y otros discursos.* Ermila Veracochea.
- Vol. 79: *Lecturas de poetas y poesía.* Juan Liscano.
- Vol. 80: *De letras venezolanas.* Carlos Murciano.
- Vol. 81: *Cuaderno de prueba y error.* Ramón Escovar Salom.
- Vol. 82: *Ensayos.* Oscar Beaujon.
- Vol. 83: *Acción y pasión en los personajes de Miguel Otero Silva y otros ensayos.* Alexis Márquez Rodríguez.

- Vol. 84: *Revolución y crisis de la estética*. Manuel Trujillo.
- Vol. 85: *Lugar de Crónicas*. Denzil Romero.
- Vol. 86: *Mérida. La ventura del San Buenaventura y La Columna*. Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 87: *Frases que han hecho historia en Venezuela*. Mario Briceño Perozo.
- Vol. 88: *Científicos del mundo*. Aristides Bastidas.
- Vol. 89: *El jardín de Bermudo (Derecho, Historia, Letras)*. Luis Beltrán Guerrero.
- Vol. 90: *Seis escritores larenses*. Oscar Sambrano Urdaneta.
- Vol. 91: *Campanas de palo*. Luis Amengual H.
- Vol. 92: *Caracas, crisol. Crónicas*. Salvador Prasel.
- Vol. 93: *La memoria y el olvido*. Stefania Mosca.
- Vol. 94: *Cuando el henchido viento*. Juan Angel Mogollón.
- Vol. 95: *Ideario pedagógico de Juan Francisco Reyes Baena*. Pedro Rosales Medrano.
- Vol. 96: *La conspiración del Cable Francés. Y otros temas de historia del periodismo*. Eleazar Díaz Rangel.
- Vol. 97: *El escritor y la sociedad. Y otras meditaciones*. Armando Rojas.
- Vol. 98: *De propios y de extraños (Crónicas, artículos y ensayos) 1978-1984*. Carmen Mannarino.
- Vol. 99: *Agua, silencio, memoria y Filisberto Hernández*. Carol Prunhuber.
- Vol. 100: *Los más antiguos*. Guillermo Morón.
- Vol. 101: *Reportajes y crónicas de Carora*. José Numa Rojas.
- Vol. 102: *Jardines en el mundo*. Teódulo López Meléndez.
- Vol. 103: *Crónicas y testimonios*. Elio Mujica.
- Vol. 104: *La memoria de los días*. Yolanda Osuna.
- Vol. 105: *Tradiciones y leyendas de Zaraza*. Rafael López Castro.
- Vol. 106: *Tirios, troyanos y contemporáneos*. J. J. Armas Marcelo.
- Vol. 107: *Guzmán Blanco y el arte venezolano*. Roldán Esteva Grillet

- Vol. 108: *Breve historia de lo cotidiano*. Con ciertos comentarios de Guillermo Morón. Pedro León Zapata.
- Vol. 109: *Lectura de un cuento. Teoría y práctica del análisis del relato*. Alba Lía Barrios.
- Vol. 110: *Fermin Toro y las doctrinas económicas del siglo XIX*. José Angel Ciliberto.
- Vol. 111: *Recuerdos de un viejo médico*. Pablo Alvarez Yépez.
- Vol. 112: *La ciudad de los lagos verdes*. Roberto Montesinos.
- Vol. 113: *Once maneras de ser venezolano*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 114: *Debajo de un considero me puse a considerar...* Lubio Cardozo.
- Vol. 115: *Variaciones / I*. Arturo Croce.
- Vol. 116: *Variaciones / II*. Arturo Croce.
- Vol. 117: *Crónicas de la Ciudad Madre*. Carlos Bujanda Yépez.
- Vol. 118: *Tu Caracas, Machu*. Alfredo Armas Alfonzo.
- Vol. 119: *Bolívar siempre*. Rafael Caldera.
- Vol. 120: *Imágenes, voces y visiones (Ensayos sobre el habla poética)*. Hanni Ossott.
- Vol. 121: *Breve Historia de Chile*. Sergio Villalobos R.
- Vol. 122: *Orígenes de la cultura margariteña*. Jesús Manuel Subero.
- Vol. 123: *Duendes y Ceretones*. Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 124: *El Estado y las Instituciones en Venezuela (1936-1945)*. Luis Ricardo Dávila.
- Vol. 125: *Crónicas de Apure*. Julio César Sánchez Olivo.
- Vol. 126: *La lámpara encendida (ensayos)*. Juan Carlos Santaella.
- Vol. 127: *Táriba, historia y crónica*. L. A. Pacheco M.
- Vol. 128: *Notas apocalípticas (Temas Contraculturales)*. Ennio Jiménez Emán.
- Vol. 129: *Simbolistas y modernistas en Venezuela*. Eduardo Arroyo Alvarez.

- Vol. 130: *Relatos de mi andar viajero*. Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 131: *Breve historia de la Argentina*. José Luis Romero.
- Vol. 132: *La Embajada que llegó del exilio*. Rafael José Neri.
- Vol. 133: *El orgullo de leer*. Manuel Caballero.
- Vol. 134: *Vida y letra en el tiempo (Ocho Prólogos y dos discursos)*. José Ramón Medina.
- Vol. 135: *La pasión literaria (1959-1985)*. Alfredo Chacón.
- Vol. 136: *Una Inocente Historia (Con Relatos de Inocente Palacios)*. María Matilde Suárez.
- Vol. 137: *El fiero (y dulce) instinto terrestre / Ejercicios y ensayos*. José Balza.
- Vol. 138: *La leyenda es la poesía de la historia*. Pedro Gómez Valderrama.
- Vol. 139: *Angustia de expresar*. René De Sola.
- Vol. 140: *Todo lo contrario*. Roberto Hernández Montoya.
- Vol. 141: *Evocaciones de Cumaná, Puerto Cabello y Maracaibo*. Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 142: *Cantos de Sirena*. Mercedes Franco.
- Vol. 143: *La Patria y más allá*. Francisco Salazar.
- Vol. 144: *Leyendo América Latina. Poesía, ficción, cultura*. J. G. Cobo Borda.
- Vol. 145: *Historias de la noche*. Otrova Gomas.
- Vol. 146: *Salomniana*. Asdrúbal González.
- Vol. 147: *Croniquillas españolas y de mi amor por lo venezolano*. José Manuel Castañón.
- Vol. 148: *Lo pasajero y lo perdurable*. Nicolás Cócaro.
- Vol. 149: *Palabras abiertas*. Rubén Loza Aguerrebere.
- Vol. 150: *Son españoles*. Guillermo Morón.
- Vol. 151: *Historia del periodismo en el Estado Guárico*. Blas Loreto Loreto.
- Vol. 152: *Balza: el cuerpo fluvial*. Milagros Mata Gil.

- Vol. 153: *¿Por qué escribir? (Juvenalianas)*. Hugo Garbati Paolini.
- Vol. 154: *Festejos (Aproximación crítica a la narrativa de Guillermo Morón)*. Juandemaro Querales.
- Vol. 155: *Breve Historia de Colombia*. Javier Ocampo López.
- Vol. 156: *El Libro de las Notas*. Eduardo Avilés Ramírez.
- Vol. 157: *Grabados*. Rafael Arráiz Lucca.
- Vol. 158: *Mi último delito. Crónicas de un Boconés (1936-1989)*. Aureliano González.
- Vol. 159: *El viento en Las Lomas*. Horacio Cárdenas.
- Vol. 160: *Un libro de cristal (Otras maneras de ser venezolano)*. Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 161: *El paisaje anterior*. Bárbara Piano.
- Vol. 162: *Sobre la unidad y la identidad latinoamericana*. Angel Lombardi.
- Vol. 163: *La gran confusión*. J. J. Castellanos.
- Vol. 164: *Boltvar y su experiencia antillana. Una etapa decisiva para su línea política*. Demetrio Ramos Pérez.
- Vol. 165: *Cristóbal Mendoza, el sabio que no muere nunca*. Mario Briceño Perozo.
- Vol. 166: *Lecturas antillanas*. Michaelle Ascencio.
- Vol. 167: *El color humano. 20 pintores venezolanos*. José Abinadé.
- Vol. 168: *Cara a cara con los periodistas*. Miriam Freilich.
- Vol. 169: *Discursos de ocasión*. Felipe Montilla.
- Vol. 170: *Crónicas de la vigilia (Notas para una poética de los '80)*. Leonardo Padrón.
- Vol. 171: *Sermones laico*. Luis Pastori.
- Vol. 172: *Cardumen. Relatos de tierra caliente*. J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 173: *El peor de los oficios*. Gustavo Perelra.
- Vol. 174: *Las aventuras imaginarias (Lectura intratextual de la poesía de Arnaldo Acosta Bello)*. Julio E. Miranda.
- Vol. 175: *La desmemoria*. Eduardo Zambrano Colmenares.

- Vol. 176: *Pascual Venegas Filardo: Una vocación por la cultura.* José Hernán Albornoz.
- Vol. 177: *Escritores en su tinta (Entrevistas, reseñas, ensayos).* Eloi Yagüe Jarque.
- Vol. 178: *El día que Bolívar... (44 crónicas sobre temas poco conocidos, desconocidos o inéditos de la vida de Simón Bolívar).* Paul Verna.
- Vol. 179: *Vocabulario del Hato.* J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 180: *Por los callejones del viento.* Leonel Vivas.
- Vol. 181: *Rulfo y el Dios de la memoria.* Abel Ibarra.
- Vol. 182: *Boves a través de sus biógrafos.* J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 183: *La Plaza Mayor de Mérida. Historia de un tema urbano.* Christian Páez Rivadeneira.
- Vol. 184: *Territorios del Verbo.* Sabas Martín.
- Vol. 185: *El símbolo y sus enigmas. Cuatro ensayos de interpretación.* Susana Benko.
- Vol. 186: *Los pájaros de Majay.* Efraín Inaudy Bolívar.
- Vol. 187: *Blas Perozo Naveda: La insularidad de una poesía.* Juan Hildemaro Querales.
- Vol. 188: *Breve Historia del Ecuador.* Alfredo Pareja Diezcanseco.
- Vol. 189: *Orinoco, Irónico y Onírico.* Régulo Pérez.
- Vol. 190: *La pasión divina, la pasión inútil.* Edilio Peña.
- Vol. 191: *Cuaderno venezolano para viajar (leer) con los hijos.* Ramón Guillermo Aveledo.
- Vol. 192: *Pessoa, la respuesta de la palabra.* Teódulo López Meléndez.
- Vol. 193: *Breve Historia de los pueblos árabes.* Juan Bosch.
- Vol. 194: *Pensando en voz alta.* Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 195: *Una historia para contar.* Rafael Dum.
- Vol. 196: *La saga de los Pulido.* José León Tapia.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES
DE DICIEMBRE DE 1992

(20)

Reg.	22281	20/3/92
Cies.	987.52	
	1000	

JOSE LEON TAPIA (Barinas, 1928). Médico y escritor venezolano. Autor de los siguientes libros: "Por aquí pasó Zamora", "Maisanta, el último hombre a caballo", "El Tigre de Guaitó", "Tierra de Marqueses", "La Heredad", "La Música de las charnelas", "Viento de Huracán", "Los años del olvido", "Cuando se alarga la esperanza", "Los vencidos", "Visión de la Medicina".

Cirujano de larga trayectoria y escritor reconocido nacionalmente. Miembro correspondiente de la Sociedad de Historia de la Medicina, de la Academia de Medicina y de la Academia de la Historia. Publica ahora en la colección El libro menor, de la Academia Nacional de la Historia, "La saga de los Pulido", un libro rigurosamente histórico, donde se cuenta la vida de una distinguida familia venezolana de origen barinés, que durante la guerra de la Independencia, entregó sus bienes, sus hijos y su amor por este país.

El autor, ligado a las viejas familias barinesas, ha querido rememorar esta historia que todavía permanece intacta en la memoria barinense por intermedio del recuerdo, los antiguos documentos, el paisaje y la soledosa casa pulideña rescatada como patrimonio nacional, que permanece de pie, como si no hubiera pasado el tiempo.

Creemos que es un interesante aporte al rescate de hechos y sucesos nacionales, aparentemente olvidados, pero muy valiosos para el logro de nuestra identidad.



1492-1992

CENTENARIO
del DESCUBRIMIENTO
de AMÉRICA